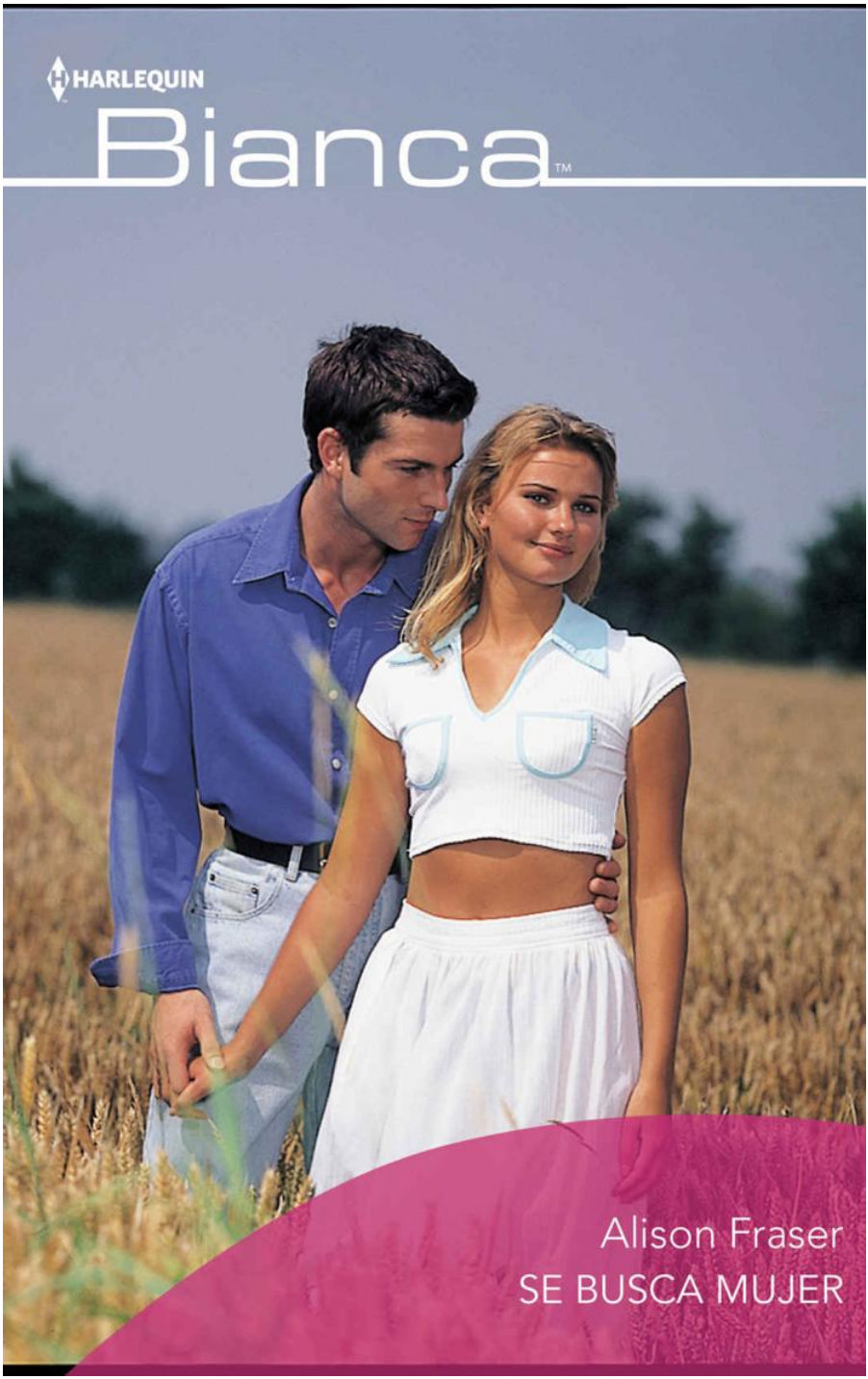
Se busca mujer

Alison Fraser

HARLEQUIN

Bianca™



Alison Fraser

SE BUSCA MUJER

Bianca™

SE BUSCA MUJER

Alison Fraser

HARLEQUIN™

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la

autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 1997 Alison Fraser

© 2021 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Se busca mujer, n.º 996 - junio 2021

Título original: Bride Required

Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.

Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1375-603-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 1

BAXTER estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando encontró a la chica adecuada.

Estaba sentada en un largo corredor que conectaba los andenes del

metro. Buscó el habitual cartel donde pusiera que estaba hambrienta y sin hogar, pero no había ninguno. Estaba sentada y con la mirada fija en el suelo, tocando la flauta y sin hacer caso de si los que pasaban le dejaban alguna moneda o no.

Pero seguía siendo una de ellos, de los desposeídos, del creciente ejército de los jóvenes en paro. Debía haberle sorprendido el número de ellos que había por las calles, pero sabía que Londres había cambiado en diez años. Y además, había visto cosas mucho peores en las calles de Addis Abeba y Mogotu.

Más tarde, él se preguntaría por qué la había seleccionado a ella y lo cierto era que lo hacía por la primera impresión. La chica llevaba una chaqueta militar vieja, unos vaqueros igual de gastados, pero, por lo menos, razonablemente limpios. Era joven, pero no demasiado. La flauta que tocaba la colocaba un poco más alto en la escala, por encima de los simples pordioseros, pero seguía pareciendo suficientemente desesperada.

El perro de la chica era otra cosa, un perro cobrador de pura raza y, al parecer, en perfecto estado de salud.

Cuando se acercó, ni el perro ni la chica levantaron la mirada, ni siquiera cuando se inclinó y les dejó una libra en la caja.

Baxter siguió caminando y sólo se detuvo cuando dobló una esquina y la miró desde allí. Lo cierto era que no era la clase de chica con la que él habría salido. Llevaba el cabello muy corto y tres aros de oro en una oreja, pero aquello no tenía importancia. Por lo menos no parecía una ladrona, que era más de lo que podía decir de algunas de las chicas que había visto ese día.

Repasó lo que le iba a decir antes de volver sobre sus pasos y detenerse delante de ella.

Dee tenía buena memoria para los zapatos. Después de todo, ¿qué otra cosa veía a lo largo del día? No se miraba a los que te daban limosna. No eran nadie. Terry le había dicho que, si empezaba a mirarlos a la cara, se creerían que eran alguien.

Terry trabajaba en otra estación de metro, tocando la guitarra… muy mal.

Así que fueron los zapatos lo que reconoció. Unas botas marrones.

Acababan de pasar hacía unos cinco minutos y le habían dejado una libra en la caja. Ahora estaban de vuelta y no creía que fuera para admirar su virtuosismo con la flauta.

Se resistió a mirar al dueño de esas botas y siguió tocando.

Ya le había pasado antes. Eran tipos que querían probar sus posibilidades de ligar, que se imaginaban que querría ganar más dinero de otra manera. Siguió tocando, pero el tipo ese siguió donde estaba, esperando a que lo mirara.

Cuando por fin lo miró, se quedó sorprendida.

Se había esperado algún individuo desagradable. Pero se trataba de un hombre alto, con el cabello castaño, aclarado por

un sol no inglés, hombros cuadrados y un rostro angular que podía pertenecer a un modelo masculino.

Ese rostro atractivo portaba una sonrisa igualmente atractiva.

–Toca muy bien –dijo él.

–Lo sé.

Él se quedó desconcertado por un momento y luego murmuró:

–Y tampoco tiene falsa modestia.

Ella se encogió de hombros y luego se llevó de nuevo la flauta a los labios.

Como el tipo no recogió la indirecta, le dijo:

–Mira, compañero. Tengo que ganarme la vida, así que, si no es un cazatalentos de la Filarmónica de Londres…

–Desafortunadamente, no lo soy. De todas formas, tengo otra proposición para usted.

–Seguro.

–No de esa clase.

Dee siguió mirándolo escépticamente, como hacía en la actualidad con todos los hombres.

–Mire –dijo él sacando su cartera y, de ella, un billete de veinte libras–. Le pagaré por su tiempo.

–¿Se cree que soy una chica barata?

No estaba segura de lo que costaba en la actualidad un revolcón, pero le pareció que debía de ser más que eso.

–Mire, podemos ir a un café y la invitaré a usted y a Rover a un té.

La mirada del hombre fue más cálida cuando la dirigió al perro.

–Henry.

–¿Perdón?

–Se llama así –le informó Dee, al tiempo que se preguntaba por qué lo había hecho.

–Henry…

El hombre le acarició la cabeza al perro, que se sentó para facilitárselo.

Dee observó al desconocido mientras acariciaba al perro.

Entonces, Henry le lamió la mano al hombre, destruyendo toda posible impresión de que pudiera ser fiero.

–¡Henry!

–¿Qué edad tiene? ¿Once? ¿Doce?

–Trece –respondió ella tristemente–. Pero sigue teniendo buenos dientes.

–Estoy seguro de ello –dijo el hombre sonriendo.

Sabía de perros y estaba seguro de que ése no le iba a morder.

–Parece que tiene hambre –añadió él.

–Nunca la tiene. Come muy bien.

–De eso estoy seguro. Es usted la que me ha parecido que la tiene.

–Gracias –dijo Dee haciendo una mueca.

Reconocía enseguida los insultos.

Pero el caso era que ese tipo tenía razón, no solía comer regularmente.

Entonces, él subió el precio.

–Treinta libras y esta noche Henry y usted podrán cenar como reyes.

Era difícil rechazar treinta libras, pero Dee no era tonta.

–¿Me vas a dar treinta libras sólo por sentarnos a charlar en un café? No fastidies, compañero…

Baxter no podía culparla. Él mismo estaba empezando a pensar que era una tontería. Pero ya que había llegado tan lejos, no tenía nada que perder.

–Como le he dicho, tengo una proposición para usted…

llámelo una broma, si quiere. Una broma poco habitual más que peligrosa y, desde luego, no de naturaleza sexual. No estoy interesado en las jovencitas –dijo él en un inequívoco tono de voz.

Dee pensó que eso tenía sentido.

–Ya te lo he notado.

–Lo dudo –replicó él secamente.

–No te preocupes por lo que yo piense, compañero. Mi lema es vive y deja vivir.

–Mire, no es…

Pero entonces Baxter decidió no corregir su impresión.

¿Por qué no dejarla que pensara lo que quisiera si a él le venía bien?

–Muy bien, yo elegiré el café –dijo ella levantándose de repente y luego recogiendo sus pertenencias.

–Perfecto.

–Con la pasta por delante, por supuesto.

Baxter miró la mano extendida. Si le daba ahora el dinero,

¿qué evitaría que ella se escapara?

Dudó demasiado tiempo.

–Olvídalo entonces –dijo ella echando a andar.

Él la agarró del brazo.

–De acuerdo. La mitad ahora y la mitad cuando hayamos hablado.

–Bueno…

Quince libras eran mejor que nada, así que Dee se dejó convencer.

Pero lo cierto era que él tenía otros planes. Cuando le dijo la mitad quiso decir la mitad. Tomó un billete de veinte libras y otro de diez y los partió por la mitad. Luego, le dio a ella dos trozos.

Dee hizo una mueca, pero los aceptó, se echó a la espalda su mochila y tomó la cadena de Henry.

Baxter se dio cuenta de lo cargada que iba.

–Yo llevaré eso –dijo tomando de sus manos la caja de la flauta antes de que ella pudiera protestar–. Y la mochila, si quiere.

–No se moleste. Ya se ha asegurado bastante con mi flauta.

Baxter levantó una ceja.

–Tanto escepticismo en alguien tan joven… De paso, ¿qué edad tiene usted?

Por un desagradable momento, él se preguntó si no sería demasiado joven.

–¿Qué edad he de tener? –le preguntó ella suspicazmente.

–La suficiente como para tener un trabajo.

No podía estar refiriéndose a dieciséis años, ¿no?

–Sí, bueno, la tengo.

–Muy bien.

Siguieron caminando y Baxter pensó mantener una conversación con ella mientras lo hacían, pero se contuvo. Esa chica parecía demasiado callada para su edad. ¿Era una buena señal para sus propósitos?

Pudiera ser. Era mejor eso que ser indiscreta.

Dee, por su parte, era muy consciente del desconocido que tenía a su lado. Era difícil no serlo. Siempre había sido alta, cosa que le había causado grandes problemas. Con dieciséis años medía casi metro ochenta. Por suerte, había dejado de crecer de golpe, pero aun así, seguía siendo más alta que la mayoría de la gente.

Pero no que ese hombre.

Se sintió aliviada cuando llegó el metro. Lo tomaron juntos y estuvieron en silencio durante cinco estaciones, hasta que llegaron a Newhouse.

Sólo entonces, cuando llegaron al vestíbulo, le dijo:

–Por cierto, no tengo billete.

–Perfecto… Debería haberlo sabido.

¿Qué debería haber sabido? ¿Que las chicas como ella se colaban en el metro? ¿Que no podían ser honradas? Dee lo miró fijamente.

–No sabes nada –le dijo, pasándole la cadena de Henry–.

No te preocupes. Ocúpate tú de él. Nos encontraremos fuera.

–Un momento…

Pero Baxter no tuvo tiempo de decir nada más. La observó con una mezcla de horror y fascinación mientras ella se dirigía a la barrera metálica más cercana y se la saltaba.

Pensó que se había librado, pero entonces el cobrador, que la había visto, gritó.

El perro echó a correr también entonces y lo arrastró consigo. Llegaron a tiempo de ver cómo dos policías del metro detenían a la chica.

Baxter pensó rápidamente y tomó la iniciativa.

–¿Te crees que eso ha tenido gracia? –le dijo a ella directamente y luego se dirigió a los policías–. ¡Los chicos de hoy en día tienen una idea muy extraña de lo que es divertido!

Lo lamento mucho…

–¿La conoce? –le dijo uno de los policías.

–Me gustaría poder negarlo. Pero sí, es mi sobrina Morag.

Los dos policías se quedaron en silencio por un momento, como decidiendo si creérselo o no.

Lo mismo que Dee. ¿Morag? ¿Qué clase de nombre era ese?

–Tenía billete, pero lo perdió –continuó mintiendo Baxter–. Por supuesto, le iba a comprar otro a la salida, pero la muy tonta decidió saltarse la barrera. Creo que es la tontería de moda entre los adolescentes. Supongo que es un poco más seguro que ser un conductor suicida.

–Pero más caro –dijo uno de los policías–. Me temo que va a tener que pagar una multa, señor.

–Bueno, qué le voy a hacer. Has sido una tonta. ¿Qué va a decir tu madre?

–No lo sé –murmuró Dee, no muy segura de su papel en esa comedia, pero dándose cuenta de que, por lo menos, debía hacerse la arrepentida.

Él agitó la cabeza.

–¿Qué podemos hacer? Esto le romperá el corazón a su madre…

–Bueno, supongo que bastará con que pague el precio máximo del billete –dijo uno de los policías ablandándose.

–Muchas gracias –respondió Baxter, dándoles la mano a los dos cuando soltaron a Dee–. ¿Qué dices tú, Morag?

–Yo… sí, gracias.

–Muy bien. Toma a Henry. ¿Cuánto les debo?

–Un momento. Voy a comprobarlo.

Uno de los policías fue al despacho de billetes y el otro se quedó con ellos.

Dee esperó hasta que miró por un momento en otra dirección y le dijo a Baxter al oído:

–Podemos correr.

Él la miró fijamente y le contestó en el mismo tono de voz:

–Olvídalo.

Aun así, ella podía haber salido corriendo, pero no le pareció muy honroso abandonarlo así después de que la hubiera rescatado. Así que esperó. También se contuvo de

hacer un comentario rudo cuando les pidieron una suma exorbitante por el billete.

El desconocido sacó la cartera una vez más y pagó sin rechistar.

Cuando por fin salieron a la luz del día, Dee estaba librando una batalla consigo misma. Sabía que tenía que darle las gracias por lo que había hecho, pero no le gustaba nada hacerlo.

–Normalmente no hay ningún problema. Tienen poco personal. De todas formas, deberías haberlo dejado.

–¿Y dejar que te detuvieran?

–No habrían llegado a tanto. ¿Qué podrían haberme hecho? ¿Tomarme el nombre y una dirección que no tengo?

¿Ponerme una multa que no puedo pagar? ¡Vaya cosa!

Él agitó la cabeza.

–Semejante gratitud es sobrecogedora.

–Bueno, muy bien. Supongo que debería darte las gracias.

–No lo hagas si tanto esfuerzo te cuesta. ¿Dónde está la cafetería?

Dee casi se había olvidado de la razón por la que estaban allí. Pensó despistarlo, pero no le pareció bien. Le había pagado la mitad y la había librado de un aprieto. Lo menos que podía hacer era sentarse a escucharlo cinco minutos.

–Por ahí. No está lejos.

A veces ella trabajaba para Rick, el dueño del café, fregando platos. Como recompensa, le daba de comer y le permitía estar allí con Henry durante una o dos horas cuando hacía frío.

Cuando entraron, Rick la miró y sonrió.

–¿Va todo bien, Dee?

–Claro –respondió ella devolviéndole la sonrisa–. ¿Puedes darnos dos tés?

Rick asintió.

–Ahora te los llevo.

–¿Dee? –le preguntó Baxter cuando se sentaron a una mesa–. ¿Te llamas así?

Ella asintió. Dee era la versión abreviada de Deborah DeCourcy. Pero ese nombre era demasiado distinguido como para andar con él por la calle.

–De cualquier forma, es mejor que Morag. ¿Cómo se te ha ocurrido ese nombre?

–He descubierto que, si se va a contar mentiras, es mejor ceñirse a algo real. Yo tengo una sobrina, se llama Morag y su madre se horrorizaría si la pillaran colándose en el metro. Pero al parecer es tu principal medio de transporte.

–La verdad es que no, normalmente voy andando a los sitios. Como te darás cuenta, es difícil pasar desapercibida si te saltas las barreras acompañada por un perro grande.

Baxter levantó una ceja. No por el sarcasmo de esas palabras, sino por la utilización del idioma de esa chica.

Fundamentalmente hablaba con acento del East End, los barrios bajos, pero de vez en cuando se le escapaba alguna cosa que denotaba una muy buena educación.

–Me has dicho que no tenías casa. ¿Entonces dónde dormís Henry y tú? ¿En un albergue?

Ella agitó la cabeza.

–No se permiten perros y, aunque así fuera, no hay ninguna intimidad.

–Evidentemente no has oído eso de que los mendigos no pueden ser exigentes.

La reacción de ella no se la imaginaba, ya que le respondió furiosa:

–¡No soy una mendiga! Soy una buscavidas. ¡Hay una diferencia!

–Muy bien, muy bien. No he querido ofenderte.

Los ojos de ella seguían llameando de ira. Eran unos ojos muy expresivos, revelaban una naturaleza apasionada bajo un frío exterior. Miró su rostro realmente por primera vez y se sorprendió al ver que era más que pasablemente bonito.

A Dee no le gustó la forma en que él la estaba mirando. De hecho, estaba pensando decirle que se guardara su dinero cuando Rick les llevó sus tés.

–¿Quieres trabajar el sábado por la tarde? –le preguntó Rick.

–Sí, de acuerdo.

Luego Rick se alejó de nuevo.

–¿Trabajas aquí?

–A veces, cuando Rick necesita a alguien que friegue los platos.

—Así que estás en tu territorio, ¿no?

–Algo así… vivo por aquí cerca –dijo ella sin ser más explícita.

–¿Sola?

Ella entornó los párpados.

–¿Importa eso?

Baxter suspiró.

–Para mí personalmente, no. Pero para este… trabajo que tengo en mente, es mejor que estés libre.

–Entonces lo estoy –le reveló ella.

Luego añadió impulsivamente:

–¿Y tú? ¿Tienes a alguien importante?

Esa pregunta pilló por sorpresa a Baxter y casi sonrió cuando respondió:

–No creo que eso sea asunto tuyo.

–Me tomaré eso como un sí.

Luego, se echó cuatro terrones de azúcar bajo su atónita mirada y añadió:

–Hay que conseguir calorías de donde se pueda.

–La mayoría de las demás mujeres piensan lo contrario.

Dee hizo una mueca.

–Tal vez debiera escribir un libro. La Dieta de las Sin Techo. Vive duramente y verás como pierdes los kilos de más.

Baxter se rió, aunque aquello no era divertido. Tal vez fuera debido al cansancio de la compasión. Había vivido la mayor parte de la última década en el Tercer Mundo, donde el hambre significaba la muerte.

La piedad se apoderó de él cuando la vio beberse su té con ansia.

–¿Cómo es la comida de este sitio?

–Muy buena, si te gustan las cosas grasientas y con mucho colesterol.

–Ya veo lo que quieres decir –respondió él mientras leía el menú–. Aun así, me arriesgaré… si me acompañas.

El orgullo le dijo a Dee que rehusara su caridad, pero su estómago vacío se impuso.

–Supongo que podré soportar tu compañía.

–Muy amable por tu parte.

Luego Baxter le hizo una señal a Rick, que se acercó y preguntó sin mucho interés:

–¿Hay algún problema?

–No, queremos comer algo –le dijo Baxter.

Rick los miró como atontado y luego dijo:

–Claro.

–¿Dee?

Ella dudó un momento y luego decidió que, si iba a aceptar su caridad, bien podía hacerlo del todo.

–Huevos con bacon, salchichas, tomate y patatas fritas.

Muchas.

Baxter dejó el menú y dijo:

–Dos de lo mismo.

–Sí, muy bien.

Rick suspiró al pensar en el esfuerzo que le iba a costa hacer aquello.

–Un tipo animado –dijo Baxter cuando se alejó.

Dee tampoco era una gran admiradora de Rick, pero sintió como si tuviera que defenderlo.

–Su esposa lo dejó recientemente y sigue muy afectado.

También lo dejó sin un penique.

–Como suelen hacer las mujeres –bromeó Baxter olvidándose de que estaba con una.

–Bueno, si es así, tú no tienes por qué preocuparte.

–¿Perdón?

–Por las chicas.

–No me he casado, no.

–Ni parece que lo vayas a hacer –añadió ella significativamente.

Baxter dio por hecho de que estaba siendo insultado, pero prefirió reírse.

–¿Crees que no soy aceptable para eso?

Dee frunció el ceño.

–Bueno, naturalmente, he dado por hecho… a no ser, por supuesto, que seas bisexual.

–¿Bisexual?

Baxter la miró como si estuviera loca.

–De acuerdo, de acuerdo, era sólo una sugerencia. ¿Es que te parece un insulto ser gay?

–¿Gay?

–Cielos, ¿es esa también una palabra equivocada? Yo creía que a los homosexuales no les importaba que los llamaran así.

Por fin él pareció darse cuenta de lo que estaba hablando.

–¿Quién te ha dicho que yo sea homosexual?

–Tú lo has hecho antes. ¿Recuerdas?

–Vagamente.

–No te preocupes. No lo voy a ir pregonando por ahí.

Él pareció como si fuera a decir algo y a Dee le dio la impresión de que lo iba a negar. Esperó que no lo hiciera.

Estaba empezando a gustarle, pero no podía soportar a los mentirosos.

Por fin, él dijo sin mucha convicción.

–Me gusta oír eso.

–No lo haré. De verdad. Y no es que sea algo evidente. La verdad es que pareces muy masculino.

–¿Debo tomármelo como un cumplido? –le preguntó él irónicamente.

–No.

–Eso pensé.

Luego, se callaron cuando Rick les llevó lo que habían pedido. Cuando se marchó, Baxter le preguntó:

–¿Dónde vives?

–En una casa ocupada que el ayuntamiento declaró en ruinas.

–¿Desde cuándo vives allí?

–Desde hace unas seis semanas.

–¿Y el ayuntamiento no se ha dado cuenta?

–¿Por qué lo iban a hacer? Y aunque así fuera, no les importaría. Pronto la derribarán.

–¿Y luego qué? ¿A dónde irás?

–¿Por qué? ¿Estás haciendo un reportaje o algo así? Lo siento, compañero, ya se ha hecho.

–No, no es eso. Sólo me estaba preguntando si habías hecho algún plan para el verano.

–Bueno, esperaba irme de nuevo de crucero a las islas griegas, pero por el momento tengo el barco en el dique seco.

Baxter apretó los labios.

–¿Es que no te tomas nada en serio?

–¿Te refieres a la vida? ¿Y a dónde te crees que me llevaría eso a la larga?

Baxter vio la razón de esas palabras. Sin nada que esperar y ninguna manera de mejorar su situación actual, tal vez fuera mejor tomarse cada día como viniera.

–¿Has estudiado algo? –le preguntó de una forma que indicaba que se imaginaba que no tenía ninguna clase de estudios.

Dee decidió sorprenderlo con la verdad.

–Nueve matrículas de honor, seis A, dos B y una D.

Baxter hizo una mueca ante lo que se tomó como un sarcasmo.

–De acuerdo, mensaje recibido. Quieres que me meta en mis propios asuntos.

La verdad era que no. Lo que ella había querido era impresionarlo y que la viera bajo una nueva luz, que hablara con ella como si mereciera la pena hacerlo. Pero no, era sólo otra «sin techo» para él… y para casi todas las demás personas que pasaban a su lado.

Dee no se había dado cuenta hasta entonces del hambre que tenía, pero miró su plato y aquella visión fue demasiado

para ella. Se puso a comer con ansia, con el hambre atrasada que arrastraba y no levantó de nuevo la mirada hasta que no hubo rebañado el plato.

Sólo entonces se dio cuenta de que él la estaba mirando fijamente y se percató de lo hambrienta que debía haber parecido.

El plato de él estaba sin tocar.

–¿Qué edad tienes? –le preguntó él por primera vez.

–Dieciocho.

Bueno, por lo menos los cumpliría pronto.

–Muy bien.

–¿Muy bien?

–Me preocupaba que te hubieras escapado de casa –dijo él dando por hecho que no era así.

Pero sí lo había sido. Se había marchado por primera vez de su casa ese verano. Había sido fácil, llevaba meses planeándolo. Tenía dinero, tanto que le parecía casi una fortuna, pero se lo había gastado en cosa de semanas, así que prefirió volverse a casa antes de vivir en las calles. Hacía tres meses se había vuelto a marchar y esa vez nadie la había buscado.

–Lo que quiero que hagas va a ser suficientemente complicado ya sin que aparezcan unos padres airados –le dijo él.

–No habrá padres airados. Así que, si estás pensando asesinarme, puedes estar seguro de que nadie se dará cuenta.

Su madre podía ser muchas cosas, bonita, tonta, vana, pero nunca lo suficientemente fuerte como para ser airada.

–Si creías que había alguna posibilidad de que fuera un psicópata, ¿por qué demonios has venido conmigo?

–¿Por qué crees? –dijo ella agitando las dos mitades de los billetes–. De todas formas, no pareces un maníaco homicida…

Así que, dando por hecho que no lo eres, ¿qué eres?

Él dudó un momento y entornó los párpados, como pensando si sería

discreta o no.

–¿No serás un actor?

–¿Un actor? ¿Qué te hace pensar eso?

–Porque eres muy atractivo, supongo –admitió ella muy sinceramente.

Baxter se quedó sorprendido por un momento y luego dijo:

–¿Siempre eres tan directa con los hombres?

–No, no con los…

Dee se interrumpió a tiempo de no decir la palabra

«normales». Ser políticamente correcta era como andar por un campo de minas, así que le dijo:

–No con algunos hombres. Ya sabes, los machos que interpretan la palabra «hola» como una invitación a acostarse contigo.

–Supongo que he de agradecerte que no me incluyas entre ésos.

–No, bueno, no podrías, ¿no? ¿Significa eso que no eres actor?

–Lamento decepcionarte, pero soy algo más prosaico.

Ella levantó una ceja.

–Eso significa…

–Normal, ordinario, ya sé.

–Lo siento, pensé…

–Que «sin techo» es igual a ignorante –lo interrumpió ella–. Bueno, no te sientas demasiado mal, es lo habitual.

Baxter se dio cuenta de que se sentía desconcertado.

Estaba acostumbrado a llevar la iniciativa, a ser el jefe en casi todas las situaciones. Pero sospechaba que esa chica de lengua afilada no respetaría ni la edad ni la posición.

Trató de probarla diciendo:

–La verdad es que soy médico.

Luego esperó a ver su reacción. Normalmente la gente se quedaba muy impresionada con su profesión.

Dee se rió brevemente, sorprendida. Era toda una coincidencia.

–Bueno, la verdad es que a nadie le había parecido divertido antes –dijo él un poco molesto.

Ella se encogió de hombros y no se disculpó.

–No tienes el aspecto, aunque supongo que te debe ir muy bien con las pacientes.

Una vez más se olvidó de sus preferencias sexuales.

–¿Y por qué crees eso?

Dee se ruborizó y murmuró:

–Como te dije antes, eres muy atractivo. Me imagino que has destrozado algunos corazones, quieras o no.

–¿Quién hubiera pensado que hay un interior romántico bajo ese cínico exterior?

–Estaba siendo irónica. Ya sabes lo que he querido decir.

–La verdad es que no. La mayoría de mis pacientes están demasiado ocupados muriéndoseme encima como para darse cuenta de mi aspecto físico.

Eso lo dijo muy secamente y Dee se preguntó si estaría bromeando, pero algo en su mirada le indicó que no era así.

–He trabajado para una organización no gubernamental en África –añadió él.

–¿En las zonas de hambrunas y esa clase de cosas?

Él asintió, pero a pesar de que el interés de ella era evidente, no siguió hablando de ello y se puso a comer.

Dee lo miró y se preguntó si eso sería cierto. Conocía a algunos médicos. Su padre lo había sido. Al principio había

sido un hombre dedicado a su profesión, siempre saturado de trabajo. Pero al final se había quemado. Su padrastro era otra cosa, un médico

de los caros y sin un interés real en la medicina, aparte del dinero. Los demás que conocía eran algo intermedio.

Pero ese desconocido era diferente. No lo podía catalogar.

–Eso debe de ser todo un reto –dijo e, inmediatamente, se dio cuenta de lo inadecuado de esas palabras.

Probablemente, él pensó lo mismo, por la breve sonrisa de sus labios, pero lo dejó pasar.

Antes de que volviera a hacer el ridículo, Dee le preguntó:

–¿Y qué clase de trabajo quieres que lleve a cabo, doctor?

Él hizo una mueca cuando oyó lo de doctor.

–Te lo diré dentro de un momento. Primero quiero que comprendas bien una cosa. Si decides que no quieres formar parte de esto, he de advertirte que no debes perder el tiempo yendo a contarle nada a la prensa porque yo me limitaré simplemente a negarlo todo… ¿Y sabes a quién creerá la gente?

Ella empezó a levantarse, pero él se lo impidió poniéndole una mano en el hombro.

–¿A dónde vas?

–Olvídalo –respondió ella dejando los dos trozos de billetes sobre la mesa– Si es ilegal, no quiero saber nada.

–No lo es –mintió Baxter y se sintió aliviado cuando ella volvió a sentarse.

Pero entonces se le ocurrió algo.

–¿No tendrás problemas con la policía?

–No.

–Muy bien. ¿Eres soltera?

–¿Soltera?

–Que si no estás casada.

–Claro que no –afirmó Dee riéndose al recordar lo poco que había

pensado siempre en el matrimonio–. ¿Por qué?

Baxter dudó y finalmente se decidió a dejar clara la razón por la que estaba haciendo todo aquello.

–No puedes estar casada porque eso es parte del trabajo…

casarnos.

–¿Casarnos?

Dee se quedó mirándolo anonadada, como si ese hombre se hubiera vuelto loco de repente.

Quería que se casara con él y ni siquiera sabía su nombre.

Capítulo 2

NI SIQUIERA sé tu nombre.

–Baxter.

–Mire, señor Baxter…

–No es señor Baxter, es…

–Ya lo sé. No debemos olvidar el título, ¿verdad? Doctor Baxter.

–Te iba a decir que mi apellido es Ross.

–¿Ross?

–Señor Ross, si nos vamos a poner en plan formal –dijo él sonriendo–. Y la verdad es que no me hace mucha gracia lo de doctor.

–¿Tu nombre es Baxter? ¿Qué clase de nombre es ése?

–Escocés.

–Bueno, eso lo explica.

Baxter supo que no debía preguntar, pero lo hizo.

–¿Qué explica?

–La razón por la que hablas tan raro.

–¿Yo hablo raro? –le preguntó él riéndose–. Bueno, por lo menos mi acento no es de mentira.

–¿Qué quieres decir?

–Lo que no puedo descubrir es cuál es la Dee de verdad,

¿la que habla con acento barriobajero o la niña bien de colegio de pago?

–No es necesario que lo descubras, ¡porque ninguna de las dos se va a casar contigo!

–La verdad es que no te he pedido que te cases conmigo.

Dee frunció el ceño.

–¿Y qué otra cosa estás haciendo? ¿Me estás pidiendo que me case con otro?

–Con quien sea es irrelevante. Naturalmente sería lo que se suele llamar un matrimonio de conveniencia.

–¿Te refieres a sin sexo? Eso ya me lo he imaginado. Me necesitas para una especie de camuflaje, ¿no?

–¿Un camuflaje?

–Quieres convencer a todo el mundo de que eres normal y sabes que la mejor manera es conseguir una esposa. Pero no quieres una de verdad porque entonces ella esperaría que tú…

bueno, ya sabes lo que quiero decir.

–Eso creo.

Baxter se dio cuenta de que ella iba por un camino completamente diferente, pero que, con el tiempo, probablemente llegarían al mismo sitio. Así que, ¿por qué no dejar las cosas así?

Dee miró su atractivo rostro y se imaginó que podía leerle el pensamiento.

–Mira, realmente a mí no me importa que tú seas gay y, si lo quieres mantener en secreto, lo puedo comprender. Pero tal vez la vida te resultara más fácil si lo admitieras. Sólo una declaración pública y luego podrías seguir con tu vida. Hay mucha gente que lo hace, actores, políticos. Incluso se podría decir que está de moda. Y ya sabes lo que se dice de que la sinceridad es la mejor política y todo eso.

–Dudo que se pueda aplicar en este caso.

–Bueno, es tu vida –dijo Dee pensando que no estaba en situación de aconsejar a nadie–. Y supongo que un matrimonio de conveniencia es mejor que uno de verdad.

–¿Perdón?

–Eso es lo que hacen algunos gays. Casarse, tener hijos incluso. Luego, de repente, llegan a la crisis de la mediana edad y dejan a sus esposas por otro hombre.

–Eres toda una autoridad en eso, ¿no?

–No especialmente. Sólo tuve una compañera de colegio cuyo padre lo hizo. Todos se quedaron destrozados.

–¿Conoces a alguien con una vida feliz y poco complicada?

–No, ¿y tú?

El tono de su voz indicó que no creía en la felicidad.

Baxter se preguntó qué la había hecho tan cínica.

–La verdad es que sí –respondió él–. Mi hermana, Catriona, y su marido tienen un matrimonio que parece muy cerca de la perfección.

–Parece es la palabra adecuada.

Por experiencia conocía algunos matrimonios así que terminaban rompiéndose estrepitosamente. Como el de su madre y su padrastro. Siempre habían parecido la pareja perfecta a los ojos de todos, maldecida sólo por una oveja negra en forma de hija.

Dee no tenía ilusiones. Eso era lo que la gente había pensado de ella. Una oveja negra que había llegado a un mal final.

–Bueno, podrás juzgarlo por ti misma –dijo él interrumpiendo sus pensamientos.

–¿Juzgar qué?

–Si su felicidad es real. Pero te lo advierto ahora. Se ríen, sonríen y se besan mucho. Así que puede ser un poco duro de tragar para una cínica harta del mundo como tú.

Él también se estaba riendo. De ella, en este caso. Dee trató de sentirse ofendida, pero había algo que la desarmaba en esa sonrisa.

–No he accedido a nada. Quiero decir que no puedo hacer lo que me pides.

–¿Por qué no?

¿Por qué no? Dee se repitió esas palabras y no encontró una respuesta inmediatamente. Una sonrisa se asomó a los labios de él cuando se dio cuenta de su debilidad.

Ella agitó la cabeza.

–Esperas que me vaya a vivir a las tierras salvajes de Escocia…

–Vivimos a unos treinta kilómetros del centro de Edimburgo. Un sitio casi civilizado, de hecho.

–De acuerdo, pero también está el tiempo. ¿O es que piensas que haga de novia feliz por un día para luego enviarme de vuelta a casa al día siguiente? Eso no convencería a nadie.

–No, evidentemente tendrá que ser por más tiempo.

Digamos un contrato de un año.

–¡Un año!

–Por lo menos –asintió él–. Pero si las cosas van bien, podré dejarte libre antes.

–¿Dejarme libre? –dijo ella–. Esto está empezando a sonar como una condena.

–No tanto. No estarás a pan y agua ni tendrás que hacer balones de fútbol o coser sacas de correos. Básicamente, tendrás tu propia habitación, tres comidas al día y una moderada tolerancia. ¿Te parece tan malo eso?

–Me parece maravilloso –respondió ella estremeciéndose

visiblemente–. Hacer el papel de ama de casa, dueña de su hogar…

Baxter se rió.

–¿Tú? ¿Ama de casa? Aparte de no encajar para nada en ese papel, dudo mucho que seas tan buena actriz.

–Gracias –dijo ella haciendo una mueca–. Entonces, ¿por qué me has elegido a mí?

Buena pregunta, pensó Baxter.

–La verdad es que no había muchas más candidatas.

–Y las pordioseras no pueden elegir, ¿verdad?

–Algo así.

–Estás loco.

Claro que ella también debía estarlo por escucharlo.

Baxter no dijo nada, pero sacó una pluma y un talonario de cheques. Dee lo miró mientras escribía y se quedó pasmada cuando le mostró la cifra.

–Esto es lo que tendrás el día de la boda –le dijo él–. Y la misma cantidad al término del contrato, doce meses después, o cuando te deje en libertad.

Cinco mil libras. El doble al final…

–¡Estás de broma! –exclamó.

–Los escoceses no bromean con el dinero –dijo él dejando el talón sobre la mesa delante de ella–. ¿No lo sabías?

Baxter sonrió como si fuera una broma, pero su mirada era muy seria. Aquello era un negocio.

–¿Me vas a pagar diez mil libras sólo por casarme contigo?

–¿Te parece demasiado?

Dee fue a decir que sí, pero se contuvo a tiempo.

¿Realmente quería rebajar el precio?

–No te equivoques. Es un año de tu vida, y eso es mucho tiempo a tu edad –le advirtió él.

–¿Qué edad tienes tú?

–Treinta y cuatro.

Cuando vio la cara que ponía ella, añadió:

–Para ti, seguro que ya debería estar en el asilo.

No era eso realmente lo que estaba pensando Dee.

–¿Has pensado en lo que la gente pueda pensar de la diferencia de edad? Quiero decir que no servirá de mucho contratarme para hacer de esposa respetable cuando mi apariencia va a desmentirlo.

–Por diez mil libras, espero que modifiques esa apariencia

–sugirió él sin entrar en detalles.

No tenía que hacerlo. La recorrió con la mirada desde los pendientes hasta el corte de cabello.

Dee sabía el aspecto que tenía, con el cabello corto, la chaqueta militar y las botas Doc Martens. Era como una dura punkie que podía cuidar de sí misma. Así era exactamente lo que quería parecer. Cuando llevaba el cabello más largo y vestía de forma más femenina, se había tenido que defender a menudo de los cerdos y pervertidos que trataron de aprovecharse de su situación.

–Supongo que podría… si accediera a esta locura. Pero seamos realistas. ¿Te crees que alguien de tu familia o amigos se va a creer que somos una pareja perfecta?

En eso Baxter tuvo que estar de acuerdo. Su hermana se había pasado por lo menos los últimos diez años tratando de casarlo, pero incluso ella no habría pensado en esa chica. Los amigos se podrían imaginar que estaba pasando por una crisis de la mediana edad e, incapaces de ver otras virtudes, se imaginarían que ella era muy buena en la cama. De todas formas, nada de eso tenía importancia.

–¿La atracción de los polos opuestos? –sugirió sonriendo irónicamente–. No te preocupes por eso. No será problema…

Sólo trata de parecer un poco más comedida antes de marchar.

Te puedo dar un adelanto para que te compres ropa, si es necesario…

–¿Faldas de tweed y jerseys?

–Eso es cosa tuya.

Dee, dándose cuenta de que realmente iba en serio, por fin se puso a pensárselo. ¿Qué tenía que perder?

–Bueno, ¿qué te parece? –le preguntó él.

–No lo sé.

–Mira, si te preocupa poder casarte con otro en el futuro, tranquila. También pagaré el divorcio.

–Eso no importa. No me voy a casar. Me refiero a realmente.

–¿Nunca? –le preguntó él levantando una ceja.

–Nunca.

–No me lo digas, estás harta de los hombres.

Estaba claro que él no se la estaba tomando en serio.

–No de los hombres, sólo del matrimonio.

–Una mujer que no oye automáticamente campanas de boda… ¿Dónde has estado durante toda mi vida?

Él estaba bromeando. Pero aun así le parecía que era curioso que lo dijera.

–No creía que te interesaran las mujeres.

Baxter se lo pensó por un momento y luego decidió ser sincero.

–Creo que es hora de dejar las cosas claras.

Dee tardó un momento en entenderlo.

–¿No eres gay?

–Me temo que no.

–¿Entonces por qué me dijiste que lo eras?

–Técnicamente, no lo hice. Lo que te dije fue que no me interesaban las jovencitas. Lo cierto es que prefiero a las mujeres más maduras. Así que sigues a salvo.

A salvo, pero confusa.

–¿Entonces por qué este matrimonio?

–Es más difícil de explicar.

–Seguro que es por una herencia. Tienes que estar casado el día de tu treinta y cinco cumpleaños o una tía abuela te desheredará. ¿no es así?

Baxter se quedó sorprendido. Ciertamente esa chica tenía imaginación. Pero todavía no estaba seguro de poder contarle la verdad.

–Tiene algo que ver con una herencia, sí –dijo por fin.

–¡Lo sabía!

–De todas formas, no te puedo dar los detalles, por el momento. Sólo puedo asegurarte de nuevo que será un matrimonio de conveniencia. ¿Qué me dices?

Hora de tomar una decisión.

–Tengo que llevarme a Henry.

–Por supuesto. Parece un animal muy bien educado. ¿Le gustan los trenes?

–¿Es así como vamos a viajar? Eso dando por hecho que acceda…

Él asintió.

–Hace poco que he vuelto de Kirundi y no tengo coche todavía.

–¿Has estado en Kirundi?

Dee leía los periódicos y revistas abandonados en el metro y sabía algo de las guerras civiles que asolaban África.

Él asintió.

–Durante los dos últimos años.

No pareció revelar ninguna emoción, ¿cómo podía ser?

Aquello debía de haber sido dantesco.

–¿Vas a volver?

Baxter agitó la cabeza.

–No tengo planes de hacerlo. Mi contrato con la organización acaba de terminar y me voy a hacer cargo de un puesto en el departamento de investigación de la universidad de Edimburgo en otoño.

–De acuerdo, dame la hora de salida del tren y nos encontraremos en la estación.

Pasó un momento antes de que él se diera cuenta de lo que ella le había dicho.

–¿Lo vas a hacer?

Dee se preguntó si realmente no estaría loca y luego asintió.

–Sí, ¿por qué no?

–Muy bien –dijo él, satisfecho.

Dee decidió que ya era el momento de marcharse antes de cambiar de opinión.

–Si no sabes los horarios y demás, puedes llamar aquí y Rick me pasará el mensaje.

–¿No sería mejor que te recogiera en un taxi?

–¿Quieres decir donde yo vivo? –dijo ella horrorizada–.

No, gracias. Me encontraré contigo en la estación o no hay trato.

Baxter se dio cuenta de que no quería que viera donde vivía. Se metió la mano en el bolsillo, sacó su pasaporte, que llevaba allí desde su llegada, y se lo pasó a ella.

Dee lo tomó y vio los datos. Casi todas las páginas estaban llenas de sellos. Al final había una foto de él mucho más joven. Se llamaba Baxter Mcfarlane Ross. Era médico. Lugar de nacimiento: Bangkok.

–¿Bangkok? ¿En Tailandia?

–Mis padres eran misioneros y, cuando yo nací, estaban tratando de convertir a la población del sureste de Asia.

–¿Y dónde te criaste?

–En muchos sitios, pero sobre todo en Escocia, que es donde vivían mis abuelos y donde fui al colegio.

–¿Así que tus padres viven en Edimburgo?

–Murieron cuando yo tenía doce años.

–Lo siento.

–Eso fue hace ya mucho tiempo. Y la verdad es que no los conocí demasiado bien. Mi hermana vive cerca de mí.

–Oh. ¿Te llevas bien con tu hermana?

–Sí y no. Me he pasado gran parte de mi vida de adulto por el extranjero. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

–No. Soy hija única.

–¿Te mimaron mucho? –dijo él todavía extrañado por esa chica llena de contradicciones.

–Por supuesto. Como puedes ver, ceno todos los días en el Ritz, me compro la ropa en Harvey Nichols y vivo en una encantadora casita en South Kensington.

Él la miró impacientemente.

–Doy por hecho que eso significa que no.

Dee le devolvió su pasaporte y él dijo:

–Ahora que ya sabes quién soy, tal vez puedas confiar en mí lo suficiente como para decirme tu dirección.

–¿Sólo porque eres el doctor Ross?

–De acuerdo.

Baxter tomó entonces una servilleta y escribió algo en ella.

–El Continental –leyó Dee–. Parece muy elegante.

Él no le hizo caso y siguió escribiendo.

–Reúnete conmigo en la recepción mañana a las nueve de la mañana e iremos a comprarte ropa, ¿de acuerdo?

Dee asintió y se metió la servilleta en el bolsillo de la chaqueta sin mirarlo a los ojos. Si lo hubiera hecho, él se habría dado cuenta de que se lo estaba pensando mejor. Las chicas que se veían con desconocidos, por muy buen aspecto que tuvieran estos, sólo se estaban buscando problemas.

Baxter la observó cuando se levantó, le dio las gracias brevemente por la comida, recogió sus pertenencias y su perro y se dirigió a la puerta. No era ningún tonto. Había muchas probabilidades de que no la volviera a ver nunca más.

Dee caminó rápidamente y miró tras ella unas cuantas veces, pero no lo vio. Confiaba en ella. Realmente se creía que se iba a reunir con él.

–Es tonto –murmuró.

Pero ni aun así dejó de sentirse culpable. Ella no había querido engañarlo. Era culpa de él. Le había parecido tan atractivo eso de dormir en una cama limpia y comer bien, además de ganar un dinero por casi nada…

Pero nada era por nada en esta vida, lo sabía muy bien.

Decidió no seguir pensando así. No quería amargarse.

Había llegado, así que volvió a asegurarse de que no la había seguido antes de meterse dentro por una ventana rota.

Una vez entró, se dirigió al cuarto de baño y se miró al espejo roto. La cara que vio allí no le pareció la suya. En su momento la habían considerado bonita, pero ahora no podría decirse lo mismo. Pensó que la única posibilidad de futuro que se le ofrecía era aceptar la proposición de Baxter. Tal vez fuera

una tontería rechazarla. Sería vivir una mentira, ¿pero y qué?

Había visto a su madre hacerlo durante años.

¿Había estado actuando también su madre con su padre?

No estaba segura. Había parecido devastada cuando él murió, pero al cabo de pocos meses ya estaba saliendo con Edward Litton, otro

médico del hospital.

Al principio a Dee no le había gustado nada aquello, pero cuando pasó el tiempo se dio cuenta de que su madre no podía estar sola. Edward parecía aceptarla a ella, así que ella lo aceptó a él e, incluso, hizo de dama de honor en su boda.

¿Cuándo habían cambiado las cosas? Era difícil de decir, pero le parecía que ese matrimonio había empezado a tener fisuras muy pronto. Aunque era hermosa, su madre necesitaba que se lo estuvieran diciendo continuamente y, a pesar de su aparente alegría, era dada a las depresiones. El padre de Dee la había apoyado siempre, pero Edward era de otra clase y su impaciencia y desagrado empezaron a ser evidentes.

A veces Dee había sentido lástima de verdad por él y temió que se marchara. Lo temía porque, con catorce años, era tan egoísta como cualquier adolescente y no quería tener la responsabilidad de la felicidad de su madre.

Pero lograron sobreponerse a las grietas y continuaron mostrando una familia idílica a los demás. Dee había formado parte de la conspiración. Agradecida por que él se hubiera quedado, se sintió más cercana a Edward y él también pareció tomarle cariño.

Fue Edward el que empezó a darse cuenta de que estaba creciendo y el que le daba dinero para ropa adecuada a su edad, en vez de la que le compraba su madre, que era demasiado infantil. Fue él quien le permitió ir por primera vez a una discoteca y el que se rió cuando llegó a casa un poco mareada. Fue él quien no había reaccionado demasiado fuertemente ante las primeras rebeliones de adolescente, tales como fumar o hacer novillos en el colegio. Y fue él quien discutió con su madre para que no la llevaran interna a un colegio. Pero esa vez su madre permaneció firme, así que la

mandaron a uno. Para ella fue casi un alivio después de las tensiones de la casa.

Aun así, cuando se acercaron las vacaciones de Navidad, ella estuvo ansiosa por volver a casa. Tanto Edward como su madre parecieron encantados por verla. Él le había comprado varios vestidos, entre ellos uno minifaldero que mostraba la totalidad de sus interminables piernas.

Se lo puso para la fiesta de fin de año y se sintió muy mayor por hacerlo.

Tal vez también lo pareció, porque nadie dijo nada de la cantidad de alcohol que bebió. Estaba muy contenta, no borracha, y bailó mucho con un chico llamado James.

Terminaron besándose fuera de la casa e, incluso, se acariciaron un poco, pero ella no tuvo la menor intención de llegar más lejos.

Pero Edward sacó otras conclusiones cuando se los encontró abrazados apasionadamente. Se puso furioso y, a pesar de que ella no dejó de decirle que no había pasado nada, la agarró por un brazo y se la llevó consigo.

Sólo se dio cuenta más tarde de que él estaba borracho esa noche.

Pero entonces sólo se sintió avergonzada cuando él le dijo que era una golfa y que se lo había estado buscando. Ella, inocente, se creyó que sólo estaba actuando como un adulto enfadado. Pero luego empezó a salirle toda la bilis de la relación con su madre, cosa que hizo terminar de repente toda su relación de padre e hija.

Ella trató de alejarse cuando él empezó a contarle los detalles de su matrimonio, vacío y sin sexo.

–Bueno, por lo menos ahora sabemos que tú no eres frígida, pequeña Deborah –dijo él–. Ni tampoco tan pequeña.

Ahora…

Su mirada se posó entonces en sus senos y la mano que le había agarrado el brazo empezó a acariciárselos.

Dee luchó contra el pánico y la náusea. Aquello era una pesadilla. Al cabo de un momento se despertarían los dos y todo seguiría como antes.

–Volvamos a la fiesta, Edward, por favor.

–¿Por qué? ¿Para que puedas permitir que ese chico se vuelva a pasar contigo?. Tienes dieciséis años y, evidentemente, te mueres por ello, a juzgar por la forma en que vas por la casa con tus camisones más cortos.

Dee agitó la cabeza, se negaba a pensar que ella fuera la provocadora, que fuera ella la que deseara aquello. Entonces, él la agarró con fuerza y la besó a pesar de su resistencia. Por fin, Dee levantó con fuerza una rodilla y se vio libre.

Se volvió y corrió ciegamente hacia la casa. La fiesta estaba en pleno apogeo y nadie se dio cuenta de su entrada y de que se fuera corriendo al baño a vomitar.

Más tarde, trató de contárselo a su madre, pero Edward rebatió sus acusaciones. Según su versión, ella había bebido demasiado y había estado coqueteando con todo el mundo, incluyéndolo a él. Luego achacó el incidente a cosas normales de la adolescencia. Su madre no quiso saber más. Ella intento decirle que Edward la había besado, pero se negó a escucharla.

No se había escapado de casa inmediatamente, le había faltado valor. Había querido creer la promesa de Edward de que no iba a volver a suceder. Hasta la siguiente vez, dos meses más tarde. Y la siguiente, mes y medio después. Y las demás.

Cada vez él llegaba un poco más lejos y, cada vez, ella se encerraba más en la conspiración de silencio porque no lo había sacado suficientemente a la luz la primera noche.

Sabía que aquello podía acabar en una violación, pero no sabía a quién contárselo. ¿A su madre? Era como si viviera en otro planeta. ¿A los amigos de la familia, que admiraban a Edward?

Cuando a mediados de trimestre él él apareció por sorpresa en el colegio para invitarla a comer, Dee deseó negarse, ¿pero

cómo podía?

Subió a recoger su chaqueta y decidió tirarse por las escaleras. Sólo había pretendido torcerse el tobillo, pero acabó con un esguince de ligamentos en la rodilla. Aun así, mereció la pena porque aquello la libró de tener que irse con su padrastro.

Esperó a que se le curara la rodilla y luego sacó un billete de ida a Londres. Allí permaneció en un hotel barato, incapaz de encontrar trabajo hasta que se le acabó el dinero y la policía la encontró y llamaron a su familia.

Fueron a recogerla. Su madre estaba muy afectada, pero la perdonó y Edward pareció aliviado. La abrazó como lo había hecho en los viejos tiempos y le prometió que todo iba a ir bien. Después de todo ese tiempo espantoso que había pasado, Dee habría creído al mismísimo diablo. Llegó a casa a tiempo para su diecisiete cumpleaños y la llenaron de regalos.

Edward mantuvo su promesa durante ocho meses, aunque ella no le dio muchas oportunidades de hacer otra cosa, ya que volvió al colegio en otoño, y pasó la mayor parte de las vacaciones de Navidad esquiando con sus compañeras del colegio. Luego cometió el error de volver a casa en Semana Santa.

Con diecisiete años y mucha confianza en sí misma se imaginaba que podría con todo, pero se equivocaba.

El problema es que no hubo nada que se lo advirtiera. A su madre le dolía la cabeza, cosa habitual. Dee se sentó a comer con Edward y él fue muy amable y divertido. Ella ni se dio cuenta de que no paraba de llenarse su copa de vino. No se dio cuenta de su cambio de actitud hasta que fue demasiado tarde.

Mientras pensaba, Dee cerró los ojos, no quería recordarlo.

El caso es que salió corriendo y se escapó, y aquella vez nadie la fue a buscar.

Ahora no tenía hogar, familia ni pasado. Podía hacer lo que quisiera, ser lo que quisiera. Podía casarse con Baxter Ross por diez mil libras sin más problema.

¿Por qué no? ¿Sería tan duro ser la señora de Baxter Ross?

No tendría que acostarse con él. Probablemente ni tuviera que comer con él. Charlar por las noches no sería necesario, a no ser que tuvieran a alguien delante.

Diez mil libras y podría acostarse en una cama limpia sin oír ruidos en la oscuridad, sin preocuparse de cuándo iba a comer otra vez, vivir sin ese temor constante.

De hecho, incluso una cínica como ella lo podía ver.

¡Baxter Ross era un sueño hecho realidad!

Capítulo 3

POR MUCHO que se empeñara, Dee era muy consciente de que iba a llegar tarde.

Cuando apareció con Henry a su lado en la puerta del hotel, caro y exclusivo, el portero no la dejó pasar, pero sí le informó de que un tal doctor Ross había estado allí. Era culpa de ella haber llegado tarde, pero lo maldijo de todas formas.

¿No la podía haber esperado un poco?

Se dirigió a la estación de metro más próxima y allí, como no tenía su flauta, hizo lo que más odiaba, extendió la mano y pidió. No consiguió mucho, pero sí lo suficiente como para el billete de vuelta y algo de comida para Henry y ella.

Cuando llegó a su casa vio que ya habían llegado los de la empresa de demoliciones.

Corrió hacia el lugar donde dormía, pensando que ya sería demasiado tarde, pero vio los anuncios de demolición y vio que eran para dos días más tarde.

Había sabido que sería pronto, pero no había pensado que tanto. Se encontró con algunos de los demás vagabundos que vivían allí y le dijeron que tenían otro sitio donde ir y que fuera con ellos, pero Dee se sentía más segura sola.

Recogió sus cosas para marcharse a la mañana siguiente y luego se sentó en el sucio colchón tratando de no pensar en la

oportunidad que había dejado pasar.

Unas horas más tarde oyó unos ruidos. Al principio distantes. Tal vez fuera alguien como ella, buscando un sitio donde dormir.

Pero parecía como si estuvieran mirando por todos los pisos, como buscando algo o a alguien y eso la intranquilizó, así que se dirigió al agujero por donde entraba y se deslizó al balcón de abajo. Luego trató de tirar de Henry, pero el perro no se dejó.

Dee oyó unos pasos justo debajo de ella y, cada vez con más miedo, lo agarró por el collar, pero el perro se puso a gemir y se soltó.

Dee supo que debía seguirlo, pero los pasos ya no estaban bajo ella, sino que subían por la escalera. Fue a apartarse, pero se enganchó la chaqueta en un clavo y, para no romperla, se la quitó y se dirigió hacia la otra escalera.

Una voz pretendió que se detuviera, pero sólo logró que el corazón le

latiera más aprisa. No era la voz de un chico gamberro, sino la de un hombre hecho y derecho, y la estaba siguiendo. El perseguidor aceleró el paso y ella echó a correr, y se tiró por el balcón al piso de abajo.

Aterrizó duramente y se hizo daño en una rodilla, pero se levantó y siguió corriendo. Él estuvo inmediatamente detrás de ella. La agarró y ella gritó y cayó al suelo.

Unas duras manos masculinas la agarraron. Pasaron unos segundos, los más largos de su vida, hasta que su asaltante la hizo darse la vuelta.

Entonces él habló y el miedo desapareció en un momento.

Se sintió inmediatamente aliviada y luego enfadada.

Levantó una mano y fue a golpearlo.

–Soy yo, Baxter –dijo él evitando el golpe.

–¡Ya lo sé!

Luego fue a golpearlo de nuevo, pero esta vez él la agarró por los brazos antes de que lo pudiera hacer.

–No voy a hacerte daño.

–Sólo has estado a punto de hacer que me rompiera una pierna.

–Lo siento.

–¿Que lo sientes?

Baxter se encogió de hombros.

–¿Qué más puedo decir?

–Intenta adiós, pero primero, ¿podrías quitarte de encima?

Él se lo pensó por un momento.

–Prométeme que no me volverás a atacar.

–De acuerdo.

–Muy bien.

Dee ya no tenía miedo. Había algo tranquilo y racional en ese hombre,

era difícil imaginárselo como una amenaza. Pero seguía bajo él, consciente del peso de su cuerpo sobre ella.

–Estoy esperando –dijo él.

–¿A qué?

–Tu promesa.

–Bueno, prometo no atacarte –dijo ella entre dientes.

Baxter se levantó y se sacudió el polvo antes de ofrecerle la mano para ayudarla a levantarse.

Ella la ignoró. Sabía que se había hecho daño en una rodilla y no estaba segura de poder ponerse en pie.

–¿Qué estás haciendo tú aquí? –le preguntó.

–Buscándote. ¿Te has echado atrás de nuestro trato?

–¿Cómo has sabido dónde estaba?

–Tu amigo, el del café, me dio unas indicaciones generales.

–Rick no es amigo de nadie. ¿Cuánto le has dado por la información?

–Veinte libras.

–Te ha estafado. Rick vendería a su madre por cinco.

Baxter agitó la cabeza.

–Subestimas su lealtad. Tardé un rato en convencerlo de que no te iba a hacer daño.

–¡Ya sé, le has hablado de nuestro acuerdo!

–No tanto. Le dije que eras mi sobrina, que se había escapado de casa.

–Muy original, la historia de la sobrina de nuevo. ¡Espero que no le hayas dicho que mi nombre verdadero es Morag!

–Tuve que hacerlo. No sé tu nombre de verdad –dijo él levantando una ceja.

–Deborah DeCourcy.

Él se rió incrédulo.

–De acuerdo, no me lo digas, pero tendrás que decirme algo más creíble la próxima vez.

–Ese es mi nombre de verdad. Y mira quién habla, el señor Baxter Mcfarlane Ross.

–Supongo que sí es un poco raro… de acuerdo, Deborah.

–No me llames así.

–Creía que era tu nombre.

–Y lo es. Pero no me gusta. No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué has venido a buscarme?

–Para darte esto –dijo él ofreciéndole las otras mitades de los billetes–. Pensé que te podían venir bien.

Dee las tomó y murmuró:

–Gracias.

–También quería ver si estabas bien.

–Nunca he estado mejor –dijo Dee poniéndose en pie y luego empezó a cojear.

–Ya lo veo.

Baxter la tomó del brazo, pero ella se apartó.

–¿Quieres que le eche un vistazo a eso? –dijo él refiriéndose a su pierna.

–¿Por qué? ¿Qué puedes hacer?

–Soy médico, ¿recuerdas?

–Eso me has dicho, pero no eres mi médico.

–No hay problema. Tengo un teléfono móvil. ¿Crees que tu médico vendrá a una visita domiciliaria?

–Muy gracioso.

–Si no puedes caminar, yo te llevaré.

–Preferiría morirme.

–Muy bien –respondió él empezando a alejarse.

Dee lo miró sin poder creérselo.

–¿No me irás a dejar aquí?

Él se volvió con las manos en los bolsillos y la miró irónicamente.

–¿Qué ha pasado con eso de que preferirías morirte?

Dee le hubiera tirado algo si lo tuviera a mano. Se puso en pie y dio un par de pasos.

Él gruñó, se volvió y la tomó en brazos. Aquello fue tan inesperado que a ella se le alteró el pulso. Se vio obligada a pasarle los brazos por el cuello y, con el roce, unas sensaciones desconocidas la recorrieron y trató de evitarlas.

–¿A dónde vamos? –le preguntó ella.

–Hay un autobús destruido que te puede servir de abrigo mientras yo recojo el coche.

¿Qué coche? Él le había dicho que lo tenía en Escocia.

Las sospechas de que todo aquello pudiera ser mentira y él fuera un loco volvieron a asaltarla.

La dejó en el autobús y, al poco tiempo, apareció él con el coche y la iluminó con los faros.

La ayudó a sentarse en él y entonces ella se dio cuenta de que era alquilado por la pegatina que había en el parabrisas.

Así que tal vez él no fuera un mentiroso.

–Te llevaré a urgencias para ver qué tienes.

–Ya iré yo mañana.

–No seas tonta. No llegarías por tus propios medios.

–Tengo que volver a la casa –insistió ella.

Él siguió su mirada de preocupación.

–Si te dejas ahí a un novio, entonces no merece la pena si te deja andar por ahí a oscuras en este vecindario.

–Es un perro. Ya lo conoces, ¿recuerdas?

–Sí, por supuesto, Henry –dijo él sorprendiéndola al recordar el nombre de su perro.

–No lo puedo dejar. Se morirá de miedo si se queda solo.

–Yo iré por él.

Entonces él empezó a alejarse.

–Ten cuidado. Puede estar un poco nervioso.

–De acuerdo. ¿Debo tomármelo como que primero morderá y preguntará después?

–Posiblemente –admitió ella.

–Bueno, por lo menos gracias por la advertencia.

Poco después, Dee oyó ladrar y bajó un poco la ventanilla.

Al principio se había preocupado por el perro, pero cuando los

ladridos se hicieron más fuertes y feroces, su preocupación fue por Baxter Ross. Pudiera ser que no le cayera muy bien, pero estaba tratando de ayudarla cuando bien podía haberse olvidado de ella.

Los ladridos continuaron. De repente, se oyó el ruido de una madera al ser golpeada y luego el silencio. Dee contuvo la respiración y, de repente, aparecieron.

El perro caminaba al lado del hombre. Parecía como si Henry hubiera decidido que Baxter Ross era más amigo que enemigo. Meneó la cola cuando la vio. No parecía preocupado.

Dee vio por el retrovisor cómo Baxter abría el maletero y lo preparaba para instalar allí a Henry. También dejó la caja de la flauta y su mochila. ¿Por qué las habría llevado?

–¿Sigues queriendo que vaya contigo a Escocia? –le preguntó cuando él se sentó tras el volante.

Él se volvió y la miró fijamente.

–No, creo que abandonaremos el plan A. Algunas cosas causan más problemas que los que solucionan.

–Gracias. Entonces, ¿por qué te estás molestando en ayudarme?

–Podría decir que por sentido cívico, pero no creo que te lo creas. Digamos que no me gustaría ser el principal sospechoso si algún psicópata aparece por aquí más tarde y decide que una chica sola es una presa fácil.

–Muy gracioso. Sólo estás tratando de asustarme.

–Espero que lo esté logrando.

Y así era, pero la verdad era que no necesitaba esforzarse mucho; Dee ya tenía suficiente imaginación.

Por su parte, Baxter se estaba preguntando qué iba a hacer con ella. Si tuviera algo de sentido común, la dejaría en un hospital y luego se marcharía.

Trató de ignorarla, pero le fue imposible, a ella le castañeteaban los dientes demasiado.

–¿No tienes chaqueta? –le preguntó.

–Se me enganchó en un clavo. Debes haberla visto.

Él agitó la cabeza.

–Tu perro estaba destrozando algo cuando yo llegué. Pensé que se trataba de un trapo viejo.

–Magnífico –murmuró ella.

Ahora estaba sin chaqueta y se preguntó qué más podía pasarle para empeorar el día.

Estaba pensándolo cuando, de repente, él se dirigió a la entrada de una fábrica desierta. Ella se puso tensa automáticamente y echó mano a la puerta.

–Quédate sentada –dijo él al tiempo que se quitaba su vieja chaqueta de cuero–. Ponte esto.

Dee deseó devolvérsela, pero inmediatamente se dio cuenta de lo infantil que parecería esa acción.

Luego Baxter llamó por el teléfono móvil al hospital que ella le dijo que estaba más cercano, donde le dijeron que urgencias estaba con mucho trabajo y sólo atendían casos verdaderamente urgentes.

Se lo contó a ella y miró su reloj. Dee vio la hora en el del coche y se dio cuenta de dos cosas: eran más de las once y ella estaba siendo una auténtica molestia para él.

–Mira, ya no me duele la rodilla –mintió–, y no me apetece pasarme varias horas de espera en urgencias. ¿Así que por qué no lo dejamos y me llevas a donde vivo?

–No es una opción válida. He tenido que romper toda la ventana para que tu perro pudiera salir.

–Magnífico, ¿a dónde voy a ir ahora?

–Ya nos preocuparemos de eso por la mañana. De momento, un hotel puede ser lo mejor.

–¿Te crees que voy a ir a un hotel contigo? Ni…

–¿Y tú te crees que yo me quiero acostar contigo? No seas tan engreída… Habitaciones separadas en pisos diferentes, si quieres. Pero no me voy a pasar la noche de un lado para otro.

El tono de la voz de él indicaba que ella estaba muy lejos de ser de su gusto. Dee lo había olvidado y se sintió ruborizar.

–No me puedo pagar un hotel.

–Entonces es una suerte que yo sí pueda –respondió él arrancando–. ¿Tienes alguna preferencia?

Dee no conocía el nombre de ningún hotel.

–¿Qué tal el Continental? –respondió.

No lo decía en serio. No se imaginaba ni por un momento que él la fuera a llevar a uno tan lujoso.

Pero Baxter sonrió brevemente antes de contestar.

–Sí, ¿por qué no? Si les quedan habitaciones…

Encontrarás su número de teléfono en mi cartera.

Dee hizo una mueca y se miró los gastados vaqueros y camiseta.

–No creo que vaya vestida adecuadamente para ese hotel,

¿verdad?

Baxter se encogió de hombros.

–Dudo que tengan un código de etiqueta. Tengo la cartera en el bolsillo interior. Si quieres, puedes llamar tú para hacer la reserva y así te asegurarás de que no pido habitaciones comunicadas.

Los ojos azules de él disiparon todos los temores que ella pudiera tener todavía. Había recibido el mensaje alto y claro.

Aunque ella fuera la última mujer sobre la tierra, él no le haría el menor caso. ¿Era sólo su juventud? ¿O era que la encontraba poco atractiva físicamente? Aquello podía ser que le diera seguridad, pero no era muy halagador.

Rebuscó en la desorganizada cartera de él y encontró el número en la factura del hotel. Enorme.

–¿Cuántas semanas has estado ahí? –le preguntó.

–Tres días. Es muy céntrico.

Y tremendamente caro, pensó ella.

–¿Eres rico o algo así?

–O algo así. Después de dos años en la selva africana, me gusta darme unos pocos lujos.

Dicho así, hasta parecía razonable. De todas maneras, Dee no quería que se gastara su dinero en ella.

–Mira, sólo estaba bromeando con lo del hotel –dijo–.

Cualquiera me vendrá bien. Siempre que me dejen tener a Henry.

–¿Estás tratando de hacer que me ahorre dinero?

–Bueno, no creo que se gane mucho trabajando para una organización no gubernamental.

–Es cierto, pero todavía me puedo permitir otra noche en el

Continental y ya vamos hacia allá, así que ya los puedes llamar.

Dee lo hizo y, cuando contestaron, le pasó el móvil a él.

Baxter dijo que había estado hospedándose allí y que necesitaba quedarse una noche más en Londres. Pidió dos habitaciones simples y luego dos dobles, pero por la conversación, ella se dio cuenta de que no tenían ninguna de ésas.

–Sí, de acuerdo, eso servirá –respondió a algo que le dijeron y cortó la comunicación.

Dee esperó a que él le explicara lo que había pasado y, cuando no lo hizo, sus dudas salieron de nuevo a la superficie.

¿Qué estaba haciendo permitiendo que un completo desconocido la llevara a pasar la noche a un hotel?

Cuando llegaron, él le dijo:

–Lo único que les quedaba era una suite. Pero que no te entre el pánico. No te estoy proponiendo que la compartamos.

Te ayudaré a registrarte, pagaré y luego buscaré otro hotel para mí. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –dijo ella esperándose el «pero».

No lo hubo y él hizo exactamente lo que le había dicho.

Dejó su propio equipaje en el coche junto con Henry, se echó al hombro la mochila y tomó la caja de la flauta antes de ayudarla a caminar.

Si los de recepción sintieron alguna curiosidad hacia ella, la ocultaron muy bien y fueron muy educados. Luego un botones subió sus cosas a la suite.

La expresión del recepcionista no cambió cuando Baxter le dijo:

–¿Podría llamar a otros hoteles y encontrarme una habitación a mí también?

–Ciertamente, señor. Aunque puede que sea difícil, siendo temporada alta.

–Bueno, haga lo que pueda –respondió Baxter sonriendo

despreocupadamente.

Era Dee la que tenía el ceño fruncido. ¿Y si él no podía dormir en ninguna parte?

–Te acompañaré al ascensor –dijo Baxter al tiempo que le daba la llave de la suite–. Tus cosas ya deben de estar en la suite. Yo me ocuparé de Henry. Tienen una perrera detrás de las cocinas. ¿Estarás bien?

Al decir eso, miró su pierna.

Dee asintió. La rodilla le dolía mucho, pero no quería que él se la mirara. Sentía mucho calor y entonces recordó que seguía llevando su chaqueta.

–Toma –dijo empezando a quitársela.

–¿Tienes tú otra?

–No.

–Entonces quédate con ella.

Dee no discutió. Necesitaba alguna clase de chaqueta si iba a tener que sobrevivir en las calles.

Baxter fue a ofrecerle también algo de dinero, pero ella lo rehusó.

–No tienes que hacer nada más por mí.

Trató de parecer dura y tal vez lo logró porque él asintió.

–Está bien.

Se habría marchado, si algún impulso no la hubiera hecho llamarlo.

–¿Baxter? –dijo utilizando su nombre por primera vez.

Él se volvió sorprendido.

–¿Sí?

–Es tarde, ¿y si no encuentras sitio en otra parte?

A él no pareció importarle eso.

–Probablemente conduciré toda la noche hasta Escocia.

–Muy bien. Mira, esto es una tontería. Si es una suite, significa que hay dos habitaciones. Uno de nosotros puede dormir en el sofá, ¿no?

Baxter frunció el ceño y tardó tanto en responder que Dee se preguntó si no estaría pensando que ella quería ofender la virtud de él.

–¿A qué ha venido esto? –le preguntó él por fin–. Creía que no confiabas en mí.

–No confío en nadie. Pero creo que, si estuvieras pensando asesinarme o violarme, lo podrías haber hecho en la calle,

¿no?

–Con una tremenda facilidad –accedió él con una advertencia leyéndose en su voz–. De acuerdo, me jugaré contigo el sofá.

Eso lo dijo sonriendo, invitándola a olvidar sus diferencias.

Dee supo entonces que, si ella no lo hacía, él se limitaría a encogerse de hombros y marcharse. Ese hombre no era ninguna amenaza para ella.

–De eso nada –respondió–. La cama es mía. Después de tres meses de dormir en el suelo, me la merezco.

–De acuerdo. Subiré dentro de diez minutos.

–Muy bien –respondió ella, pero ya estaba cambiando de opinión.

Él se equivocó con su expresión.

–¿Es tu pierna?

–Sí.

Aquella no era una mentira completa. El dolor era constante.

–Muy bien, subiré contigo y le echaré un vistazo.

Dee se lo habría discutido si le hubiera dado la oportunidad, pero él la tomó del brazo y la metió en el ascensor.

La suite estaba en el piso superior y, nada más entrar, les llegó el olor a flores. Dee vio primero las rosas, luego la botella de champán y las

copas. Recorrió la habitación con la mirada y dijo:

–Es la suite nupcial.

Baxter asintió.

–Ha habido una cancelación. Me imagino que alguna pareja se ha arrepentido a última hora.

–Probablemente hayan recuperado el sentido común justo a tiempo.

–Una chica tan joven y tan cínica…

–Gracias –dijo ella tomándoselo como un cumplido.

Baxter se rió a su pesar. Era rápida de reflejos. También estoica. El dolor se le notaba en la cara, pero no decía nada.

Asumió automáticamente su papel de médico.

Ve al dormitorio y bájate los pantalones. Yo llevaré tu mochila.

–¿Qué?

–La cama debe ser más alta que el sofá y llevas los vaqueros demasiado ajustados como para subirlos.

–Es cierto.

Dee se dio cuenta de que, si se negaba, parecería aún más tonta.

Se dirigió entonces al dormitorio, que era demasiado recargado para su gusto.

Luego se sentó en la cama y se quitó primero la chaqueta de él. Luego las botas y calcetines. Estaba bajándose los pantalones cuando él entró para examinarla.

No parecía nada avergonzado, pero debía haberse pasado toda la vida viendo mujeres en distintos estados de desnudez.

Se arrodilló a su lado y la ayudó a quitarse los vaqueros.

Baxter la examinó brevemente. La pierna era larga y esbelta, aparte de la rodilla, que estaba inflamada. Se la tocó con cuidado, pero aun así, ella se tuvo que morder los labios para no gritar.

–No está rota –dijo Baxter–. Posiblemente tengas algún daño en un tendón. Si nos pueden dar un vendaje, te lo pondré.

No te podrán hacer una radiografía hasta por la mañana.

–De acuerdo, gracias –dijo Dee aceptando el veredicto sin discutir.

Él se levantó y la miró a la cara.

–También trataré de conseguir algo para el dolor. ¿Eres alérgica a algo?

Dee agitó la cabeza y resistió el impulso de volverse a poner los vaqueros. El tono impersonal de la voz de él indicaba que la veía sólo como a una paciente. Era ella la única que era consciente de su diferencia sexual.

–Mientras tanto, túmbate y trata de que nada te apriete la rodilla.

Mientras hablaba, Baxter le abrió la cama.

–Gracias.

Ella se metió en la cama y Baxter la tapó.

–Descansa. Volveré pronto.

Dee asintió. No iba a ir a ninguna parte. Se sentía como si ese día hubiera durado una semana.

Lo cierto era que hacía meses que no dormía en una cama.

Sin miedo.

Al día siguiente se enfrentaría con una elección. De vuelta a las calles y a la soledad, a una vida que no era vida. O de vuelta a su casa, con su familia, en la esperanza de que Edward la dejara en paz. Dos opciones, pero ninguna de ellas le parecía aceptable esa noche.

Cerró los ojos. Estaba demasiado cansada como para tomar decisiones en ese momento. Tanto que ni siquiera el dolor de la rodilla la iba a mantener despierta.

Baxter la encontró dormida, en posición fetal y con la luz aún encendida. Dejó las pastillas y el vendaje en la mesilla de noche y se

sentó cuidadosamente en la cama. Le tocó la frente y pensó que no tenía fiebre.

La observó por un momento. Era muy distinta dormida.

Las largas pestañas creaban sombras en sus pálidas mejillas y escondían la dureza de su mirada. Movía los labios levemente,

como si estuviera soñando. Ahora esa boca era suave y llena.

Incluso el corte de cabello no lo podía ocultar. Esa chica podía ser hermosa un día.

Dando por hecho que viviera hasta entonces.

Capítulo 4

DEE SE despertó por la noche y se encontró con Baxter de pie a su lado. Estaba desnudo hasta la cintura, iluminado por la lámpara de la mesilla de noche. Lo miró confundida.

Había estado soñando con un hombre, pero no con aquél.

–Está bien –dijo él–. No te voy a hacer daño. Te oí llorar y pensé que podía estar doliéndote la rodilla.

Dee tardó un momento en darse cuenta de lo que le estaba diciendo. ¿Llorando? Sí, sentía las lágrimas en las mejillas. No era la primera vez.

Movió la pierna y descubrió que le dolía, así que decidió dejar que él creyera que era por eso.

–Te traeré algo –dijo él.

Cuando Baxter volvió con una pastilla y un vaso de agua, ella se la tomó.

–Gracias. Siento haberte despertado.

–No estaba durmiendo. ¿Puedo examinarte la pierna?

Ella asintió y Baxter bajó la ropa de la cama lo justo para descubrirle

la rodilla.

–Tienes un derrame. Te la vendaré por la mañana, pero va a haber que drenarla.

–Magnífico.

–No será tan horrible.

Luego le tomó el pulso y Dee se dio cuenta de que su contacto le provocaba una reacción extraña. Fue como un shock. Después de lo de Edward, se había imaginado que nunca más dejaría que se le acercase un hombre y, allí estaba, sintiéndose atraída físicamente por uno que no le haría el menor caso aunque estuviera allí completamente desnuda.

Aquello no era normal.

–Tienes el pulso rápido –le dijo él. Dee se ruborizó aunque sabía que él no sabría la razón.

Ese hombre era inmune a ella.

–Eso es normal en mí.

–Tal vez necesites un examen general.

–¡No, gracias!

–No te lo haría yo –respondió él sonriendo–. Eso no encajaría con mi código ético.

–Oh.

Dee se preguntó qué habría querido decir con eso.

–Probablemente no debería haber entrado aquí. Así que, a no ser que haya alguna otra cosa, me iré.

–No, estoy bien.

Él asintió.

–¿Quieres que apague la luz?

–Sí.

Él lo hizo y ella esperó hasta que estuvo en la puerta para decirle:

–Gracias, doctor.

–De nada.

Dee volvió a dormirse cuando las pastillas hicieron su efecto y aquella vez no soñó.

Se despertó al oír unos golpes en su puerta y que la llamaban por su nombre. Trató de no hacer caso.

Baxter entró de todas formas y preguntó desde la puerta:

–¿Estás despierta?

–No –gruñó ella echándose una almohada sobre la cabeza.

Oyó entonces como él corría las cortinas y luego se acercaba a su cama.

–¿Cómo estás?

Dee emergió de mala gana de debajo de la almohada. Él iba inmaculadamente vestido con unos pantalones holgados y una camisa caqui. No parecía haberse acostado tarde.

–Bien –mintió ella.

—No me lo creo.

Baxter apartó la sábana y le miró la rodilla.

Dee se bajó la camiseta para que, por lo menos le tapara las bragas. Aunque él no parecía ni interesado ni avergonzado.

–Mmm… de momento te la vendaré, pero creo que tendrías que hacerte una radiografía.

–¿Podría ducharme antes?

–Claro –dijo él ofreciéndole la mano.

Dee trató de levantarse por sí misma, pero la rodilla le dolía. Se habría caído, si él no la hubiera agarrado por el brazo.

–Lo siento.

–No es nada. Creo que vas a tener que darte un baño.

Llegaron al cuarto de baño y él le preparó la bañera.

–¿Cómo la quieres?

–Caliente, por favor. Esto es un lujo.

Él sonrió.

–¿El que te prepare un baño?

–No, bañarme –respondió ella devolviéndole la sonrisa.

–Por supuesto –respondió él apoyándose en la puerta–.

¿Puedes meterte sola en el baño?

Estaba claro que no estaba ansioso por ayudarla.

Ella asintió.

–Muy bien, te dejaré que lo hagas.

Luego salió del baño.

Dee se dio cuenta de que no era necesario que echara el cerrojo. Su falta de interés por ella era muy evidente, casi insultante. Bueno, insultante. Se miró al espejo y vio un rostro demasiado delgado incluso para la moda actual. ¿Le habría gustado antes, con el cabello más largo y el rostro reflejando salud?

Dee agitó la cabeza ante esos pensamientos. ¿Qué le importaba a ella su opinión?

Le costó meterse en el baño, pero mereció la pena.

Al cabo de más de media hora, salió de allí con una toalla envolviéndose el cuerpo.

Había pensado que él estaría en la otra habitación, pero la estaba esperando allí, sentado en un sillón. La miró brevemente, lo justo como para no hacerla sentirse incómoda.

Logró acercarse a su mochila. Encontró ropa interior limpia y una

camiseta, así que se las puso mientras él miraba de nuevo por la ventana.

Se aseguró de que la camiseta la tapaba lo bastante antes de decir:

–¿Podrías vendarme la rodilla, por favor?

–Claro. Siéntate en la cama.

Baxter se sentó a su lado y se la vendó.

–Eres una buena paciente. No te quejas –le preguntó él al terminar–. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo así?

–Tres meses esta vez.

–¿Esta vez?

–La primera vez volví a casa cuando se me terminó el dinero.

–¿Puedes volver a casa?

«Si quiero que me violen, sí», podría haberle dicho, pero no lo hizo.

Él pensó que ese silencio era una afirmación y continuó.

–¿Por qué no lo haces? Seguramente vivir en casa no debe ser peor que tu existencia actual.

–¿Y tú qué sabes?

–Cuéntame entonces.

–¡Usa tu imaginación! –dijo ella dándole la espalda.

Mientras tanto se había terminado de vestir, metió la ropa sucia en la mochila, la cerró y luego se la echó al hombro y tomó la caja de la flauta.

Luego, se dirigió a la puerta. Habría sido una gran salida, pero con las manos llenas no la pudo abrir.

Baxter se acercó por detrás. Pensó que la iba a ayudar, pero en vez de eso le quitó la mochila.

–No seas tonta. No vas a poder caminar más de unos cientos de metros con todo eso.

–¿Y a ti qué te importa?

–Probablemente no me importe, pero es sólo que me parece una tontería que te marches sin antes desayunar. Ya lo he pagado, así que bien te lo puedes comer.

El orgullo de Dee libró una batalla silenciosa con su hambre. Perdió el orgullo.

–Muy bien, si quieres…

Eso lo dijo como si le estuviera haciendo un favor.

Baxter no le hizo caso. Tenía mucho orgullo para una chica en su situación, pero tal vez lo necesitara para sobrevivir.

–Después, te llevaré a un hospital –dijo terminando de quitarle sus cosas.

Le abrió la puerta.

No había ningún signo de que él hubiera dormido allí, salvo por la botella de champán abierta y la copa solitaria que había sobre la mesa.

–Ya veo que has disfrutado del champán.

Baxter se rió ante la desaprobación que se leía en su voz.

–¿Qué te parece tan divertido?

–Te pareces a mi querida abuelita advirtiéndome sobre los peligros de la bebida.

Dee seguía sin considerarlo divertido.

–Tal vez necesitaras esas advertencias.

Él se rió de nuevo.

–Posiblemente, pero creo que soy suficientemente adulto para beber.

Dee comprendió. Él se creía que ella era sólo una niña, pero no lo era.

Fueron a desayunar al comedor y, como bajaron los últimos, algunos de los demás huéspedes los miraron con curiosidad cuando se sentaron a su mesa.

Una chica que se sentaba en una mesa cercana, muy vestida y arreglada, con aspecto de muñeca, la miró fijamente y ella le devolvió la mirada intensamente hasta que la otra apartó la mirada.

Baxter observó todo eso y luego dijo secamente.

–Bueno, creo que has logrado darle un susto de muerte.

–Idiota… Supongo que es de tu tipo. Tan arregladita y con esa cara de mosquita muerta.

–No particularmente.

–¿Entonces cuál es?

Baxter se encogió de hombros como si nunca lo hubiera pensado.

–Me gustan las mujeres guapas. ¿A quién no? Pero no de un tipo específico. Mientras sean inteligentes, maduras e independientes.

–Mujeres trabajadoras.

Baxter asintió.

–Sí.

Ella arrugó la nariz en respuesta.

–¿Significa eso que no lo apruebas?

Eso ciertamente la dejaba a ella fuera de competición.

Claro que ella no tenía un interés particular en estar en esa competición.

–Eso me parece algo aburrido. Pero claro, ¿qué sé yo?

–Eso. ¿Qué sabes tú?

La miró de una manera que indicaba que no creía que ella fuera una experta en la vida y en cómo debía vivirse.

–Bueno, no has encontrado todavía a tu chica ideal,

¿verdad? Si no, no tendrías que recoger a chicas desconocidas en las estaciones de metro para poder cumplir los deseos de una anciana.

–¿De verdad?

–Probablemente ella piense que lo hace por tu bien. Me refiero a que, probablemente, debe pensar que ya deberías estar casado, dada tu edad, y quiera darte un incentivo para que lo hagas.

Baxter no supo si sentirse sorprendido o divertido por esas palabras.

Todavía lo estaba decidiendo cuando ella añadió:

–De todas formas, es algo un poco extraño, a no ser, por supuesto, que ya tenga una candidata en mente.

–¿Una candidata?

–Para el trabajo de ser la señora de Baxter Ross.

–Eso es –murmuró él.

–¿Es así entonces?

–Posiblemente. Ha habido algunas mujeres en mi vida, pero mis relaciones suelen basarse más en razones logísticas.

–¿Qué?

–He estado viviendo en África diez meses de cada año –le explicó él–. No se puede esperar que las chicas te esperen, dadas las circunstancias.

–¿Le has pedido a alguna que lo hiciera?

–No. Lo cierto es que no lo he hecho.

–¿Quién sabe? Tal vez una de ellas se hubiera ofrecido voluntaria al matrimonio.

–Lo dudo. Mi última novia acaba a de ascender a consejera médica de la Organización Mundial de la Salud, así que no creo que le interesara un matrimonio de conveniencia. Y su predecesora está saliendo habitualmente con el heredero de un noble escocés.

–Así que me elegiste a mí porque pensaste que estaba desesperada, ¿no?

Él se encogió de hombros en vez de darle una respuesta directa, pero era evidente. Y además, cierto. Si le daban la oportunidad, Dee la aceptaría, no tenía más opciones.

Entonces llegaron sus desayunos y dejaron de hablar. Ella había pedido de todo. Habían pasado casi dos días desde la última vez que había comido algo decente. De hecho creía que

esa iba a ser su última comida en mucho tiempo, así que trató de comer más despacio aquella vez, pero le resultaba difícil no devorarlo todo.

Baxter se dio cuenta del hambre que tenía Dee por su forma de comer. Se preguntó qué debía hacer con ella. Podía darle dinero, pero sólo Dios sabía si se lo gastaría inteligentemente. Podía pagarle la estancia en un hotel durante un par de días y esperar que encontrara trabajo en el intervalo.

Eso, por supuesto, en el caso de que ella quisiera trabajar.

De camino al hospital, le preguntó:

–¿Qué clase de trabajo te gustaría? Uno que puedas llevar a cabo siendo realista.

Ella se dio cuenta de a dónde quería llegar.

–¿Te refieres además de científico espacial o neurocirujano? No lo sé. Dime tú qué trabajo puedo conseguir sin tener referencias ni dirección habitual.

–Yo no he dicho que fuera fácil.

Baxter se preguntó si ella no tendría razón. ¿Le resultaba imposible conseguir un trabajo a alguien en su situación?

–Tal vez si intentaras tener una apariencia más convencional… –sugirió–. Yo podría comprarte algo de ropa, un traje de chaqueta, tal vez.

–Magnífica idea. Entonces la gente pensaría que tú eres un viejo verde.

–Gracias por decirlo. No me había dado cuenta de que tuviera ya edad suficiente para ser catalogado así.

–No es nada personal. Es sólo que no me gusta aceptar caridad. Lo de anoche ya fue suficiente.

–¿Dónde te vas a quedar esta noche?

–Todavía no lo he pensado.

Dee no quería deprimirse pensando en sus muy limitadas opciones.

–No pareces preocupada.

–Siempre habrá algún sitio.

Portales de tiendas, parques, otra casa en demolición…

–Ya estamos. Tú entra, que yo aparcaré –dijo él.

–Creía que sólo me ibas a dejar aquí.

–¿Y dejar a Henry atado a una valla? Bueno, tú eliges.

–No, yo… yo… Te agradecería si me esperaras.

No le gustaba tener que pedirle nada. Baxter lo entendió, pero no se lo tomó en serio.

–De acuerdo, acércate a la recepción y pregunta por la enfermera Sullivan. Luego iré yo también.

–¿Enfermera Sullivan?

–Es alguien con quien yo trabajé. Ahora es enfermera aquí.

Dee asintió y salió del coche. Luego, cojeó hasta la entrada del hospital.

La recepcionista frunció el ceño cuando la vio, pero le indicó que se sentara.

Un par de minutos más tarde, apareció una enfermera. Era una mujer bonita, de unos treinta años, con el cabello oscuro.

–¿Eres la amiga de Baxter? –le preguntó dudosa.

–Algo así. Me dijo que debía preguntar por usted. Él ha ido a aparcar el coche.

–Muy bien, sígueme.

La mujer sonrió y la guió por un pasillo.

En una de las salas de rayos X le dieron una bata. Ya se había cambiado cuando apareció un médico. Miró brevemente su rodilla y luego fueron a hacerle una radiografía.

Cuando volvió, se encontró con Baxter sentado en la sala de enfermeras con la enfermera Sullivan. Estaban muy cerca y se reían como de un chiste. Era evidente que eran amigos.

¿Pero qué clase de amistad era la suya?

De repente se le hizo un extraño nudo en la boca del estómago.

La dejaron en una sala a la espera del médico y Baxter apareció sólo cuando el joven interno entró en la habitación.

Estudiaron entre los dos las radiografías y fue Baxter el que le hizo las preguntas.

–¿Por qué no me dijiste que te habías dañado la rodilla con anterioridad?

Ella se encogió de hombros.

–Tú no me lo preguntaste.

Baxter le preguntó entonces al médico:

–¿Cómo piensa tratarla?

–¿Drenándola y vendándola? –le preguntó él a su vez.

Baxter asintió.

–¿Hay alguna posibilidad de admitirla en el hospital?

¿Hacerle algunas pruebas para ver su estado de salud general?

Debe de estar anémica.

–Dudo que tengamos camas, pero puedo verlo.

–¡No me voy a quedar aquí! –se negó ella en cuanto desapareció el otro médico.

–Ya veremos. Mientras tanto, ¿cómo y cuándo te hiciste daño en la rodilla anteriormente?

–Hace un año. Me caí por unas escaleras.

–Parece que eso es un hábito en ti. ¿Quién te estaba persiguiendo esa vez?

–Nadie.

–Bueno, vas a tener que empezar a cuidar esa pierna, a no ser que quieras ser una inválida.

–No me voy a quedar en el hospital –repitió ella decididamente.

–Estás siendo irracional. Tienes que hacer descansar esa pierna de alguna manera y no lo vas a poder hacer llevando contigo a un perro mientras pides para vivir.

–Toco la flauta, no soy una mendiga.

–De acuerdo, lo que quieras. De todas formas, esa pierna va a limitar tu movilidad. Incluso tú debes darte cuenta de ello.

¿Incluso ella? Aquello era todo un insulto.

–Te crees que soy estúpida, ¿no?

–Yo no he dicho eso. Está claro que no lo eres. Sólo eres…

bueno, muy joven. Ni siquiera tienes dieciocho, ¿verdad?

–Casi.

Entonces entró el otro médico para hacerle el drenaje y Baxter lo ayudó.

Después, para vergüenza de ella, la enfermera debió pensar que Baxter y ella debían tener algo que ver, porque sin pensarlo, le quitó el camisón. Ella se contuvo de taparse los senos, y decidió que, como médico, Baxter debía haber visto miles de senos de mujeres.

Se estaba poniendo la camiseta cuando entró la enfermera Sullivan y dijo:

–Yo no me pondría más. El doctor Roper está tratando de encontrar una cama libre.

–¿Por qué? Estoy segura de que puedo caminar.

–De todas formas El doctor cree que será mejor hacerle unos análisis para ver su estado de salud general.

–Se está refiriendo a Baxter –dijo ella imaginándose de quién era la idea–. No, gracias. Sólo quiere traspasarle el problema a algún otro.

La enfermera Sullivan frunció el ceño.

–En absoluto. Estoy segura de que lo hace por su bien y realmente creo que debería seguir su consejo.

Dee agitó la cabeza.

–No puedo. Tengo cosas que hacer. ¿Podría ayudarme alguien a ponerme los vaqueros, por favor?

–Primero veremos lo que dice el doctor.

Luego salió de allí.

Pero no fue muy lejos, Dee la oyó hablar fuera con Baxter.

–¿Quién es esta chica? –preguntó.

Y Baxter respondió:

–Nadie, sólo una vagabunda que he recogido.

Oyó entonces reírse a la enfermera y se sintió ruborizar.

Tomó sus vaqueros y trató de ponérselos sola.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó Baxter cuando entró por la puerta.

–Salir de aquí.

–¡Vuelve a tumbarte! –dijo él empujándola de nuevo a la camilla.

Evidentemente no se daba cuenta de su estado de semidesnudez. Fue Dee la que sintió muy claramente la forma en que él le subía los vaqueros con mucho cuidado por la pierna dolorida y luego levantaba las caderas para que terminara de subírselos.

–La verdad es que estás demasiado delgada –comentó él hablando como médico.

–Así somos las vagabundas –respondió ella apartando sus manos cuando él trató de subirle la cremallera.

–Has oído lo que he estado diciéndole a Cathy Sullivan –

dijo él mirándola como disculpándose.

Dee no le hizo caso. No estaba de humor como para que la pacificaran. Se sentó de nuevo y bajó las piernas al suelo.

–Creo que debías pensarte lo de que te admitan en el hospital. Deja que te hagan unas cuantas pruebas. Por lo menos estás anémica.

–Olvídalo. No necesito esas pruebas. Sólo quiero salir de aquí.

Dee trató de salir de la habitación, pero él se lo impidió:

–Con una condición –dijo.

–¿Cuál?

–No quieres quedarte aquí y no te puedes valer por ti misma. Así que, o te vienes conmigo a Escocia o te vuelves a tu casa.

–¿Qué? ¿Sigues queriendo que me case contigo?

Él dudó antes de agitar la cabeza.

–No, creo que ésa ha sido una de mis ideas más locas, pero me imagino que puedo hacer que te recuperes en unas cuantas semanas.

Aquello era caridad y no le gustaba nada.

–Iré a casa –dijo resignada.

–Muy bien.

Pero ella no estaba nada dispuesta a volver allí, con su padrastro persiguiéndola y su madre creyendo que había sido ella la que lo había incitado.

Así que le indicaría cualquier sitio a Baxter y seguiría con su vida.

Él se arrodilló para calzarla y dijo:

–Probablemente eso sea lo mejor.

La niña que había en ella quiso gritar que él qué sabía.

Nadie sabía.

Capítulo 5

NO VOY a volver a casa –dijo Dee por tercera vez–.

¿Por qué no me escuchas?

–Porque hace diez minutos me dijiste que sí.

–Eso era antes.

Antes de que descubriera que Baxter no era ningún tonto y pretendía llevarla hasta la misma puerta de su casa. Había tratado de saltar del coche, pero él había bloqueado las puertas.

–Nunca pensaste volver, ¿verdad?

–No.

–Muy bien, entonces eso sólo nos deja la opción de Escocia.

–De eso nada.

Entonces Dee logró abrir por fin la puerta.

–Hazlo y me marcharé. Eso te dejará sin tus cosas y sin tu perro.

–¿Por qué estás haciendo esto? Yo no soy nadie para ti.

–Di que soy un maldito metomentodo. ¿Ahora qué? ¿A casa o a Escocia?

–A ninguno de los dos sitios.

Finalmente, Baxter perdió la paciencia y echó la mano al asiento trasero en busca de la mochila.

–¿Qué estás haciendo?

Pero era evidente que él le estaba vaciando el contenido en el regazo.

–Dame eso –dijo ella cuando él sacó un sobre de la parte superior de

la mochila.

De allí sacó el pasaporte y un certificado de nacimiento.

Baxter abrió mucho los ojos cuando leyó lo que ponían esos documentos.

–¿Tu padre es médico?

–Lo era. Está muerto.

–Y tu madre modelo.

–Lo era. Ahora está muerta cerebralmente.

–Y vives en un sitio realmente elegante.

–Terriblemente.

–Eso fue hace diecisiete años y seguramente no viváis todavía allí. Pero siempre es un principio.

–Cuando mi padre murió y mi madre volvió a casarse, nos mudamos –dijo ella de mala gana.

–¿Qué fue más traumático? ¿La mudanza o el padrastro?

–Ninguna de las dos cosas. Nos mudamos a un palacio y mi padrastro era un príncipe –dijo ella sarcásticamente.

–De acuerdo, no me lo digas. Sólo indícame la forma de llegar a ese palacio.

Dee permaneció en silencio.

–Lo podemos hacer por la vía difícil, si lo prefieres.

–¿Cómo?

–Podemos ir a esta dirección antes y hacer algunas indagaciones.

–Creerán que estás loco.

–Le contaré a la gente que sufres amnesia y que es la única dirección que tenemos para empezar a investigar.

Dee se dio cuenta de que no estaba bromeando, así que decidió decirle, poco más o menos, dónde vivía actualmente su familia.

–¿Qué clase de recepción te esperas?

–Bueno, no creo que se apresuren a matar un cabrito.

–¿Desde cuándo estás fuera de casa?

–Desde Semana Santa.

–¿Quieres contarme por qué te marchaste?

–No.

Estaba bien, pensó él, no muy seguro de querer saberlo.

Había recogido a esa chica para resolver un problema suyo, no para meterse en los de ella.

–Voy a poner gasolina y a comprar unos sandwiches.

¿Quieres tú algo?

–Tabaco.

–Me refería a comida. Fumar mata, ¿no lo has oído?

–¿Y qué? Casi todos los médicos que he conocido fuman.

–Me sorprende que te puedas pagar el tabaco.

–Y no puedo. Antes de que me des un sermón por gastarme el poco dinero que consigo fumando, te diré que, si a veces prefiero gastármelo en humo en vez de en comer, esa es decisión mía.

De hecho, hacía semanas que no fumaba, pero ahora necesitaba un cigarrillo. Algo que la ayudara a afrontar la perspectiva de la inminente reunión familiar.

Cuando Baxter salió del coche, Dee pensó que no le iba a hacer caso, pero volvió con una cajetilla y cerillas que le tiró en el regazo.

–Me has salvado la vida –dijo ella sonriendo naturalmente por una vez.

–No si nos atenemos a lo que dice el anuncio del gobierno que viene en el paquete.

Fue a encender uno, pero él se lo impidió. Podía estar dispuesto a

comprarle una cajetilla, pero no a que fumara en el coche a su lado. Salió de la estación de servicio y aparcó.

–Tienes cinco minutos.

Así que ella salió del coche y se apoyó en la aleta delantera mientras se lo fumaba.

Cuando terminó, volvió a meterse en el coche. Baxter la miró y se dio cuenta de que estaba claramente nerviosa. ¿Por qué sería?

–Tú dirás.

Dee le fue indicando hasta que, por fin, llegaron a las proximidades de la casa donde había pasado una gran parte de su infancia. Cuando su madre se casó con Edward, se habían ido a vivir a una de las casas más grandes de los alrededores.

Fue el perro el que reaccionó antes. Se sentó y, reconociendo algo, emitió un sonido que era intermedio entre un ladrido y un gruñido.

Ella estaba cada vez más nerviosa y se preguntaba si habría cambiado algo en su ausencia. ¿Esos tres meses la habrían preparado mejor para tratar con Edward?

Baxter se dio cuenta de su ansiedad. ¿O era miedo? ¿De qué podía tener miedo una chica dura de la calle como Dee?

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

Dee agitó la cabeza.

–No quiero hacerlo –dijo ella–. ¿Podrías llevarme de vuelta a Londres?

Ahora fue él quien agitó la cabeza.

–Ya estamos aquí.

–Mira, esto es una pérdida de tiempo. Ellos no me quieren ver, ¿Así que para qué pasar por esto?

–Tal vez tengas razón. Pero por lo menos podías hacerles saber que sigues viva.

–Confío en ti.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Creo que tú puedes ver las cosas desde su misma perspectiva. Supongo que es algo generacional.

Baxter se sintió entonces suficientemente viejo como para ser su padre.

–Como quieras. ¿Por dónde ahora?

–La primera a la izquierda, pero tú no vengas.

–Muy bien.

Baxter no tenía el menor deseo de estar presente en esa reunión. Las familias eran en algunos aspectos territorio vedado para él.

Se detuvo donde ella le dijo, una casa de aspecto bastante señorial.

Dee suspiró aliviada. Allí estaba el coche de su madre y no el de su padrastro.

–Puedes dejarme aquí. Gracias por traerme. Yo misma sacaré mis cosas.

Luego salió con dificultades y Henry se movió con una sorprendente agilidad para ser un perro viejo, saltando por encima del asiento al suelo. Luego empezó a ladrar. Dee terminó de recoger sus cosas y luego se dirigió a la verja del jardín. Allí se despidió de Baxter con un gesto de la mano.

Estaba a punto de marcharse cuando vio abrirse la puerta y aparecer una mujer rubia que miró extrañada al coche antes de fijarse en Dee.

Al principio, no pensó que la fuera a reconocer porque su reacción se pareció bastante a la extrañeza.

Dee, por supuesto, supo que su madre la había reconocido al momento. Contó los segundos que su madre tardó en recuperarse y adoptar un gesto de bienvenida.

–Deborah, querida –gritó y corrió para reunirse con ella.

–Hola, madre –dijo ella sufriendo el obligatorio abrazo.

–Gracias a Dios que estás bien. Estaba tan preocupada…

–¿Lo estabas? –le preguntó ella actuando para la galería.

Eso era lo que su madre estaba haciendo, para Baxter, que había salido del coche y estaba apoyado sobre el techo.

–Por supuesto, eres mi hija. Vamos dentro, querida…

también tu amigo –dijo mirándolo extrañada.

Dee lo miró también y deseó no haberlo hecho cuando él se apartó del coche y se acercó.

–Éste es Baxter, madre. Madre, Baxter –los presentó.

–Encantado de conocerla –dijo él, ofreciéndole la mano.

La mujer la tomó con una sonrisa encantadora.

Dee vio como su madre reaccionaba inmediatamente ante Baxter Ross y lo vio con sus ojos. Alto, guapo, bien educado y muy bien vestido.

Dee le explicó brevemente su presencia.

–Baxter me ha traído desde Londres.

–Muy amable por su parte –dijo su madre–. ¿Se quedará a tomar el té?

–Tiene prisa.

El tono de Dee le indicó que no era bienvenido.

Pero Baxter dijo:

–Lo cierto es que sí tengo un poco de tiempo.

–Muy bien –respondió su madre encantada.

Dee comprendió que prefería cualquier cosa menos quedarse a solas con ella.

Cuando su madre se adelantó, Dee agarró a Baxter por la manga.

–No querías verte involucrado en esto.

Baxter estuvo de acuerdo. No había querido hacerlo. Pero aquello le extrañaba. ¿Por qué habría querido escaparse de casa esa chica para llevar la vida que había estado llevando en las calles de Londres?

–Tu madre nos está esperando –dijo soltándose y luego tomando las cosas de Dee.

Las dejó al pie de unas escaleras e, ignorando otra mirada de Dee, esperó a que le indicara el camino.

Ella siguió a su madre hasta la cocina y fue entonces cuando le dijo:

–Te has vuelto a dañar la pierna. ¿Cómo te lo has hecho?

–No lo recuerdo. ¿Dónde está Hetty?

–Es su día libre –dijo su madre para explicar la ausencia del ama de llaves.

–Es una pena. me habría gustado verla.

–¿No piensas quedarte? –dijo su madre tratando de parecer disgustada.

Pero Dee se daba cuenta de lo que le pasaba. Lo veía en su rostro. Alivio. Tal vez ella decidiera estar sólo de paso.

–No lo sé –respondió de una forma deliberadamente vaga–. Mantengo abiertas mis opciones.

–Oh.

–La verdad es que Baxter me ha pedido que me case con él y me vaya a vivir a su castillo en Escocia. Romántico, ¿no te parece?

Aquello era un farol, por supuesto, pero por un momento disfrutó al ver la reacción de su madre.

Baxter también levantó una ceja sorprendido, pero no la contradijo.

Fue su madre la que dijo:

–¿Mi hija y usted están pensando casarse?

Curiosamente, él no lo negó de plano.

–Sí, hemos hablado de ello.

Dee, que no se había esperado ningún apoyo, lo miró sorprendida.

–Bueno –respondió su madre sin ocultar su extrañeza–. No sé qué decir.

–Podrías intentar darnos la enhorabuena –sugirió Dee maliciosamente.

–Sí, bueno… Lo siento, señor…

–Ross.

–Va a tener que permitirme que me haga a la idea. Quiero decir que no sé nada de usted y…

–Es médico –le explicó Dee–. Eso lo coloca por encima de toda sospecha, ¿no es así, madre? No es lo que podríamos llamar un cerdo, un oportunista, un pervertido.

–Dee –dijo su madre incómoda–. Por favor, no vas a empezar de nuevo con esto, ¿verdad?

–¿Empezar? ¿Empezar qué, madre?

Dee no tenía intención de llegar más lejos, no con un tercero delante.

–Lo siento –dijo su madre–. Voy a tener que llamar a Edward. Ya sabes que no puedo soportar esto.

Dee hizo una mueca cuando su madre se marchó. Era una mujer frívola, sin el valor necesario como para hacer nada más.

–¿Te importa ponerme al corriente antes de que vuelva? –

le preguntó Baxter.

–No. Salgamos de aquí antes de que llegue la caballería.

Iré a por Henry.

Luego abrió unas puertas y salió a la terraza.

Baxter la siguió incrédulo. ¿realmente pretendía ella marcharse sin decir ni adiós?

Le pareció que no tenía conciencia. Haría bien en recordarlo.

–No te irás a marchar así, ¿verdad? –dijo agarrándola por un brazo.

–Ésa es la idea.

–No puedes hacerlo.

–No sabes…

–No, tienes razón. No sé qué pasa, no sé lo que te han podido hacer,

pero ella es tu madre. Seguramente se merece algo mejor.

–No lo comprendes, ¿verdad? –respondió ella mirándolo–.

Cualquiera mira a mi madre e, inmediatamente, se pone de su lado. Piensas que cómo una mujer tan encantadora ha podido tener una hija como yo, ¿no? Pero si supieras la verdad…

–Cuéntamela entonces.

–¿Y te la creerías?

Baxter dudó. En eso tenía razón ella.

–Creo que no –añadió Dee–. Ahora suéltame.

Baxter lo hizo.

–¿Nos llevarás de vuelta a Londres a Henry y a mí?

–No.

–¿A la más cercana estación de tren entonces?

–No. No antes de que resuelvas las cosas aquí.

–¿Que resuelva las cosas? Pareces un maldito terapeuta.

Bueno, gracias, pero no necesito ninguno.

Luego, llamó a Henry a gritos mientras recorría el jardín.

Baxter la siguió hasta que llegaron a la caseta. Allí ella trató de

hacerlo moverse, pero el perro parecía lo que era, viejo y cansado.

Baxter la vio desmoronarse, como si el último amigo que le quedara en el mundo la hubiera abandonado.

–¿Deborah? –llamó su madre desde la terraza superior.

Había desaparecido la oportunidad de una salida digna.

Baxter oyó la nota de ansiedad en la voz de la mujer y le dijo:

–Quédate una hora y luego te llevaré.

Dee entornó los párpados.

–Nos tomaremos el té, charlaremos educadamente un poco y, luego, si sigues queriendo marcharte, nos iremos a las cuatro en punto.

¿Ir a dónde? ¿Al portal de una tienda? dee sintió como si le fallara el valor. Ahora que había vuelto, ¿no sería mejor que se quedara?

Recordó la última vez que estuvo en esa casa y rápidamente recuperó el valor.

–A las cuatro –asintió.

–Entonces, ¿continuamos con lo de que nos vamos a casar?

–¿Te parece bien? –dijo Dee sabiendo que tenía que impresionar a su madre–. Aunque creo que no somos la más convincente de las parejas.

–Podemos tratar de serlo más –sugirió él, pasándole un brazo por la cintura y mirándola a los ojos.

–¿Qué estás haciendo? –exclamó ella sorprendida.

–Trabajando mi papel. Incluso podría besarte.

–¿Lo harías?

Dee estaba tremendamente sorprendida.

Baxter se encogió de hombros.

–Si tú quieres…

–Yo… no.

No estaba nada segura de querer aquello.

Pero él ya lo estaba haciendo. Sus labios se unieron a los de ella lenta y sensualmente. Sin quererlo, entreabrió los suyos y él profundizó el beso hasta que ella gimió, atrapada entre el placer y el pánico.

El que pudiera sentir deseo por un hombre la pilló por sorpresa.

Baxter apartó la cabeza a tiempo de ver su expresión cambiante.

–No tienes que parecer tan horrorizada sólo porque me hayas respondido.

–¡No lo he hecho!

Pero su cuerpo decía otra cosa y temblaba contra el de él.

–¿De verdad? En ese caso estoy ansioso por ver cómo será cuando respondas.

La miró a los labios entonces, como si quisiera volverla a besar.

Dee agitó la cabeza negando que sintiera nada, pero no hizo nada para soltarse.

Estaba atrapada entre el alivio y la sorpresa cuando su madre la llamó de nuevo.

–Deborah, el té está listo.

–Sí, madre –respondió ella sin dejar de mirar a Baxter.

–Sí, madre –repitió él bromeando–. Nos lo hemos tomado muy en serio de repente. Bueno, creo que hemos sido muy convincentes, ¿no te parece?

Baxter sonrió satisfecho y Dee se sintió utilizada. Aunque aquello era absurdo, ya que era ella la que lo estaba utilizando

¿no?

–Bueno, para mí no ha sido gran cosa, pero supongo que, desde lejos, debe de haberlo sido.

–Tal vez debiéramos intentarlo de nuevo entonces –sugirió él empezando a acercarse de nuevo.

Por un momento, Dee sintió un fuerte deseo de dejarse ir, cerrar los ojos y permitir que la besara.

Pero entonces su madre la volvió a llamar y se perdió el encanto del momento. Se apartó y el sonido de una risa suave la siguió, diciéndole que sólo había sido un juego… Por lo menos para él.

Capítulo 6

CUANDO Dee entró de nuevo en la casa, su madre ya había preparado el té.

–He llamado a Edward –le dijo mientras se sentaban–. Va a tratar de escaparse.

–¿De verdad te crees que quiero verlo después de la última vez? ¿O todavía te sigues imaginando que estoy tratando de seducir a tu marido, madre?

Su madre pareció dolorida y, sin mirarla a los ojos, dijo:

–Aquello fue un malentendido. Edward me lo explicó todo más tarde, después de que te marcharas.

–Seguro.

–No, fue muy sincero. Dijo que todo fue culpa suya. No había querido besarte así. Sucedió… Y supongo que, siendo joven y curiosa, fue algo perfectamente natural por tu parte responder…

–¡No lo hice! –exclamó Dee sintiendo arcadas.

–De verdad que no te estoy acusando de nada. Ciertamente Edward se dejó llevar. Pero yo puedo perdonar un momento de locura…

Su madre seguía sin mirarla y jugueteaba con las perlas de su collar. Aquello traicionaba sus nervios. Se las había

comprado Edward con su dinero y, si creía la versión de ella,

¿cómo podría seguir viviendo con él? Y sin él, ¿cómo podría sobrevivir?

–De todas formas, querida, no tenemos que hablar de nuevo de ello. Edward lo siente mucho, y estoy segura de que tratará de arreglar las cosas contigo.

–No nos podemos quedar más de una hora –dijo Dee–. Nos vamos a ver a la familia de Baxter a Escocia.

–¿Saben ya lo vuestro?

–Sí, y están encantados. Estaban empezando a creer que él nunca encontraría la mujer adecuada.

–¿Te conocen?

–Todavía no.

–Oh. ¿Tú crees…? Es sólo un consejo, querida… ¿no crees que deberías vestirte un poco más femeninamente?

–¿Para conseguir su aprobación?

–Sí.

–No. No quiero vestir más femeninamente. Ya ves, ya no me importa que la gente me dé su aprobación, madre. Supongo que eso es lo que te hace el pedir limosna.

–¿Has estado pidiendo limosna? –le preguntó su madre anonadada.

–Era o eso o ceder a los deseos de los viciosos de mediana edad. Y, para eso, podría haberme quedado en casa.

–¡Deborah!

Dee la miró fríamente.

–¿Qué?

Aquello era un reto, hacer que su madre afrontara la verdad por una vez.

Pero, por supuesto, no era la costumbre de su madre.

–No puedo entender lo que te ha pasado. Eras una niña tan dulce. Tenías todas las ventajas, todo lo que pudieras haber querido. ¿Por qué tuviste que…?

Se cortó cuando vio a Baxter en la puerta.

Dee no se sintió cohibida.

–¿Por qué tuve que hacer qué, madre?

Pero su madre la ignoró y sonrió educadamente a Baxter.

–Por favor, entre y tómese un té.

Baxter asintió y se sentó junto a Dee en el sofá. Tal vez pensara hacer de novio amoroso.

Dee entonces sacó un cigarrillo.

–Me gustaría que no fumaras –dijo su madre, pero Dee no le hizo

caso–. Traeré un cenicero.

Cuando se marchó, Baxter le preguntó:

–¿Por qué no puedes, por lo menos, ser educada con ella?

Aquello era demasiado para Dee.

–Tú lo puedes ser si te cae tan bien –dijo ella levantándose–. Yo me voy a recoger algunas cosas.

Luego, salió de allí cojeando. Sabía que su madre no revelaría nada importante en su ausencia.

En su habitación, recogió algo de ropa y se cambió de pantalones. Se sorprendió al ver lo grandes que le estaban.

Luego, como estaba segura de que aquella era la última vez que iba a pasar por esa casa, recogió la caja donde guardaba sus documentos, certificados, fotos y demás.

No se dio cuenta de que había pasado el tiempo hasta que se abrió la puerta. Se volvió esperando ver a Baxter, pero se quedó helada.

Allí estaba Edward Litton, el ejemplo del cirujano de éxito.

Elegante, guapo y tan culto como el que más. Una vez Dee confió completamente en él.

–Deborah –dijo sonriendo–. Me alegro de verte.

Dio un paso hacia ella con los brazos extendidos y Dee retrocedió.

–Tócame y te mataré.

La sonrisa se esfumó, pero siguió hablando suavemente.

–No te pongas tan dramática, querida. No te voy a hacer daño. Nunca te lo haría y lo sabes.

–Déjalo ya –dijo ella sin poder soportarlo más.

–Me alegro de que hayas vuelto a casa –continuó él como si no hubiera hablado–. Nos hemos vuelto locos de preocupación. Se oyen tantas cosas de lo que les pasa a las chicas en Londres… ¿Es ahí donde has estado?

Dee asintió.

–Bueno, ya nos lo contarás a su tiempo. Lo importante es que has vuelto. De verdad que te hemos echado de menos.

Entonces, Dee lo miró a los ojos y se dio cuenta de que eso era cierto. Por lo menos él sí que la había echado de menos.

Era toda una ironía cuando su madre estaba claro que no lo había hecho.

–¿Qué te has hecho en el cabello?

–No lo podía mantener limpio, así que me lo corté.

–También pareces más delgada –dijo él recorriéndola con la mirada.

Baxter había hecho un comentario similar, pero no era lo mismo. No la había hecho sentirse tan mal.

–Nada que unas cuantas buenas comidas no puedan arreglar –continuó él.

–No me voy a quedar aquí –dijo ella.

–Ya veremos.

–No, no lo veremos –dijo ella dirigiéndose a la puerta y olvidándose de lo que había ido a recoger.

Edward se dio cuenta de su expresión y se apartó de su camino, pero le siguió los pasos.

–Vamos, Deborah, escúchame sólo un momento…

–No, escúchame tú a mí –le contestó ella furiosamente–.

Ya no soy la estúpida y confiada pequeña Deborah. Tú la destruiste, ¿recuerdas?

Él pareció más triste que enfadado..

–¿No estás siendo un poco dura? Admito que me comporté impetuosamente, pero tu madre ya me ha perdonado, ¿por qué no lo puedes hacer tú?

–Edward, soy tu hijastra y trataste de violarme.

Luego, Dee vio cómo él se ponía colorado. ¿De ira o de vergüenza? Fue a marcharse, pero él la agarró del brazo.

–Deborah…

–¡Dee! –llamó entonces Baxter desde abajo.

–Aquí arriba –respondió ella aliviada.

–¿Quién es ése?

Dee casi disfrutó al decirle:

–Mi novio.

–¿Qué? ¡No lo puede ser!

Dee sabía a lo que se refería. El hombre que estaba subiendo las escaleras tenía un aire de madurez y confianza que no hacía que aquello fueran imaginaciones de una niña de diecisiete años.

–Crees que es demasiado mayor, ¿verdad?

Baxter llegó arriba de las escaleras y se dio cuenta del escrutinio de que fue objeto por parte de Edward.

–¿No nos vas a presentar?

–No.

–Bueno, yo soy Baxter Ross. Usted debe de ser el padrastro de Dee.

–Sí, Edward Litton –respondió Edward aceptando brevemente la mano que le ofreció Baxter–. Me temo que tiene usted ventaja sobre mí, señor Ross.

Fue Dee la que lo corrigió.

–Doctor Ross.

–Es usted practicante de medicina general –dijo Edward adoptando su pose de médico importante.

–La verdad es que no, es algo muy importante en la Cruz Roja en África –se inventó Dee–. O, por lo menos lo ha sido.

Ahora lo ha dejado para aceptar un puesto de jefe de investigación de

enfermedades tropicales.

Baxter elevó una ceja en dirección a Dee, pero a ella no le importó.

–Impresionante –respondió Edward–. Pero yo prefiero la medicina en sí. Es mucho más gratificante.

–Es cierto –intervino de nuevo Dee–. ¿Cuánto cuesta ahora una operación de varices? ¿Un par de miles de libras?

Edward se obligó a reír.

–Me temo que Deborah puede tener un muy agudo sentido del humor.

–Ya me he dado cuenta.

–Uno nunca se puede tomar demasiado en serio lo que dice.

Dee vio inmediatamente lo que estaba haciendo, cubriéndose las espaldas por si ella hubiera contado algo.

Aquella vez Baxter permaneció en silencio y con los párpados entornados. Dee se preguntó qué estaría pensando.

–Por ejemplo –continuó Edward–, acaba de decirme que es su novio. He dado por hecho que se trata de una broma.

–¿Por qué lo ha hado por hecho?

–Bueno, naturalmente… usted sabe que Deborah sólo tiene diecisiete años.

Esa hipocresía dejó sin palabras a Dee.

Baxter no movió ni un párpado.

–¿Es eso significativo?

–Para la ley ciertamente sí. Se necesita permiso paterno para casarse con alguien con menos de dieciocho años.

–¿Y qué? –intervino Dee–. Mamá me lo dará. me dejaría casarme con Jack el Destripador si eso le facilitara la vida.

–Tu madre hará lo que yo le aconseje. Y no se ofenda, doctor Ross, pero tenemos que saber muchas más cosas antes de pensar en dejar a Deborah casarse con un hombre que podría ser su padre. Estoy seguro de que lo comprenderá.

Baxter asintió.

–Estoy empezando a comprenderlo.

–Muy bien –dijo Edward, seguro de haber ganado ese asalto.

Pero Dee no estaba tan segura. Estaba empezando a conocer a Baxter Ross.

–¿Entonces por qué no bajamos al estudio a discutir este asunto? Después de todo, tiene que haber cosas que usted quiera saber sobre nosotros o sobre Deborah –dijo Edward sonriendo.

Baxter le devolvió la sonrisa y el corazón se le detuvo a Dee. Cinco minutos con Edward haciendo de padrastro preocupado y Baxter se marcharía corriendo de allí.

Pero no, Baxter Ross parecía estar jugando a su propio juego; miró su reloj y dijo:

–Me temo que se nos está haciendo tarde. En otro momento tal vez. ¿Estás lista, Dee?

Dee lo miró incrédula por un momento y luego se contuvo para no abrazarlo.

–He recogido algunas cosas de mi habitación que me gustaría llevarme.

–Yo te las traeré.

Edward se quedó anonadado.

–¿Quién se cree que es?

–Sir Galahad. Y, si yo estuviera en tu lugar, no me pondría en su camino.

Edward se tomó eso como una amenaza física y, con una impotente mirada de ira, bajó las escaleras.

–¿A qué venía todo esto? –le preguntó Baxter cuando se reunió con ella abajo.

–A nada.

Estaban en la puerta de la calle cuando Edward reapareció con la madre de ella al lado.

–Díselo, Bárbara –ordenó Edward–. Dile que no puede volver a desaparecer, sobre todo con un hombre que podría ser su padre.

Todas las miradas se dirigieron a Bárbara Litton. Estaba visiblemente nerviosa.

–Querida, Edward dice que, si vuelves, todo irá bien.

Dee no supo si despreciar a su madre o sentir lástima por ella.

–¿No te creerás eso de verdad, madre?

–Yo… yo…

–¡Bárbara!

El tono de voz de su padrastro era insistente, pero por una vez surtió el efecto contrario.

Su madre agitó la cabeza lentamente y, encontrando valor en alguna parte, le dijo a Baxter:

–Cuidará de ella, ¿verdad?

Dee miró a Baxter y vio en su semblante una seriedad tal que bien podía ser real.

Esa expresión engañó a su madre, ya que sonrió brevemente y luego entró de nuevo en la casa.

Edward maldijo entre dientes.

Dee y Baxter recogieron sus cosas y se dirigieron al coche.

Su cuerpo reaccionó entonces a toda aquella tensión y las piernas le temblaron. Se apoyó en el coche y le dijo a Baxter:

–¿Podrías recoger tú a Henry?

Baxter miró al padrastro, que estaba en la puerta.

–¿Estarás bien?

Ella asintió y él desapareció detrás de la casa, ignorando a Edward.

Entonces su padrastro vio la oportunidad y se acercó a ella.

Dee prefirió enfrentarse a él en vez de meterse en el coche. De repente había dejado de tenerle miedo a ese hombre.

–Deborah, por favor. No te puedes ir así. ¿Qué sabes de ese hombre?

–Sé que no me va a atacar cuando esté borracho.

–Supongo que me merezco eso. Pero podrías entender lo que es vivir con tu madre. Yo creía que era tan serena, tan hermosa… pero es muy frívola. No tiene ni la mitad de tu inteligencia, de tu valor, de tu pasión… ¿te extraña tanto que sienta lo que siento por ti?

Él fue a tocarle la cara y Dee retrocedió.

–¡No lo hagas!

–No lo puedo evitar –dijo él agarrándola por un brazo–.

Pequeña Deborah… me quedé aquí por ti, ¿lo sabías?

Dee se soltó.

–Déjame en paz o llamaré a Baxter..

Eso funcionó, sobre todo cuando ambos se dieron cuenta de que Baxter ya los estaba viendo desde la esquina de la casa, donde estaba con Henry.

Se acercó con expresión de ira y Edward se retiró rápidamente hacia la casa.

Baxter lo miró despectivamente antes de ordenarle a ella:

–¡Entra!

Ella lo hizo sin rechistar esa vez.

Estaban ya lejos cuando Dee murmuró:

–No sé por qué estás enfadado conmigo. Ya te dije que no te entrometieras.

–Eso fue todo lo que me dijiste.

–¿Qué te esperabas?

–Alguna indicación de lo que estaba pasando entre tu padrastro y tú me habría venido bien.

–¿De lo que estaba pasando? ¿Qué quieres decir?

Baxter estaba cada vez más enfadado. Estaba cansado de que esa chica lo tomara por tonto, así que aparcó el coche a un lado de la carretera.

–¿Qué crees que quiero decir, pequeña Deborah?

–¡No me llames así!

–Entonces deja de jugar. ¡Puede que no lo haya oído todo, pero algo me ha dicho su lenguaje corporal!

Ella quedó en silencio. Se daba cuenta de que él había sacado la idea equivocada.

Baxter se tomó su silencio por un sentimiento de culpa y continuó:

–No me extraña que tu madre quisiera que te marcharas.

Aquello no era más que la verdad, pero le dolió.

–¡No lo comprendes!

–Entonces explícamelo.

Pero Dee no estaba con ánimos para decir más.

De repente se vio sobrepasada por la situación. Su madre le había cerrado la puerta. Ya no era la hija de nadie. Ahora sí que estaba sin hogar.

Baxter observó incrédulo como la primera lágrima le corría por la mejilla.

–¡Cielos, no te irás a poner a llorar ahora!

–¡No!

Dee lo negó aun cuando se le escapó una segunda lágrima.

Entonces, tragó saliva y se volvió hacia la ventanilla. No quería que él la viera llorar.

Baxter suspiró sonoramente.

–Mira, olvídalo. No tienes que explicarme nada. No es asunto mío.

Dee estaba demasiado afectada como para responder.

Agitó la cabeza, sólo quería que la dejara en paz.

Todavía enfadado, él trató de permanecer impertérrito, pero cuando la oyó sollozar, se derrumbó. Soltó los cinturones de seguridad y la abrazó para consolarla.

Ella se resistió.

–No comprendes nada, nada, nada…

–Cuéntame entonces.

Dee dejó de luchar, pero agitó la cabeza y Baxter empezó a acunarla como a una niña.

–¡No tengo a nadie!

Ninguna palabra podía responder a semejante desesperación, así que Baxter se limitó a tenerla abrazada.

Ella siguió llorando, pero los sollozos disminuyeron y sólo quedaron las lágrimas silenciosas.

Dee sintió cómo él le acariciaba el cabello, al principio era consolador, pero luego sus emociones cambiaron y se estremeció al ser consciente de la proximidad de él. Aquello no era miedo exactamente, pero se apartó de él.

Él se lo permitió y Dee se sintió avergonzada al darse cuenta de que la

estaba mirando y seguía llorando.

–¿Tienes un pañuelo? –le preguntó Baxter.

–Pararé dentro de un momento.

–No importa –respondió él, enjugándole las lágrimas.

Ella lo miró como alucinada cuando él le acarició las mejillas. Su cariño era sobrecogedor. Una revelación. Las lágrimas se le secaron, pero se le cortó la respiración cuando él le abarcó el rostro con una mano.

–¿Qué vamos a hacer contigo? –dijo él hablándole como a una niña.

Pero ella no quería ser una niña para él. Quería…

Baxter se inclinó sobre ella para darle un beso en la mejilla, pero ella levantó la cabeza levemente y sus bocas se rozaron por accidente.

Fue sin intención, pero Baxter no tuvo excusa para su siguiente acción.

Lo único que recordó luego fue que, en un momento estaba pensando en ella como en una niña y, al siguiente, era una mujer cálida y apetecible en sus brazos, una mujer que lo estaba besando tan dulcemente que se le aceleró el pulso.

Terminó casi antes de que empezara, cuando recuperó la cordura y se apartó respirando agitadamente.

Se maldijo a sí mismo, a ella, luego se dio cuenta de la mirada de pasmo de Dee.

–Lo siento. Esto no es respuesta. No debería haberte tocado.

Dee volvió a mirar por la ventanilla. Tenía la idea de que había hecho el ridículo, pero estaba demasiado cansada como para que le importara.

Cuando él le preguntó si iban a Escocia o a Londres, ella se limitó a encogerse de hombros. Ninguno de los dos sitios significaba nada para ella.

Le dejó la decisión a Baxter. Él deseó no haberla besado, lo hacía sentirse culpable, aunque eso reforzaba su creencia de que llevársela a Escocia era estar provocando un desastre.

Tenía que endurecer su corazón y recordarse a sí mismo que ya no era asunto suyo eso de andar por ahí salvando al mundo. Dos años de guerra le habían dado el derecho a disfrutar de un poco de paz y nada en esa chica prometía algo parecido.

¿Por qué estaba siquiera pensándoselo? Él se había apartado de la muerte y el dolor. Seguramente se podría apartar de esa chica.

Así que arrancó y se dirigió hacia Londres.

Capítulo 7

ESTAMOS ya? –preguntó Dee al final del viaje.

Baxter asintió.

–Por fin.

Ella se frotó los ojos soñolientos y miró afuera. No había luna ni farolas callejeras, sólo la oscuridad. Estaban al final de un camino en medio de la nada, delante de una torre en ruinas.

Dee se sintió alarmada.

–Creí que me habías dicho que vivías en Edimburgo.

–En las afueras.

–¿Dónde?

–Aquí –respondió él, señalando al montón de piedras que tenían delante.

–Estás de broma. ¿En… eso?

–Ya sabes lo que se dice. Ten cuidado con lo que deseas…

Lo cierto era que esa ruina nunca había sido el deseo de Dee.

–Le dijiste a tu madre que yo tenía un castillo en Escocia –

le recordó él al ver su cara de pasmo.

–Sí. Bueno, yo estaba pensando en algo más parecido a Balmoral… ¿Es esto realmente tuyo?

Dee todavía no estaba muy segura de que no se tratara de una especie de broma. De hecho todo el viaje había sido algo bastante irreal. Recordaba haber llorado y que él la había abrazado para consolarla. Recordó su cariño y la sorpresa que le había producido, los sentimientos que había despertado en ella, la forma en que se habían besado, casi por accidente y que ella no lo había apartado.

Había tratado de olvidarse del resto, pero no lo había conseguido. La forma en que sus labios se habían movido sobre los suyos, el dulce impulso de responder. Aquello fue lo más irreal de todo, aunque también lo más vívido.

Después, todo había pasado como en un sueño. Había mirado por la ventanilla, apenas consciente de las señales que indicaban la distancia que quedaba a Londres, antes de que un bendito sueño se apoderara de ella. No había tratado de permanecer despierta, sabiendo que, más tarde, tendría que hacerlo en algún portal, demasiado asustada como para cerrar los ojos.

No supo cuánto había dormido, pero cuando se despertó, ya habían pasado Sheffield y que estaban muy lejos de Londres.

–Te llevo a mi casa por una temporada –le había dicho él.

A ella no le importó, era una «sin techo».

Ahora allí estaban, en un lugar perdido de la mano de Dios, que bien podía haber salido de una novela de Robert Louis Stevenson.

–Pues sí, es mío –dijo él.

Ella hizo una mueca y murmuró una disculpa al darse cuenta de que, posiblemente, había insultado su hogar.

–Es más habitable de lo que parece –añadió Baxter mientras salía del coche.

Dee esperó sinceramente que así fuera.

Trató de salir, pero la pierna le dolía de verdad, así que él se acercó y la ayudó. Recorrieron un breve camino entre la hierba, pasaron una puerta que había en un muro bajo y luego se encendieron unas luces que iluminaron el terreno alrededor de la torre.

Dee levantó la mirada y vio una serie de pequeñas ventanas en la negra roca. Eran algo reciente en un edificio que debía tener varios siglos de antigüedad. Contó cuatro, tal vez cinco pisos. Aún iluminado, parecía un sitio frío e inhóspito.

Se acercaron y llegaron a una gran puerta de roble. Baxter llamó en vez de abrirla.

Dee frunció el ceño.

–¿No vives solo entonces?

–Normalmente sí. Pero por el momento alguien me está cuidando la casa.

¿Alguien? Lo miró maliciosamente, pero él no le hizo caso. El corazón le dio un vuelco cuando se preguntó si ese alguien sería del sexo femenino.

–¿No tienes llave? –dijo cuando él volvió a llamar.

–Naturalmente. Pero son las dos de la madrugada y no quiero asustar a Joseph y que piense que somos unos ladrones.

–¡Es un hombre! –exclamó ella aliviada.

–Más bien un chico. Sólo tiene dieciocho años. Y, para que no te hagas ideas raras, es el hijo de unos amigos, nada más,

¿comprendes?

Dee asintió, ya no le quedaba ninguna duda acerca de su sexualidad.

–¿No está esperando?

–Sabe que iba a volver a casa esta semana.

Pero no que lo iba a hacer con ella.

–No parece que esté en casa –dijo él con una expresión que reflejaba una cierta sorpresa–. Espera aquí.

La dejó donde estaba y fue a darle una vuelta a la torre.

Dee deseó que volviera pronto, las luces se habían apagado y aquello estaba de nuevo oscuro como la boca del lobo. Henry gruñía bajo, aunque él no podía oír los ruidos nocturnos que a ella le estaban

atacando los nervios.

–¿Baxter? –dijo por fin tragándose su dignidad.

Él no respondió y Dee gritó más fuerte. Siguió sin obtener respuesta, pero las luces volvieron a encenderse. Luego pasaron otro par de minutos antes de que oyera unos pasos acercándose.

El sentido común le dijo que tenía que ser él, pero se ocultó en la oscuridad tras un grueso tronco que crecía junto a la pared.

–Dee, ¿dónde estás, que no te veo?

Ella salió de su escondrijo.

–¿Dónde has estado?

–Poniendo en marcha el generador y viendo si estaba Joseph. Creo que estamos solos.

Luego, él abrió la puerta y ella lo siguió al interior.

Allí la hizo subir por una escalera de caracol hasta el segundo piso, donde estaban las habitaciones.

Allí le mostró la suya y la dejó para asegurarse de si el tal Joseph estaba o no definitivamente en la casa.

Ella se quedó sorprendida, aquella habitación era digna de un rey, pero de la Edad Media.

Las paredes eran de piedra y de ellas colgaban algunos cuadros, los techos eran muy altos y el suelo de madera pulida.

Había una chimenea y la cama más impresionante que había visto en su vida, con dosel incluido.

En la almohada había una nota.

Saludos, hermanito.

La calefacción está encendida, el frigorífico lleno y se han pasado los de la limpieza. Joseph se ha quedado con unos amigos en Edimburgo. La cuestión es… ¿dónde estás tú? Será mejor que llames nada más llegar o aténte a las consecuencias.

Tu devota hermana, que definitivamente no te mereces.

Cat.

Habiéndola leído una vez, a Dee no le pareció mal si lo hacía otra. Le resultaba curioso el que Baxter Ross fuera el hermanito de alguien. Incluso que hubiera tenido una infancia.

Dejó la nota cuando él llamó a la puerta y la llamó.

–¿Dee?

–¿Sí? Pasa.

Pero él se quedó en la puerta.

–¿Necesitas algo?

–No… bueno, un cepillo de dientes.

–En esa puerta hay un cuarto de baño. Probablemente haya allí uno que puedas usar.

–Gracias y… hum. ¿No tendrás una camisa vieja?

–¿Para qué?

–Para usarla de camisón. No tengo.

Él se acercó a un armario y sacó una de un cajón. Era completamente nueva.

–¿Te sirve esta?

–Sí, bueno. ¿Estás seguro? Parece muy nueva.

Él se encogió de hombros.

–No es de la clase de cosas que visto. Me la compró mi hermana, así que, mientras no la vea, te la puedes poner.

–Te ha dejado una nota.

Él la leyó y se la guardó.

–Muy bien, si no quieres nada más…

–Esta es tu habitación, ¿no?

–Normalmente sí.

Dee se sintió un poco culpable y él se equivocó con su expresión.

–No te preocupes, no voy a reclamarla en mitad de la noche.

–No era eso… no creo…

–Bueno, no te culparía si lo hicieras. Lo de besarte antes fue un error.

–Sí…

–Estabas en un estado emocional delicado y eras muy vulnerable, yo debería haberlo respetado… sólo puedo decir en mi defensa que hace mucho tiempo que no estoy con una mujer y supongo que mis bajos instintos hicieron el resto.

El corazón se le animó un poco a Dee al pensar que la consideraba una mujer, pero se volvió a deprimir al pensar que él sólo la había besado porque estaba a mano.

–No he querido insultarte –añadió Baxter–. Sólo estoy tratando de…

–Olvídalo. No es nada. Me han besado muchos hombres…

Por suerte, la mayoría de ellos no se han puesto tan dramáticos después.

–De acuerdo, trataré de recordarlo, eso si alguna vez quiero unirme a esa multitud.

Para cuando a Dee se le ocurrió una respuesta adecuada, él ya se había ido.

Se sentó en la cama y pensó que, no habiendo querido que él pensara que era una chica patética, había logrado que pensara que era fácil. Magnífico.

Mientras se cepillaba los dientes se miró al espejo y se dio cuenta del horrible aspecto que tenía. Lo cierto era que con el rostro tan delgado, el cabello corto y sucio y esos aros en la oreja, nadie podía decir que un día fue una chica bonita.

Se quitó los aros de la oreja y su aspecto mejoró algo.

Ya que no podía hacer nada más, decidió darse una ducha y lavarse el cabello, por lo menos.

Se desnudó, abrió el grifo y se metió dentro.

Dejó que el agua le corriera por el cuerpo voluptuosamente antes de enjabonarse. Como le dolía la rodilla, se sentó en el baño y dejó que el agua siguiera corriendo sobre ella, dejándose llevar por la sensación.

Perdió todo sentido del tiempo, del lugar y de casi cualquier cosa más, salvo de su infelicidad. Era como un vano intento de hacer que el agua se llevara sus penas.

Baxter se metió en la cama ansioso por dormir una semana entera de un tirón. No quería pensar en una chica que no era más que un problema ambulante, ni en la reacción que iba a tener su hermana ante la nueva complicación que había surgido en su vida.

Apagó la luz y esperó a que el sueño se apoderara de él.

Estaba casi lográndolo cuando lo despertó un ruido.

Había arreglado la instalación eléctrica de ese viejo torreón que le había dejado su abuelo, pero todavía no había hecho nada con la fontanería, que debía datar de siglos atrás.

El caso era que, como normalmente vivía allí solo, no le importaban demasiado los ruidos que hacían las tuberías, pero esa noche era otra cosa.

Al cabo de más de media hora de ruidos y, harto ya, se puso unos pantalones y fue a llamar a la puerta de Dee.

–¡Dee! ¡Dee! –gritó mientras llamaba–. ¡Responde si me puedes oír, maldita sea!

Pero no obtuvo respuesta.

Así que abrió la puerta y vio que ella no estaba en la habitación. Repitió la operación con la puerta del cuarto de baño y ella siguió sin responder.

Intentó abrirla, sin esperar tener éxito, pero se abrió.

Dee no se daba cuenta de nada y seguía allí sentada, con la cabeza

sobre las rodillas, cuando la cortina de la ducha se abrió de repente.

Levantó los ojos y miró desenfocadamente a Baxter. Más tarde, se preguntaría por qué no había gritado. Después de todo, ella estaba desnuda y él sólo llevaba los pantalones. Pero en ese momento se limitó sólo a mirarlo.

Él fue el primero en moverse. Cerró el grifo y al mismo tiempo le dio una toalla de baño.

–Toma, tápate.

Cuando ella no hizo nada, él la envolvió con la toalla.

Luego la tomó en brazos y la hizo sentarse en el retrete.

Dee trató de concentrarse en lo que le estaba diciendo, pero perdió todo interés en los tecnicismos de la fontanería. Se sujetó bien la toalla, aunque él no demostró el menor interés en su desnudez.

–¿Sabes cuánto tiempo llevas en la ducha? –le preguntó Baxter.

Ella agitó la cabeza y se encogió de hombros.

–Tienes la piel arrugada y sabe Dios el daño que le has hecho a tu rodilla.

Evidentemente, la venda estaba hecha una lástima, así que Baxter rebuscó en el botiquín y se la cambió. Luego la volvió

a tomar en brazos.

–¡Puedo caminar!

–Ten cuidado, se te está soltando la toalla.

Ella siguió entonces su mirada y se encontró con que se le había destapado un seno. Trató de tapárselo, pero sólo consiguió que se le descolocara más la toalla.

Se dijo a sí misma que no importaba, que a él no le interesaba.

Pero se equivocaba. Siguió mirándola cuando la dejó sobre la cama y ella se cubrió rápidamente.

–Lo siento, ha sido la sorpresa –dijo él.

–¿Qué?

–Tienes senos.

–¡Soy una chica!

–Unos senos muy bien desarrollados –dijo él sonriendo.

Esta vez Dee no supo cómo reaccionar. Fue una sorpresa para ella también. Mientras todo su cuerpo en general había adelgazado, los senos no. Pero de todas formas, no creía que estuvieran hablando de biología en ese momento.

Baxter vio su mirada de nerviosismo y dijo:

–No te preocupes, no estaba planeando ninguna gran escena de seducción. Toma.

Le dio entonces la camisa que iba a usar como camisón y, cuando le dio la espalda, ella se la puso. Parecía que no tenía el menor deseo de ver el resto de su cuerpo.

–Eso ya lo sé –dijo ella cuando Baxter la miró de nuevo–.

Tal vez, después de todo, las mujeres no sean lo tuyo.

Eso lo dijo medio en broma, pero Baxter no se lo tomó así.

–Creía que ya habíamos dejado claro que no soy homosexual. Eso es una completa equivocación… ¡tuya!

Dee lo sabía también, pero no estaba dispuesta a admitirlo, así que le dijo sonriendo levemente:

–Si tú lo dices…

–¡Lo digo!

Tal vez ella debiera haberse tomado eso como una advertencia, pero no lo hizo.

–Muy bien.

–No me crees, ¿verdad? ¿O tal vez lo que quieres es que te lo demuestre? ¿Es eso?

Dee no comprendió lo que significaba aquello hasta que ya fue

demasiado tarde. Al instante siguiente, él estaba en la cama a su lado, agarrándola por un brazo.

Al principio Dee se quedó helada, luego él la agarró por el otro brazo y la hizo mirarlo. Ella trató de no dejarse llevar por el pánico, pero el temblor de su cuerpo la traicionó.

–¿Me tienes miedo?

–No –mintió Dee.

–No tienes que tenérmelo. Nunca te haría nada que no quisieras.

–No.

Lo cierto era que tenía miedo. No de la misma manera que lo había tenido con Edward, sino de las emociones que la estaban invadiendo y que no podía controlar.

–Di no una vez más y se acabó –le dijo Baxter dándole la oportunidad de que fuera ella la que acabara con esa locura antes de que realmente empezara.

Lo intentó, pero hablar le pareció inútil cuando su corazón le latía de semejante manera. ¿Y cómo podía empujarlo cuando lo que estaba haciendo con las manos sobre su pecho era acariciarlo?

Entonces, él le acarició la mejilla con un gesto cariñoso y ella volvió la cabeza hasta que sus labios se apoyaron contra

su piel. No sabía qué hacer a continuación, pero él lo hizo.

Le recorrió el perfil de la boca con la mano.

Ella entreabrió los labios y respiró fuertemente cuando él le introdujo lentamente un dedo en la boca y luego lo sacó.

Nadie le había hecho algo semejante anteriormente.

Lo miró entonces con una mezcla de placer y sorpresa.

Dee apenas comprendía lo que estaba pasando. Había besado a chicos, la había besado un hombre al que había llegado a odiar. Pero nunca había sido así. Puro deseo. Oleadas de deseo. Baxter recorrió su cuerpo con las manos y ella hizo lo mismo con su espalda, dura y musculosa.

Las manos de él le levantaron la camisa y le recorrieron el vientre. Luego los senos, acariciándoselos primero con los dedos y luego con la boca hasta que ella suplicó por él y el cuerpo le dolió.

Baxter se dijo a sí mismo que ella sabía lo que estaba haciendo, que lo deseaba de la misma forma en que él la deseaba a ella… mucho. Deslizó entonces la mano en el empapado triángulo entre sus muslos, pero cuando la tocó allí, ella se tensó de repente.

Trató de ignorarlo y la besó de nuevo. Ella le devolvió el beso, pero ahora sus dudas no desaparecieron. Tomó la mano de ella y la guió hacia él.

Dee lo sintió a través de la tela de los pantalones y se sorprendió por su propia reacción. Había leído revistas y lo sabía todo sobre la mecánica del sexo, pero aquello era otra cosa.

Se percató de que él quería que lo tocara. ¿No era eso lo que hacían las parejas? ¿Darse placer entre sí? Una parte de ella deseaba hacerlo, pero otra no podía. Lo intentó. Llevó una mano nerviosa hasta sus pantalones y puso los dedos en su sexo. Eso produjo una respuesta extraña y convulsiva en él, pero no la deseada. De repente él dejó de besarla y se sentó.

Dee se quedó donde estaba llena de sentimientos confusos, ansia, vergüenza. ¿Qué había hecho mal?

Baxter la miró a los ojos por un breve momento, vio la verdad en ellos y se preguntó por su propia cordura. Fue a bajarle la camisa como si así pudiera arreglar el daño hecho, pero ella se dio la vuelta y se alejó todo lo que pudo en la cama.

–No has hecho esto antes, ¿verdad? –le preguntó Baxter.

Dee se ruborizó mucho. ¿Era tan evidente?

–¿Quién ha dicho que lo haya hecho?

–Yo pensé que tu padrastro y tú… Evidentemente, estaba equivocado. Deberías habérmelo dicho. Si no me hubiera dado cuenta y hubiera seguido…

–¡Bueno, pues no lo hiciste!

–Tuve que parar. No sabes nada de los hombres y no te puedes dar cuenta de lo difícil que me ha resultado detenerme cuando lo hice.

Pero no me gusta desflorar vírgenes.

Dee se sintió ruborizar de nuevo. ¿Tenía que ser tan rudo?

–Eres una chica muy brillante y bonita y te mereces algo mejor que esto –continuó él–. Tu primera vez tiene que ser especial. Con un chico de tu edad, no con un hombre mucho mayor que tú, ¿no lo ves?

Él estaba esperando una respuesta y Dee asintió. Por lo menos se daba cuenta de una cosa. Él no la dejaría hasta que no estuviera seguro de que estaba bien.

Asintió, aunque no estaba bien. Lo hizo para que se marchara antes de que volviera a ponerse a llorar delante de él.

Pero Baxter no era fácil de convencer.

–Estás temblando.

–Tengo frío.

Entonces él la ayudó a meterse en la cama, lo cierto era que Dee se sentía verdaderamente mal.

–Voy por más mantas –dijo él.

Dee se recuperó lo suficiente como para murmurar:

–Déjame en paz.

–Puede que tengas fiebre.

–No me importa. Sólo deja de jugar a los médicos.

Baxter se dio cuenta entonces de que no podía hacer nada más. Había recogido a esa chica dañada y luego había procedido a hacerle más daño todavía. Vaya un médico estaba hecho.

Dee cerró los ojos y esperó a que él se fuera. Lo oyó moverse por la habitación apagando la lámpara de la mesilla.

La habitación quedó sumida en la oscuridad. Él volvió a moverse y ella espero oír el click de la puerta, pero no fue eso lo que oyó sino el crujido de un sillón. Se quedó quieta, consciente de su presencia. No sentía miedo, sólo frustración.

Pensó que Baxter la había rechazado por ser una niña, no una mujer.

Aquello le dolía tremendamente.

Cuando volvió a cerrar los ojos, todavía podía sentir el contacto de él, el sudor de su piel, el calor de sus cuerpos entrelazados.

Absurdo.

Capítulo 8

CUANDO Dee se despertó no fue por la luz.

–Lo siento, ¿te he despertado? –dijo una mujer desde los pies de la cama.

Dee la miró.

–Tú debes de ser la hermana de Baxter.

–Exacto –respondió la mujer sonriendo–. ¿Y tú?

–Una amiga.

–Ya me lo había imaginado –dijo la otra, divertida al darse cuenta de la camisa que usaba como camisón–. ¿Está él en el cuarto de baño?

Dee agitó la cabeza y miró hacia el sillón que había cerca de la pared. Por supuesto, él ya no estaba allí, pero lo había estado por la noche. Se había quedado dormido allí y ella le había echado una manta por encima.

La manta seguía en el sillón.

–Creo que está arriba, en la habitación de invitados.

–Oh, bueno. Lo siento.

¿Lo sentía por lo que había pensado? ¿Por imaginarse que Baxter y ella eran amantes?

–Me llamo Catriona Macdonald, Cat como abreviatura.

–Yo soy Dee, abreviatura de Deborah.

–Encantada de conocerte. ¿Es tu perro el que está en la cocina?

–Sí. ¿Está bien?

–Parece que sí. Si le gustan los niños. He dejado a mi hija acariciándolo mientras mi marido trae unas cosas del coche.

–Morag –dijo Dee recordando el nombre.

–Sí. ¿Te ha hablado Baxter de nosotros?

–Un poco.

–Bueno, es raro, ya que puede ser muy poco comunicativo.

A no ser, por supuesto…

Entonces Catriona se llevó una mano a la boca antes de añadir:

–Cielos, no lo ha hecho, ¿verdad?

–¿Qué?

Catriona se quedó dudando.

–¿Sabes lo de Joseph, el joven africano al que Baxter está ayudando?

Dee asintió, aunque no sabía que Joseph fuera africano.

–Un poco.

–Sólo tiene dieciocho años. ¿Qué edad tienes tú?

–Casi dieciocho.

–¡Cielos!

Cat alzó la mirada al cielo y agitó la cabeza.

–Bueno, supongo que tienes que ser joven para ser convincente, pero sigo creyendo que es una locura y se lo voy a decir.

Se estaba refiriendo a Baxter, por supuesto, ¿pero qué era lo que le iba a decir? ¿Sabía Cat lo de los planes de matrimonio?

–Creo que ha cambiado de opinión.

–¡Bueno, gracias a Dios! Pero en ese caso, ¿por qué te ha traído a ti

aquí?

Buena pregunta, pero Dee no tenía respuesta a ella.

–Me hice daño en la pierna.

–Bueno, creo que será mejor que te levantes y hables con él. Siento haberte molestado –dijo Cat al tiempo que se dirigía a la puerta–. Vimos el coche en la entrada y pensamos que Baxter habría llegado ya.

–Llegamos muy tarde. ¿Qué hora es?

–Casi las doce. Pero no te preocupes, haré el almuerzo para todos.

Dee se obligó a sonreír. Cuando Catriona se marchó, pensó que tenía dos opciones, o se hacía la enferma y se quedaba en la cama o se levantaba y se marchaba de allí.

Le pareció que lo último era más seguro, así que se sentó en la cama y trató de ponerse en pie. La rodilla le dolía, pero era soportable.

Sus pocas pertenencias estaban en el coche, así que no tuvo más remedio que ponerse la misma ropa del día anterior, pero como no quería ponerse la ropa interior sucia, tomó unos calzoncillos de un cajón y se los puso. Le quedaban tan grandes que se le podían caer, pero se puso encima los vaqueros y apretó el cinturón.

Vestida ya del todo, bajó a la cocina, y se sorprendió al ver que estaba completamente equipada. Junto a Henry había una niña de ojos brillantes de unos cinco años de edad.

–Hola –Saludó Dee.

No se veía a Baxter por ninguna parte.

–Ésta es Dee –dijo Cat presentándola al hombre que estaba troceando verduras en la mesa–. Dee, este es Ewan, mi marido.

–Y esclavo. Encantado de conocerte, Dee.

Dee intercambió una sonrisa con Ewan y ocultó su sorpresa. Parecía mucho mayor que su esposa.

–Yo soy Morag –dijo la niña–. ¿Por qué llevas la chaqueta del tío Baxter?

Siguió entonces un momento de silencio antes de que Cat interviniera.

–No seas tonta. Sólo se le parece.

–Es la suya –insistió la niña–. Es la que llevaba en navidades. ¿No tienes una tuya?

–La verdad es que no. Me la robaron y tu tío me la ha prestado esta hasta que me compre otra.

–Es como compartir –insistió la niña–. A mí no me gusta compartir, pero mamá dice que, si no aprendo a hacerlo, me volveré una niña horrible y nadie querrá jugar conmigo.

¿Jugarás tú conmigo?

–Yo… hum, tengo que sacar a pasear al perro.

–Tal vez más tarde –le dijo Cat a su hija.

–Pero más tarde se despertará el tío Baxter y jugaré con él.

Entonces su padre la tomó en brazos y se puso a hacerle cosquillas.

–El problema es que está mimada –le dijo Cat a Dee–.

Cosa de su padre, por supuesto.

–Ya lo veo –dijo ella viendo cómo Ewan jugaba con su hija.

No se dio cuenta de la tristeza que eso le produjo hasta que Cat le dijo:

–¿Estás bien?

–Sí, gracias.

Pero tenía que apartarse de esa escena de familia feliz cuanto antes.

–Vamos, Henry –le dijo al perro.

Henry se puso en pie de mala gana, ella le puso la cadena y murmuró una rápida despedida.

Cat la siguió afuera.

–¿Estás segura de que estás suficientemente bien?

–Lo estoy. Sólo me duele un poco la rodilla.

–¿Dónde vas a estar? Puede que Baxter se preocupe cuando se despierte.

–No creo. Sabe que puedo cuidar de mí misma.

–Sí, bueno, pero no te alejes mucho. Hay un sendero que va a la colina. Allí puedes dejar que corra el perro.

–Gracias.

Dee no le dijo que los días de correr de Henry ya habían terminado, pero sonrió a la otra mujer.

Cuando salió fuera, miró la torre y casi la admiró. Rodeada de verdes campos surcados por un río, era el lugar ideal para alguien al que le gustara la soledad.

No había ninguna otra casa a la vista. Si Dee quisiera ir a la civilización, tendría que hacerlo andando. Con sólo un plan a medio formar en mente, se dirigió al coche, Al lado había un Volvo y un Audi, presumiblemente de la hermana de Baxter y su cuñado.

Baxter se había dejado el coche abierto, así que sacó sus cosas y echó a andar por el camino adelante.

Caminó durante un cuarto de hora hasta que llegó a una carretera. No había ninguna señal que indicara si terminaba en algún lugar habitado, pero pensó que debía llevar a alguna parte.

Poco después, trató de hacer autoestop. Hacía calor y sudaba. Desgraciadamente, con la mochila y el perro, ninguno de los pocos coches que pasaban se detuvo a recogerla. Ya estaba desesperada cuando el sonido del motor de un coche

despertó un poco sus alicaídas esperanzas. El coche se detuvo a su lado y la conductora salió.

–¿Dee? –dijo Cat preocupada–. Nos has tenido preocupados al tardar tanto. ¿Es por tu pierna?

–Sí –mintió ella.

–Baxter dijo que no podías haber ido muy lejos. Ha ido a buscarte a pie.

Luego, la ayudó a instalarse en el coche y metió a Henry en la parte trasera.

Cuando Cat se sentó tras el volante, Dee le dijo:

–¿Podrías acercarme al pueblo más cercano?

–¿A Linlithgow?

–Donde sea.

–Creo que antes deberíamos volver a casa, ¿no?

No esperó a que ella respondiera y dio la vuelta.

Dee se dio cuenta de lo patético que había sido su intento de escapada. Un par de minutos más tarde, estaba de nuevo donde empezó.

Ewan estaba esperando a la puerta de la torre y, después de hablar un momento con Cat, se marchó en su coche.

Dee se sintió culpable al saber que su escapada lo había hecho salir tarde para una reunión. Por las breves palabras que había entendido, supo que él era un hombre de negocios.

Se sintió más culpable todavía cuando Cat le dijo:

–Voy a ver cómo está Morag y luego trataré de ponerme en contacto con Baxter por el móvil para decirle que te he encontrado.

Dee hizo intención de seguirla, pero se quedó en la puerta.

Un minuto o dos más tarde, Cat salió de nuevo.

–He hablado con Baxter. Se ha sentido muy aliviado al saber que estás bien. Se ha alejado mucho, así que tardará un

poco en volver… Voy a ser yo la que tenga que evitar que huyas de nuevo –dijo riéndose.

Dee no se rió. De hecho, su expresión debió de ser de lo más legible.

–Realmente estabas huyendo –dijo Cat más seria.

–Algo así.

–¿De Baxter o de la situación?

–Él no me ha hecho ningún daño. Es sólo que no creo que yo deba quedarme.

–Puede que tengas razón. Yo admiro a mi hermano, tanto como hombre como médico, pero esto último que está haciendo es demasiado arriesgado. La idea de un matrimonio de conveniencia… Ya sé que Baxter tiene la idea de que ha de cumplir con una obligación, pero tiene que haber otras maneras de hacerlo. Y tú, evidentemente, te lo has pensado mejor.

–Sí.

¿Qué obligación? ¿Con quién? Con la tía que le debía haber dejado la herencia, supuso.

–Bueno, no te preocupes. No permitiré que te obligue a hacer nada. Por el momento, ¿por qué no almuerzas? Todos los demás han comido ya, pero te hemos dejado algo.

–Gracias –dijo ella y la siguió resignadamente a la cocina.

Allí las estaba esperando Morag, que le preguntó el nombre del perro.

–Se llama Henry –respondió Dee.

–Yo no llamaría así a mi perro. Lo llamaría Belle.

–Es también un bonito nombre.

–Yo quería un perro, pero mamá va a tener un hijo en su lugar.

–¿De verdad?

Cat se dio entonces una palmada en la barriga incipiente.

–Sí –dijo sonriendo–. Es mejor tener dos.

–Sí –dijo Dee educadamente.

–¿Tienes una hermana? –le preguntó Morag.

–No. Ni hermanos. Y tu mamá tiene razón es mucho mejor tener alguno. A mí me habría gustado.

–Oh. No importa. Tío Baxter y tú podéis tener montones de hijos.

Esta vez la que se quedó anonadada fue su madre.

–¡Morag! ¿Por qué dices esas cosas?

–He oído cómo le decías a papá que Dee no era demasiado joven como para casarse si ella quería.

–La verdad, deberías dejar de escuchar lo que decimos los adultos. Es por eso por lo que te confundes tanto. Sí, Dee puede casarse, pero no con tío Baxter –dijo Cat riéndose.

–¿Entonces con quién?

Buena pregunta, pensó Dee y esperó boquiabierta.

–Bueno, es sólo una posibilidad que Dee se case con Joseph.

–¿Con Joseph? –preguntó la niña sorprendida.

Dee se quedó igual de sorprendida.

–Pero puede que no suceda –dijo Cat viendo el ceño fruncido de Dee.

–¿Por qué no? A mí me cae bien Joseph. Me hace reír. ¿De qué color serían los niños?

–¡Morag! ¿Por qué no te vas al cuarto de baño?

–No necesito hacerlo.

–Vete de todas formas.

Sólo cuando Morag se hubo marchado, Cat continuó hablando.

–Realmente siento todo esto. Está obsesionada con los hijos en este momento y realmente no le puedo explicar lo de Joseph y tú. Quiero decir que, cuanto menos gente lo sepa, mejor. ¿Comprendes?

No, pero estaba empezando a comprenderlo.

–¿Cuándo expira el visado de Joseph? –preguntó.

–No estoy segura. Baxter lo trajo con un visado temporal estas navidades y, desde entonces, hemos tratado de que se quede como estudiante. Pero ha habido algunas complicaciones. Realmente pensé que estaba bromeando cuando dijo que había que buscarle una novia británica, pero está claro que no fue así.

–¿Por qué quiere ayudar tanto a Joseph?

–Les prometió a sus padres que lo cuidaría. Ambos murieron mientras trabajaban en el hospital que estaba llevando Baxter. Unas fiebres creo. Baxter también estuvo muy enfermo. Pero todo eso tiene sus compensaciones.

–¿Compensaciones?

–La fiebre lo dejó predispuesto a las infecciones. Es por eso por lo que dejó de trabajar allí.

–¿Cómo se siente él al respecto?

Cat se encogió de hombros.

–No se lo he podido preguntar. Pero me alegro de que haya salido de allí antes de que le volaran la cabeza. Tal vez ahora pueda sentar la cabeza y concentrarse en llevar una vida normal.

Dee se preguntó qué tendría en mente Cat para él, pero no se lo preguntó. No era asunto suyo.

Cuando reapareció Morag, Dee dijo:

–Si no te importa, me gustaría subir a echarme un rato.

–Sí, por supuesto.

Una vez en el dormitorio, sacó de la mochila ropa limpia y se metió en el cuarto de baño a lavarse. Cuando salió, limpia, arreglada y, por suerte, completamente vestida, se encontró con Baxter en la habitación.

–¿A dónde demonios ibas? –le preguntó él.

–Yo… a dar un paseo.

–¿Con una mochila llena de ropa? No me tomes por tonto.

¿A dónde ibas?

–No tengo ni idea. ¡A cualquier sitio lejos de aquí!

–¿Por lo de anoche?

Ella se ruborizó.

–Ya te dije que no volverá a suceder. ¡Sabe Dios por qué sucedió!

–¿Te resulto tan repulsiva? Bueno, gracias, eso me hace sentirme mucho mejor.

–No he querido decir eso. Debes saber que puedes hacer volverse algunas cabezas, incluso con ese corte de pelo y los aros en las orejas.

Baxter calló por un momento dándose cuenta por fin de lo que le había parecido diferente la noche anterior. Los aros habían desaparecido.

–De todas formas –continuó– el que seas atractiva o no, no es el asunto. El caso es que yo no soy tu padrastro. No persigo a chicas lo suficientemente jóvenes como para ser mis hijas.

Bueno, aquello era sincero. Demasiado. Dee se sintió rechazada más que aliviada.

–No fuiste tan escrupuloso anoche.

–No, no lo fui. Estaba cansado por el viaje y una semana muy dura. Prácticamente, acabo de aterrizar en la llamada civilización. Añade a eso un año de abstinencia y parece que me puedo comportar tan mal como cualquier otro hombre. No te estoy pidiendo que me perdones, sólo que me comprendas.

Oh, ella lo comprendía. Demasiado bien.

–Querías sexo para olvidarte de una semana dura y lo querías tanto como para olvidarte de la fecha que pone en mi certificado de nacimiento. Pero te quedaste helado cuando resulté no ser la chica fácil que pensaste que era… ¿Me he dejado algo?

–Realmente no fue así. Mis acciones fueron inexcusables, pero tampoco las planeé. Y nunca he pensado eso de ti.

Eso lo dijo con tanta sinceridad que aplacó la ira de Dee.

–¿De verdad?

–De verdad. De hecho, a pesar de no tener experiencia, me pregunto si sabes cuándo eres provocativa.

–¿Provocativa?

–Evidentemente no es algo que hagas intencionadamente.

Eres… bueno… Probablemente yo me llegue a acostumbrar, pero no te recomiendo que seas así con otros hombres, Se pueden equivocar. Bueno, ahora que parece que hemos llegado a una tregua, ¿crees que te puedes quedar?

–¿Sobre qué bases?

Estaba claro que ella no se lo iba a poner fácil, pensó Baxter. Tal vez debiera dejarla marcharse.

–Eres una chica sin techo, tienes una rodilla herida y no tienes medios para ganarte la vida. Yo diría que ésas son tres buenas razones para quedarte.

–Eso depende de lo que tenga que hacer.

–Ya te he dicho que lo de anoche fue…

–Eso no. Veamos primero la razón por la que me trajiste aquí.

Baxter frunció el ceño y ella tarareó la marcha nupcial.

–¿O es que ibas a esperar una o dos semanas para ponerme al corriente de tus planes?

–Te puedo asegurar que no hay ninguna razón para organizar un matrimonio de conveniencia entre nosotros.

–Oh, eso ya lo sé. Me refería a uno entre tu nativo de Kirundi y yo.

Si había intentado sorprenderlo, lo había logrado.

–No tengas tantos prejuicios. Mi amigo nativo es un joven muy inteligente que desciende de príncipes africanos.

Normalmente no te miraría dos veces a ti. Y, como ya te he dicho, me he olvidado de mis planes de matrimonio.

Dee pensó que era así porque no se fiaba de ella.

Seguramente era ilegal eso de casarse con alguien sólo para conseguir la ciudadanía británica.

–Yo no se lo diría a nadie –dijo ella.

–No es tan sencillo. Si te casaras con un residente temporal como Joseph, el Ministerio del Interior se te echaría encima.

No sería cosa de no decírselo a nadie, sino que tendrías que convencerlos de que el matrimonio es real, de que estás profundamente enamorada de un hombre al que apenas acabas de conocer, de que pretendes de verdad pasar el resto de tu vida con él…

–Puedo hacerlo. Bueno, si quisiera…

–Sí, te puedo imaginar haciendo de esposa devota. No creo que se lo tragaran, la verdad. No tienes nada de romántica.

–Ah, ¿y tú sí? El último de los grandes románticos. El donjuán escocés. Un experto en asuntos del corazón…

–De acuerdo, de acuerdo –dijo él levantando una mano–.

No soy precisamente una autoridad en eso. Ni siquiera te estaba criticando. Sólo estaba señalando un hecho, tú no eres de las que se quedan embobadas, así que no creo que supieras cómo actuar para que lo parezca. Y además, tendrías que aprenderte todos los detalles de la vida de Joseph, tendrías que pasar largos períodos de tiempo en su compañía y que te vean haciéndolo, tendrías que enfrentarte a los prejuicios raciales que surgieran, porque él es negro.

–No te entiendo –lo interrumpió ella–. ¿Por qué estás tratando de convencerme de que no lo haga cuando hace tres días querías pagarme un montón de dinero para que lo hiciera?

–Tú cambiaste de opinión, ¿recuerdas?

–La verdad es que no lo hice. El caso es que me dormí.

Cuando llegué al Continental, tú ya te habías marchado.

Él no pareció muy convencido.

–No me lo dijiste cuando te vi mas tarde.

–No, bueno, estaba demasiado ocupada con mi rodilla herida. Alguien me hizo un placaje de rugby.

–De paso, ¿cómo va?

–Bien.

–Lo dudo, después de tu escapada.

Tenía razón, por supuesto. Sentía palpitaciones en la rodilla. Pero no

estaba dispuesta a desnudarse para jugar a médicos con él.

–No quiero que me la veas.

–No iba a hacerlo, pero mañana vas a tener que ver a alguien. Le diré a Cat que te lleve a Linlithgow y así podrás tomar un tren a Edimburgo o más lejos, si quieres.

–¿Es eso lo que quieres?

Él agitó la cabeza.

–No estás lo suficientemente bien como para viajar o para dormir en el suelo. Y yo ya soy responsable de demasiadas personas.

Dee se preguntó qué significaba aquello y se atrevió a preguntarle:

–¿Es Joseph una de ellas?

Baxter dudó antes de responder.

–Sus padres. Se lo debo a ellos y, por lo tanto, a Joseph.

–Cat me dijo que habían muerto.

–Sí.

–¿De unas fiebres?

–Yo supervisaba un hospital que ellos llevaban. Las aguas se vieron contaminadas por un nuevo virus.

–Eso no parece que sea culpa tuya. Sobre todo si tú también enfermaste.

–¿Culpa mía? Tal vez no. Pero aun así, era el responsable.

Cuidar a Joseph es lo menos que puedo hacer.

–¿Por qué no me contaste la verdad en vez de hacerme creer que era por una herencia?

Para Dee, la verdad lo mostraba bajo una luz mucho mejor.

Baxter se encogió de hombros.

–Me pareció que te gustaba lo de la herencia… y fue realmente idea tuya.

Baxter se dirigió entonces al armario y se puso a vaciarlo.

–Puedes usar este armario –le dijo.

–No deberías molestarte. No tengo mucha ropa.

–Tu madre te puede mandar el resto de tus cosas. Me pidió mi dirección y yo se la di.

–Ayer yo creí que me llevabas de vuelta a Londres.

–Y lo estaba haciendo. Pero cambié de opinión.

Dee frunció el ceño.

–¿Por qué?

Baxter se lo pensó por un momento antes de decir:

–No tengo ni idea.

Dee lo miró sorprendida. No le había parecido que fuera un tipo impulsivo, sino frío y calculador.

–De todas maneras, tanto si las manda como si no –

continuó él–, vas a necesitar más ropa si pretendes quedarte

una temporada.

–Me las arreglaré –dijo ella, encogiéndose de hombros.

–Si el problema es el dinero, yo te puedo prestar algo.

Eso lo dijo como si nada, pero Dee siguió sintiéndolo como si fuera una obra de caridad.

–No aceptaré dinero de ti –dijo muy seriamente.

–De acuerdo, cuando sane tu rodilla, te lo podrás ganar.

–¿Cómo?

–No lo sé… ¿sabes cocinar?

La sugerencia no la ofendió, pero pensó que debía ser sincera.

–Bueno, podría intentarlo.

–De acuerdo, no es buena idea.

–Puedo limpiar.

Baxter pareció sorprendido.

–¿Lo harías?

–Bueno, no es la ambición de mi vida. Pero tampoco lo es pedir en las estaciones de metro.

–Tocar la flauta –la corrigió Baxter y eso la hizo sonreír–.

¿Cuál es?

–¿Qué?

–Tu ambición en la vida.

Dee se pensó la respuesta.

–No creo que la tenga. Sólo pensé en su momento que sería así. Ir a la universidad…

–Eso todavía puede ser posible. Tu madre me dijo que sacabas muy buenas notas en el colegio.

Dee se encogió de hombros. No era falsa modestia, sino que el colegio ahora le parecía algo muy distante.

–Cuando me instale en alguna parte…

Tal vez él lo vio como una excusa, porque le dijo:

–Joseph va estudiar a Edimburgo todos los días.

–Sí, bueno. Yo no me voy a quedar tanto tiempo, ¿no?

–No, probablemente no.

Luego, Baxter pareció cansarse de la conversación y añadió:

–Voy ahora a la ciudad a devolver el coche. ¿Quieres algo?

¿Jabón? ¿Pasta de dientes? ¿Cosas de chicas?

–Un billete de ida a Londres –dijo ella dignamente.

Baxter no se rió.

–Sí, si es eso lo que quieres –respondió fríamente–. No eres una prisionera aquí.

Baxter se lo estaba poniendo fácil. No iba a necesitar más intentos fallidos de escapada. Él la llevaría. Incluso le compraría el billete.

Entonces, ¿por qué dijo?

–Me quedaré uno o dos días, si no te causa molestia.

–No me la causa.

Eso lo dijo con total indiferencia y se marchó.

Momentos después, Dee se asomó a la ventana y lo vio salir de la torre con su sobrina.

Mientras jugaban, Dee se percató del cariño que se tenían, Cat la instaló luego en su asiento de niño en el Volvo y siguieron a Baxter a la ciudad. Posiblemente, habían ido para traerlo luego de regreso después de dejar el coche.

Ya sola, Dee se tumbó en la cama, estaba cansada de nuevo, pero no se pudo dormir, así que trató de no pensar en nada.

Pero no sirvió de nada, no podía dejar de pensar en ese hombre.

Baxter no le había hecho ningún favor, por su culpa se había dañado la rodilla y casi había terminado con la poca autoestima que le quedaba. A cambio, le había ofrecido la posibilidad de ganar un dinero haciendo algo que era indudablemente ilegal y con lo que se podía arriesgar a una sentencia de cárcel.

Más que un Sir Galahad, parecía un caballero con una armadura herrumbrosa.

Entonces, ¿por qué estaba ella tumbada allí, cuando sólo hacía tres días que lo conocía, la mayoría de los cuales los habían pasado discutiendo, con la absoluta convicción de que había conocido al hombre con el que quería estar el resto de su vida?

Era una locura. Estaba loca. Y a él, ella no le importaba lo más mínimo.

¡Perfecto!

Capítulo 9

DEE SE quedó dormida y fue despertada por la tarde por Cat. Iban a servir la cena en el gran salón. Habría rechazado la invitación si no hubiera sido por el hambre que tenía.

El gran salón hacía honor a su nombre. Era una habitación enorme, con una chimenea igual de enorme, confortablemente amueblada. Todos los demás ya estaban sentados a la gran mesa de roble.

Tal vez aquel era el comportamiento habitual de Baxter.

Aparecer con una chica cualquiera en casa, tener una aventura sin ataduras y luego adiós.

Dee se dijo que aquello no era asunto suyo, pero se pasó la mayor parte de la cena pensando en qué clase de mujer sería la compañera habitual de él. ¿Madura? ¿Sofisticada?

¿Experimentada? Probablemente las tres cosas, además de hermosa e inteligente. ¿Qué posibilidades tenía ella?

Ninguna.

Baxter apenas la miró durante la cena y ella trató de no mirarlo a él. Mantuvo silencio para no atraer la atención sobre ella, lo que le resultó muy fácil, ya que Cat y Morag no paraban de hablar e incluso Ewan lo hacía cuando le dejaban.

Terminó la cena y Morag se quedó dormida en el sofá cerca de la chimenea. Entonces Cat le dijo a ella:

–Estás muy callada, Dee. ¿Te duele la rodilla?

–No, estoy bien. Gracias.

–Es posible que nos encuentre un poco demasiado habladores –intervino Ewan.

–Un poco…

–¿Cómo es tu familia? –le preguntó Cat.

Dee hizo una mueca. ¿Cómo podía describir a su familia?

¿Como no existente?

Baxter respondió por ella.

–Disfuncional.

–Oh.

Cat trató de no mostrarse curiosa, pero no lo pudo evitar y le preguntó:

–¿Llevas mucho tiempo fuera de tu casa?

–Una temporada.

Baxter no compartía sus reservas para hablar de su familia.

–Dee se marchó en Semana Santa y lleva sin hogar desde entonces.

–¡Oh, cielos!

–Ha estado durmiendo en portales y casas abandonadas.

–¡Que horror!

Cat y su marido la miraron.

Dee miró a Baxter con el ceño fruncido.

–¿Por qué no les cuentas lo de que he estado pidiendo y robando? ¡Eso para no mencionar mi experiencia como prostituta!

Dos bocas se abrieron completamente mientras que una tercera se quedó rígida.

Baxter la miró duramente, pero ella no le hizo caso.

–Cuéntales la verdad –le ordenó él.

–Tú eres el que tiene diarrea verbal, cuéntaselo tú. Y

mientras lo haces, ¿por qué no sacas el violín y te acompañas con él?

Luego se levantó de la mesa y, con toda la dignidad que pudo, se dirigió a la puerta.

–¿A dónde vas? –le preguntó Baxter poniéndose en pie también y sin hacer caso de las miradas de extrañeza de su familia–. Si te crees que voy a correr tras de ti otra vez…

–Voy a fregar los platos. Es en eso en lo que hemos quedado, ¿no? En que limpiaría a cambio de mi estancia.

Dee no esperó contestación y cojeó hacia la cocina para hacer lo que había dicho.

Llena de indignación, estaba poniendo todo en el mismo sitio cuando apareció Cat.

Dee casi se había esperado a su hermano y la miró de una forma fiera. Cat levantó las manos como para defenderse.

–No dispares, sólo soy la mensajera. Mi hermano dice que no puedes fregar los platos con esa rodilla mala.

–¡Me lo puede decir él mismo, si es eso lo que quiere!

–Creo que sigue contando hasta diez –respondió Cat mientras se ponía a secar los platos–. De hecho, hace mucho tiempo que no lo veía tan enfadado.

–¡Muy bien! –dijo ella perdiendo un poco de su furia–.

Supongo que crees que me estoy comportando mal.

–Bueno, si es así, me imagino que es porque tienes tus razones.

–Es sólo que no me gusta que hable de mí como si fuera un chucho abandonado que haya recogido. Yo no le pedí ayuda.

Me iba muy bien y él prácticamente me raptó.

Cat frunció el ceño entonces.

–¿No estuviste de acuerdo en casarte con Joseph entonces?

–No. Bueno, algo así… Él nunca me habló de Joseph. Yo pensé que era él el que se quería casar.

–¿Él? ¿Te refieres a Baxter?

–Sí.

–¿Y no te importó eso?

–No.

–Muy bien…

Cat asintió como sabiendo lo que le estaba diciendo.

Dee tardó un momento en darse cuenta de la impresión que debía haber dado.

–No porque me gustara ni nada parecido –dijo rápidamente.

Cat no pareció nada convencida y Dee decidió que ya era hora de que supiera la verdad, así que le contó toda la historia.

Cuando terminó, Cat agitó la cabeza incrédulamente.

–No sé quién está más loco, tú o mi hermano. ¿No te preocupó ir por ahí con un completo desconocido? Me refiero a que yo sé que Baxter nunca se aprovecharía de ti, pero tú no lo sabías.

Dee supuso que aquello había sido una verdadera locura, pero nunca se había sentido amenazada físicamente por Baxter. Incluso la noche anterior, cuando las cosas casi se les habían escapado de las manos, él se había comportado honorablemente.

–Al principio, cuando nos conocimos, yo creí que era gay.

Eso hizo reír a Cat.

–¿Baxter? ¿Gay? Bueno, como soy su hermana, no estoy muy al tanto de las intimidades de sus relaciones, pero ciertamente ha habido más de una mujer compartiendo con él esa cama con dosel.

–De acuerdo, ahora parece tonto. Pero me dijo muy claro que no le interesaban las jovencitas y yo me equivoqué.

–Me imagino que estaba tratando de darte seguridad.

–Bueno, podría haber sido más sincero, en vez de dejarme creer lo que yo quería.

–Oh, así es él. Nunca habla de su vida privada.

–Pero sí de la de los demás.

–Estoy segura de que no ha querido ofenderte al hablarnos de ti –dijo Cat.

–Lo ha hecho para que así supierais quién era yo. Su buena obra del día.

Eso lo dijo denotando tal dolor que debió revelar más de lo que pretendía, ya que la expresión de Cat cambió.

–Dee… No te habrás enamorado de mi hermano, ¿verdad?

–No, por supuesto que no –mintió ella ruborizándose–. No seas tonta. Es ridículo, quiero decir… ¡Es un viejo!

Eso último lo dijo remarcándolo mucho para despistar a Cat.

Evidentemente tuvo éxito, ya que Cat suspiró aliviada y sonrió. Entonces, alguien se aclaró la garganta detrás de ellas.

–Baxter –dijo Cat volviéndose–. Estábamos hablando de ti.

–Ya lo he oído –respondió él mirándolas a las dos.

–Alégrate, hermanito. Imagínate cómo me siento yo, si tú eres un viejo, yo debo ser antediluviana. De todas formas, Dee sólo ha querido decir que eres demasiado mayor para ella, eso es todo.

Cat se rió, esperando que alguno de los dos la imitara, pero se limitaron a mirarse.

–Eso es lo que tú dijiste –dijo Dee por fin, poniéndose a la defensiva.

–¿Desde cuándo haces caso a lo que yo te digo? No debería estar de pie sobre esa pierna –le dijo a su hermana–.

¿No se lo has dicho?

–Vamos, Baxter, alegra esa cara…

–¿Lo has hecho?

–Sí, lo ha hecho –intervino Dee–. Así que deja de meterte con ella y hazlo conmigo, si es que le quieres gritar a alguien.

–Muy bien, lo haré. ¡Si insistes en ser salvaje, descuidada y estúpida, entonces no me culpes a mí si tu maldita pierna se te gangrena y se te desprende!

–¿Se me desprende? Dígame doctor, ¿es ése un nuevo término médico? Suena muy técnico.

–¿Quieres un diagnóstico exacto?

–No, porque no lo creería tampoco.

Ambos se olvidaron de que tenían una espectadora hasta que Cat dijo:

–Segundos fuera. Terminó el asalto. Volved a vuestras esquinas, por favor. ¿Qué os parece si decidimos esto por medios más racionales?

Su hermano la miró ferozmente por intervenir.

–Díselo a ella entonces. Es demasiado cabezota como para hacerme caso a mí. Tiene que intentar que esa rodilla se le cure a no ser que quiera quedarse coja para siempre.

–¿Has entendido eso? –le dijo Cat a Dee.

–Sí. Y, por favor, ¿podrías tú decirle a tu hermano que eso no es asunto suyo? No es mi médico y no quiero su imitación de preocupación.

–Dice que…

–¡Ya lo he oído! ¡Y menos mal que no soy su médico, porque no conozco la cura para la estupidez terminal!

Con eso se marchó y Cat y Dee se quedaron allí mirándose.

Cat parecía más intrigada que molesta.

–Ciertamente sabes qué hacer para que mi hermano pierda su frialdad.

–Supongo que tú estás de su lado –dijo Dee sintiendo lástima por ella misma.

–Normalmente sí. Pero en este caso creo que me quedaré en terreno neutral. Dicho esto, tal vez debieras descansar esa pierna. Yo puedo terminar con los platos antes de marcharme.

–Muy bien. Tal vez me acueste pronto.

–Buena idea –dijo Cat sonriendo–. Las cosas siempre se ven más claras por la mañana, pero si necesitas a alguien con quien hablar, llámame y vendré.

–Gracias, pero estaré bien. Me limitaré a ignorarlo.

–Hazlo –dijo Cat cuando ella cojeó hacia la puerta.

Ignorar a Baxter parecía imposible, pero resultó relativamente sencillo. Se metió en la cama, estuvo dando vueltas unas horas y luego se quedó dormida como un tronco.

Para cuando se despertó, Baxter se había marchado.

Supo que estaba sola en la torre antes de encontrar su nota en la cocina.

Nada de «querida Dee» ni «querida nada», sólo decía que iba a la universidad y que volvería por la tarde, que se las arreglara sola.

También le había dejado cinco billetes de veinticinco libras. Suficiente para comprar ropa, pero también para un billete de tren. La elección era toda suya.

Así que decidió dejar el dinero donde estaba y recorrer su nueva residencia. Empezó por fuera y así le dio un paseo a Henry.

El jardín, si se podía llamar así, estaba con la hierba bastante descuidada. Fuera había tres edificios, uno era un garaje y otro estaba cerrado. Por la ventana vio lo que debía de

ser un pequeño velero cubierto por una lona. El tercero era donde se guardaban las herramientas de jardinería.

Volvió a la casa y se dedicó a explorarla.

El dormitorio que estaba utilizando Baxter tenía las paredes húmedas y una cama simple de aspecto desastrado.

Se sentó en ella y descubrió que se hundía por el centro. Se tumbó y le quedaba corta. Ella era alta, pero Baxter lo era mucho más. Se dijo a sí misma que nadie le había dicho que le dejara su habitación, pero siguió sintiéndose igual de culpable.

Le hizo bien la cama y recogió la ropa que se había dejado desparramada por toda la habitación.

Luego subió más aún hasta que se encontró realmente en lo más alto de la torre. Como no tenía vértigo, se quedó allí un rato, disfrutando

del sol en la cara y de la magnífica vista que tenía desde allí.

Se preguntó si él habría comprado la torre o la habría heredado. Ciertamente entraba en la categoría de los lugares poco habituales donde vivir. Pero lo cierto era que no había nada habitual en Baxter Ross. Supuso que ese aislamiento iba bien con su carácter, aunque, por lo que le había dicho su hermana, tampoco rechazaba la vida social.

De nuevo pensó en la clase de mujeres que le podían gustar. ¿Compañeras de trabajo? ¿Intelectuales? ¿O sólo que estuvieran vivas cuando se produjo el primer paseo lunar?

Más tarde, cuando oyó pasos en la entrada, pensó inmediatamente que era él, pero cuando se abrió la puerta, sus esperanzas se desvanecieron.

–No tengas miedo –dijo el joven cuando vio su expresión–.

Yo soy Joseph Olungu, soy amigo del doctor Baxter.

–Sí, lo sé. No tenía miedo, sólo pensé que serías otra persona.

–Lo siento, tal vez debiera haber llamado al timbre.

–No seas tonto, tú vives aquí. Baxter se ha ido a Edimburgo y estará de vuelta por la noche.

El chico asintió.

–Me he quedado en casa de un amigo. El doctor dejó un mensaje diciendo que había vuelto, así que he vuelto rápidamente.

Por la forma en que hablaba se le notaba el respeto que le tenía a Baxter.

–Espero que no esté enfadado.

–No creo. De paso, yo me llamo Dee. ¿Te ha hablado Baxter de mí?

Joseph agitó la cabeza.

–¿Te vas a quedar tú también ahora?

–Por una temporada.

–Eso está bien –dijo el chico con rostro solemne–. El doctor trabaja duramente. Necesita una mujer en su casa.

Dee frunció el ceño preguntándose lo que significaba aquello. Estaba claro que Joseph no sabía que la habían destinado a ella a ser su mujer, no la de Baxter.

–He comprado comida para hacer un plato africano –dijo Joseph–. Al doctor Baxter le gusta. Pero si quieres cocinar tú…

–¡No! No sé cocinar.

Joseph la miró extrañado.

–Y no soy la mujer de Baxter. Me está permitiendo quedarme aquí porque me hice daño en una pierna, eso es todo.

–Sí, así es Baxter. Es un gran hombre. En Kirundi lo llamaban *Le Médecin du Ciel*.

–¿El Doctor del Paraíso?

–Del cielo –la corrigió Joseph y luego sonrió–. A pesar de que mucha gente pensaba que también venía del paraíso cuando llegaba en helicóptero. Mi familia sabía que no era así, por supuesto. Somos gente educada. Mi tío estaba en el gobierno y mi padre también era médico.

Dee le ofreció un café.

–Si tú quieres…

Dee se dio cuenta de que ese chico debía hablar francés como segundo idioma y de que le estaba costando hablar inglés, así que sirvió los cafés y se sentó delante de él en la mesa.

–¿Preferirías que habláramos francés? Me falta un poco de práctica, pero lo estudié en el colegio.

–No, gracias. Debo practicar mi inglés por si me dejaran estudiar aquí.

–¿Qué querrías estudiar?

–Medicina.

A Dee eso no le sorprendió nada.

–Pero tal vez no me pueda quedar –dijo Joseph seriamente.

–¿Qué harás si tienes que regresar a tu país?

–Es difícil –añadió él–. Creo que no tendré otra opción más que luchar.

Luego, Dee escuchó cómo Joseph le contaba los pormenores de la guerra civil que estaba asolando su país, una vez próspero. No le extrañaba que Baxter quisiera mantenerlo a su lado.

Sus propios problemas le parecieron insignificantes. De hecho, empezó a preguntarse si realmente tenía alguno. Tenía un techo sobre la cabeza y comida suficiente. Tenía bastantes opciones también. ¿Y Baxter Ross? Bueno, cualquier sentimiento que tuviera por él seguramente serían imaginaciones suyas.

Se recordó eso a sí misma más tarde, cuando Baxter volvió para el festín que había preparado Joseph con ayuda de ella. El corazón le latía a toda velocidad, pero debía de ser cosa de los nervios.

Observó a los dos hombres saludarse con grandes sonrisas y el mismo abrazo que se habrían dado padre e hijo.

Luego, esperó a que él la mirara duramente.

Pero no lo hizo. Lo de la noche anterior había sido olvidado o perdonado. Cuando la miró por fin, lo hizo con aire de preocupación.

–¿Estás bien? –le preguntó tranquilamente.

–Sí.

Eso era una mentira. Mientras lo miraba el pulso se le aceleraba cada vez más, como un tren expreso. Vio llegar el choque, pero no quiso apartarse a un lado.

Si aquello era sólo cosa de su imaginación ¿por qué le parecía tan real, tan doloroso lo que sentía por él?

Capítulo 10

DEE ESTABA sentada en la borda del barco con la mano en el agua. Tenían buen viento y el barco iba bastante deprisa por el estuario, Baxter iba a la caña.

La sorprendió cuando él le preguntó si quería acompañarlo a navegar.

También se lo había preguntado a Joseph, pero el chico no sabía nadar.

Lo cierto fue que, cuando se lo pidió a ella, el corazón le dio un vuelco.

–¿Quieres llevarlo tú un rato?

No, lo que ella quería era mirarlo a él, pero no se lo podía decir.

–Sí, de acuerdo.

Luego intercambiaron posiciones en el barco.

Tomó la caña y se concentró en dirigir el barco. Fue él quien la miró a ella entonces y Dee se ruborizó.

Pero el interés de él era puramente profesional.

–¿Sigues tomándote las pastillas de hierro que te prescribió Alan? –le preguntó.

–Sí.

Alan era el médico local y un viejo amigo de Baxter.

–La verdad es que tienes un aspecto más saludable. Tal vez puedas dejar de tomar las pastillas pronto.

¿Y marcharse?

Baxter vio cómo su expresión se oscurecía.

–¿Te pasa algo?

–No. Sólo estaba pensando que ya es hora de que me vaya.

–¿Qué? –preguntó él sorprendido.

Dee deseó volver atrás en el tiempo.

–Yo… yo…

–Si eso es lo que quieres, no te puedo detener. ¿Tienes algún sitio en mente a donde ir?

–Ninguno en especial. A un albergue en Edimburgo, tal vez.

–¿Con Henry? ¿Y qué harás para ganar dinero?

Dee lo miró tristemente, miró adelante y entonces vio al crucero que se dirigía hacia ellos.

–¡Ayuda! ¿Por dónde?

–A babor –dijo él soltando la escota al mismo tiempo para reducir la velocidad del barco.

–¿Babor?

Dee se quedó helada por un momento.

Él se acercó para ayudarla, pero entonces, con el movimiento, sucedió lo inevitable, el barco escoró y ambos terminaron en el agua.

Dee estuvo bajo el agua tal vez treinta segundos antes de emerger de nuevo. No tuvo tiempo siquiera de tener miedo.

Baxter estaba allí a su lado, agarrándola fuertemente por la cintura.

–¿Estás bien? Te tengo.

Ella asintió y murmuró:

–Lo siento.

No estaba muy segura de lo que había pasado, pero sí de que había sido culpa suya.

–Estas cosas pasan. Ahora hay que sacarte del agua.

Dee no discutió, pero le agradeció que la empujara a bordo antes de subir él también.

Luego, cuando lo vio vaciarse los zapatos de agua, no pudo evitarlo y se echó a reír.

Por suerte, él también lo vio por el lado divertido y se rieron juntos.

Lo cierto fue que ese incidente no la acobardó para seguir navegando, aunque la siguiente vez que salieron estaba lloviendo a mares y terminaron tan empapados como la primera.

Baxter admiró su resistencia aunque Cat dijo que los dos estaban locos.

De cualquier manera, no se volvió a hablar de su marcha.

Cat decía bromeando que Baxter la estaba manteniendo allí para asustar a posibles novias que supieran que ahora él estaba disponible a tiempo completo. Era posible. Una mujer había llamado unas cuantas veces los primeros días de su estancia allí, pero por lo que sabía Dee, él no había salido con ninguna en ese intervalo.

Sus vidas cayeron gradualmente en una rutina. Baxter se iba diariamente a trabajar a Edimburgo en su viejo Range Rover y Joseph a veces lo acompañaba y a veces iba en moto si iba a pasar la tarde con sus amigos. Dee se quedaba en casa con Henry, limpiando y caminando por las colinas ahora que su rodilla se lo permitía y a veces acompañaba a Cat y Morag a Edimburgo de compras o para las visitas de Cat al ginecólogo.

No era una mala vida. De hecho era magnífica, comparada con la que ella solía llevar en las calles de Londres. A pesar de que la torre estaba aislada, era un lugar tranquilo más que

solitario. Tocaba la flauta para entretenerse, leía mucho y se pasó algún tiempo leyendo folletos de centros de estudios locales.

La verdad era que le gustaba vivir en esa especie de limbo por el momento. Los días pasaban agradablemente y Baxter estaba siempre en casa a las seis y media. Las veladas seguían la misma pauta. Resultó que él era un hombre moderno. Sabía cocinar, así que era él quien lo hacía y Dee le ayudaba en lo que podía. A Joseph, cuando estaba en casa, se le excusaba de hacer las tareas domésticas para que pudiera estudiar, ya que esperaba ir a la facultad de Medicina si conseguía el estatus de refugiado.

Después de cenar se iban a dar un paseo o jugaban al ajedrez. Baxter y ella jugaban casi igual, pero Joseph podía ganarles a los dos. O eso o se sentaban y charlaban de todo.

Los fines de semana empezaban los viernes, cuando Baxter la llevaba al supermercado. Las primeras veces, ella hizo una lista, pero Baxter decía que eso rompía el placer de la improvisación y las siguientes lo hicieron a su manera. Los sábados los pasaban navegando, a no ser que Morag insistiera en que la llevaran al zoológico o al cine.

Estar tan juntos no la ayudaba en nada a olvidarse de lo que sentía por él. Si hubiera sido un tipo desagradable y aburrido, sí habría resultado, pero no lo era. Baxter era un hombre inteligente y divertido, la persona más agradable que había conocido en su vida.

Sabía lo que era importante y no se preocupaba por las cosas que no lo eran.

De hecho, era su alma gemela.

Y el problema estaba en que sólo ella lo reconocía.

Baxter no parecía verla más que como la chica delgada con el cabello corto y los muchos aros en las orejas, a pesar de que el cabello rubio le había crecido, ya no llevaba los aros y había engordado, de forma que casi todos los demás hombres la miraban.

¡Como deseaba ser mayor! De todas formas, cuando se acercó su cumpleaños, no se lo dijo a nadie. Mayor no era tener dieciocho años y no quería recordarle a él la diferencia de edades.

Pero él lo descubrió de todas formas al día siguiente. Era sábado y Baxter recogió el correo, que dejó sobre la mesa del desayuno.

–Esto es para ti –le dijo a ella, dándole un gran sobre amarillo.

Por la forma, ella supo lo que debía ser y una mirada al remite le dijo quién lo había mandado.

Como no hizo nada por abrirlo, Baxter le dijo:

–¿No será tu cumpleaños?

–No, lo fue ayer.

–No lo sabía –dijo Joseph–. Feliz cumpleaños, Deborah.

Baxter la miró con el ceño fruncido.

–Gracias –dijo ella.

–Sí, que cumplas muchos más –dijo Baxter secamente y luego le señaló el sobre–. ¿No lo vas a abrir?

–Sí, bueno…

Sacó una tarjeta con un gran 18 impreso. El mensaje que había no era precisamente cálido, sólo decía: *Te quiero.*

Tu madre.

Nada de invitaciones para que volviera a casa. El talón que incluía, supuso, era una compensación.

–¿Tu padrastro? –le preguntó Baxter.

–No, es de mi madre. Junto con esto.

Le mostró el talón. Sintió que debía hacerlo. Él la estaba dejando quedarse allí porque no tenía dinero. Quinientas libras cambiaban la situación.

–Está bien. Me alegro por ti.

–Bueno, por lo menos ya no estoy en la ruina –respondió ella.

Esperó por si él le decía algo. Como: «¿por qué no usas ese dinero para marcharte?»

Pero en vez de eso, la miró preocupado.

–Por una semana o así.

–¿Te crees que me lo voy a gastar así como así?

–¿Por qué no? Para eso es para lo que sirve el dinero… por lo menos cuando se tienen dieciocho años. Nos puedes invitar al pub esta noche para celebrar que ya puedes beber alcohol.

–Sí, de acuerdo. Ah, no. Me olvidaba de que tu hermana me ha pedido que haga de niñera esta noche.

Él hizo una mueca.

–Y no te puedes negar, supongo.

Dee deseó poder hacerlo. Ir al pub con Baxter y Joseph no era precisamente tirar la casa por la ventana, pero por lo menos sería como marcar el cambio de edad. Se había pasado el día anterior sintiendo lástima por ella misma.

–Os puedo invitar mañana por la noche –sugirió.

–Por mí está bien –aceptó Baxter.

–Y por mí –añadió Joseph.

–Es una cita entonces –confirmó Baxter.

Una cita. Dee deseó que esas palabras fueran ciertas. ¿Pero cómo se sentiría ella si él tuviera una cita con otra? Y podía suceder muy pronto. Cat le había dicho que era raro en él no tener compañía femenina. ¿Y si la llevaba a casa? ¿Y si se acostaba allí con ella?

Dee cerró los ojos ante ese pensamiento. Cuando los volvió a abrir, vio a Baxter muy serio mirando un sobre oficial.

–Ministerio del Interior. Sospecho que es el resultado de tu recurso –le dijo a Joseph.

El joven tragó saliva.

–Léelo, tú, por favor.

Dee se puso tensa también. Observó a Baxter mientras leía la carta. No parecía que fueran buenas noticias.

Joseph debió imaginárselo también. Cuando habló, lo hizo en un idioma desconocido que Dee supuso era el de su país natal.

Baxter le respondió en el mismo idioma. Su rostro era grave, sin falsas esperanzas.

Joseph estaba claramente luchando con fuertes emociones.

En vez de mostrarlas, se levantó y abandonó la habitación.

El primer impulso de Dee fue seguirlo, pero Baxter la sujetó por el brazo.

–Joseph viene de una gente muy orgullosa. No te agradecería que lo vieras preocupado.

–¿Era eso? ¿La última posibilidad que tenía de quedarse?

Baxter asintió. Le dan un par de meses de gracia para prepararse a ser deportado.

–Tenemos que ayudarlo –dijo.

Entonces, se dio cuenta de que ella sólo podía hacer una cosa para ayudarlo y añadió.

–Dee quiere.

Baxter la miró, pero permaneció en silencio. Ella se preguntó si habría

entendido la alusión literaria.

–Es de Dickens, Barkis quiere. Significa…

–Ya sé lo que significa. Pero no lo encuentro gracioso.

–No he querido que lo sea. Lo haré… es por eso por lo que estoy aquí, después de todo.

Él la miró brevemente, pero si Dee se había esperado que se mostrara agradecido se había equivocado.

–No, ya no es así –dijo él levantándose–. Tengo que hacer algunas llamadas y luego me marcharé.

Dee se sintió un poco herida. Había sido idea de él que Joseph se casara con una ciudadana británica, pero cuando llegó el momento, Baxter no había confiado en ella. ¿Se creía que lo iba a estropear todo y los iba a traicionar?

Más tarde, Dee se acercó a la habitación de Joseph con un sandwich para él. A pesar de todo, él seguía estudiando.

–Joseph, ¿te ha dicho Baxter por qué me trajo aquí? –le preguntó directamente.

–Porque tenías la pierna mal.

–Sí. ¿Te ha hablado alguna vez del matrimonio como solución a tu problema?

–¿Casarme con una ciudadana británica? Bromeó al respecto una vez, pero no es posible. No conozco a nadie con quien casarme.

Estaba claro que nunca la había tenido en cuenta a ella como candidata, lo mismo que ella tampoco lo había hecho últimamente. Sólo había un hombre con el que se podía imaginar casándose, pero eso era una fantasía. Y esto la realidad.

Respiró profundamente antes de decir:

–Me conoces a mí.

Joseph la miró inseguro, luego decidió que debía ser humor británico y se rió.

Dee no le acompañó.

–Lo he dicho en serio.

–No te puedes casar conmigo. Baxter no lo permitiría, creo. Tú eres su *chére amie*.

¿Querida amiga? Se preguntó qué querría decir eso en su país. ¿Amante? No, eso sería *amour*.

–¿Qué te hace decir eso? –le preguntó riéndose como si fuera una tontería.

–Me doy cuenta de la forma en que lo miras. Y de cómo te mira él a ti. Tal vez debieras pedirle que se case contigo.

–¿Qué? ¿Es así como sucede en Kirundi? ¿La mujer se lo pide al hombre?

–No, allí somos muy tradicionales. El hombre se lo pide al padre de la novia y, a cambio, le da unas cabras. Pero en Gran Bretaña la chica puede elegir. ¿Tú no quieres a Baxter?

Dee no se había esperado una pregunta tan directa y se ruborizó.

–Lo siento. No he querido ofenderte.

–No lo has hecho. Pero es que eso no es una opción. De hecho, fue sugerencia suya al principio que me casara contigo.

Joseph pareció sorprendido y luego agitó la cabeza. No comprendía a los europeos. Le caían bien, pero a veces no tenían sentido para él.

– *Tu es trés gentil* –respondió en francés–. *Je ne sais*… No sé qué decir, pero debo preguntarle al doctor.

Dee supuso entonces que cualquier matrimonio debía contar con la cooperación de Baxter.

Se dijo a sí misma que no le importaba lo que él pensara, pero se sintió aliviada cuando Ewan la fue a recoger para que hiciera de niñera de Morag. Como Cat la había invitado a quedarse a dormir en su casa, pensó que, si Joseph hablaba con Baxter esa noche, por la mañana él se habría calmado lo suficiente.

Dee ya se había quedado a cuidar a Morag muchas veces y le había tomado cariño a la niña. Jugaron al monopoly y luego

la acostó y le leyó unos cuentos para que se durmiera. Luego, ella se

sentó en un sillón y se puso a pensar en los efectos que tendría la propuesta que le había hecho a Joseph en Baxter.

Se había quedado dormida en un sillón cuando la despertaron llamando a la puerta.

–Un momento –dijo mientras la abría con la llave.

Se la había dejado en la cerradura, así que pensó que era por eso por lo que Ewan y Cat no podían entrar.

Pero no eran ellos, sino Baxter, que entró de repente hasta el salón. Una vez allí, la recorrió con la mirada y ella recordó que seguía utilizando una de las camisas de él como camisón.

Pasó al ataque antes siquiera de que ella tuviera la posibilidad de respirar.

–¿Tienes idea de para qué es esto? –le preguntó él echando la cadena a la puerta

–Sí.

–¿Y sabes cómo funciona?

–Por supuesto.

–¡Pero sigues abriendo la puerta semidespierta y semidesnuda!

Dee se llevó las manos al cuello y se dio cuenta de que llevaba la camisa abierta.

–Pensé que eran Ewan y Cat.

–Podría haber sido cualquiera.

–Sí, de acuerdo.

Dee dejó de defenderse. Él tenía razón, había sido una descuidada.

–¿Qué es lo que quieres?

–¿Tú qué te crees que quiero?

Una pelea, pensó ella por la expresión de su rostro y trató de imaginarse qué era lo que había hecho esa vez.

–Joseph –suspiró por fin.

–Sí, Joseph. ¿Qué otra cosa podría ser?

Dee se encogió de hombros, como si aquello sólo fuera algo entre otras muchas cosas.

–¿Hay algo más? –le preguntó él.

–¿Quién sabe? Tú desapruebas casi todo lo que yo hago…

–Eso no es cierto –dijo él agarrándola por un brazo cuando pensó que se iba a alejar–. ¿A dónde te crees que vas?

–A la cocina. A no ser que quieras despertar a Morag con tus gritos.

–¡Yo… no estoy gritando! Muy bien, vamos a la cocina.

Dee se vio arrastrada hacia allí y también empezó a enfadarse.

Se colocó al otro lado de la mesa y se sirvió un vaso de agua. Él hizo lo mismo, pero de whisky.

Se lo bebió como si lo necesitara y luego la miró fijamente.

–¿Quieres uno tú?

–No bebo alcohol.

–Así que eres abstemia –dijo él sirviéndose otro–. O es que tal vez no hayas tenido tiempo para tomarle el gusto… ¿qué es? Han pasado ya cuarenta y ocho horas desde que puedes beber legalmente.

–Ya me he emborrachado antes. Pero no me gustó.

–¿Qué te pasó?

–Nada.

Nada aparte de que su vida cambiara para siempre.

–¿Y esta tarde? ¿Qué ha pasado?

–¿Con Joseph?

–Sí, con él. A no ser que te hayas ofrecido a otro más hoy.

–No que recuerde.

Dee vio como él apretaba con fuerza el vaso.

Pero no tuvo miedo. No físicamente. Había vivido con él el tiempo suficiente como para saber algunas cosas. Nunca le haría daño.

–¿Es esto alguna clase de juego para ti? –le preguntó él–.

Para conseguirme a mí a través de Joseph.

Dee frunció el ceño. No entendía nada.

–No veo que esto tenga nada que ver contigo. Es con Joseph con quien me voy a casar.

–¿Por el dinero? ¿Es por eso? Porque si lo es…

–¡Te puedes guardar tu dinero!

–¿Entonces por qué?

–¿Importa eso? Lo que importa es lo que piensen los demás. ¿Y quién va a decir que yo no me haya enamorado de él? Llevamos viviendo en la misma casa el tiempo suficiente.

Dee pensó que eso podía ser un escenario convincente.

Demasiado convincente, tal vez, porque Baxter le dijo:

–¿Me estás diciendo que lo has hecho?

–¿Qué?

–Enamorarte.

Dee se sintió ruborizar. Oh, sí que lo había hecho, pero no de Joseph.

–No, por supuesto que no. Ya te dije que no creo en esas tonterías.

–Entonces, ¿por qué lo vas a hacer si no es por el dinero?

–Usa la imaginación.

El hecho estaba en que ella sí había usado la suya y había visto a Joseph con un Kalashnikov en las manos y la mirada

muerta, como la de otros jóvenes que había visto en los noticiarios.

–Fue idea tuya, ¿recuerdas? –le dijo.

Las facciones de él se oscurecieron.

–Entonces no te conocía.

–Y ahora sí y no confías en que lo pueda hacer bien. ¡Muy bien! Dejemos que le vuelen la cabeza a Joseph en vez de arriesgarnos.

Dee lo dijo como punto final y luego se dirigió a la puerta.

Pero él la interceptó y la hizo volverse.

–¡No es una cuestión de confianza, maldita sea!

–¿Y de qué lo es?

–¿No lo sabes?

La miró fijamente como acusándola de algo.

–No lo sabes, ¿verdad? –añadió él menos enfadado–. No te puedes casar con Joseph.

–De acuerdo, encuéntrale otra. Tal vez alguna de tus ex novias lo pueda hacer.

–No seas absurda.

–Por supuesto, se me olvidaba. Son demasiado viejas para Joseph.

–¿Te refieres a que tienen mi edad?

–Lo que quieras.

–Treinta y cuatro, ¿de verdad piensas que eso es ser muy mayor?

–Era una broma… –dijo ella tratando de apartarse.

Pero Baxter no se lo permitió.

–Pero lo sigues pensando, ¿no?

–No, tú eres el que lo cree –dijo ella, ya cansada de estar a la defensiva–. ¡Tú eres el que no paras de hablar de la

diferencia de edad y no dejas de actuar como si fueras mi padre!

Él se puso rígido. Dee pensó que había ido demasiado lejos.

–Al contrario. Yo diría que no he actuado como tu padre…

o más bien como tu padrastro. Tal vez ese haya sido mi error –

dijo Baxter agarrándola por un brazo–. ¿Es eso lo que quieres?

¿Es esto lo que te gusta? ¿Saber tu poder sobre los hombres?

Al decir eso, Baxter la abrazó y la respuesta de ella fue inmediata y alarmante.

–No, por favor…

–¡Qué virginal! ¿Pero lo eres? Me pregunto…

Dee volvió a enfadarse.

–Eso sólo lo tengo que saber yo.

–¿Para que yo lo descubra? ¿Es eso una invitación?

–¡No, no lo es! –respondió ella empujándolo–. ¡Déjame!

–Todavía no –dijo él haciéndola apoyar la espalda contra la puerta–. Tú empezaste este juego, así que, ¿por qué no terminarlo? Quieres ser tratada como una mujer, ¿no?

Dee ya no sabía lo que quería. Se quedó muy quieta cuando él le puso una mano en el cuello y la hizo levantar la cabeza. Lo miró desafiantemente, pero no giró la cabeza cuando él acercó sus labios.

Baxter la besó sin pasión, como un castigo.

Ella apretó los labios.

Pero le resultó difícil resistirse. Hacía mucho tiempo desde la última vez que estuvieron tan cerca y, de alguna manera, el enfado se esfumó y el beso se transformó en otra cosa, un suave y persuasivo murmullo, una llamada a sus sentidos, dulce y clara, hasta que ella empezó a besarlo a él también, pegando su cuerpo al de él.

–Esto no está bien –susurró él mientras le abarcaba el rostro entre las manos, pero volvió a besarla de nuevo.

El deseo nació en ellos y luego estalló.

Ya no estaban jugando y Dee no ocultó lo que sentía, le rodeó el

cuello con los brazos y abrió la boca para recibir la de él, aceptando su pasión y dándole su amor. Se sintió excitada más que alarmada cuando él empezó a besarla profundamente, exigiendo más. Se apretó contra él hasta que Baxter gimió de deseo. Luego todo fueron manos acariciándose por encima de las ropas, suspiros de pasión.

–Aquí no –dijo Dee cuando él estuvo a punto de hacerla tumbarse en el mismo suelo de la cocina.

–No, no aquí –respondió él cuando recordó dónde estaban.

Entonces, la tomó de la mano y fueron a la habitación de huéspedes.

Con el último vestigio de cordura, Dee trató de decir algo acerca de que Morag estaba durmiendo arriba y que pudiera ser que a Cat no le gustara aquello, pero él empezó a besarla de nuevo.

Luego le recorrió el cuello con los labios hasta que llegó a la barrera de la ropa. Entonces, la hizo retroceder hasta la cama y le desabrochó la camisa, besándole cada trozo de piel que quedaba al descubierto y el valle entre sus senos hasta que la camisa quedó abierta por completo.

Dee estaba temblando. Se quedó quieta delante de él, ansiosa y temerosa a la vez. Baxter levantó la cabeza y, por un momento, la miró a los ojos. Ella ocultó su amor, sabiendo que a él no le gustaría. Ocultó también su miedo cuando él le quitó del todo la camisa, dejándola caer al suelo. Quedó desnuda, pero aun así él sólo la miraba a la cara, incluso mientras se quitaba la camisa.

Cuando por fin Baxter miró más abajo, fue para encontrarse con que la realidad era mejor incluso de lo que recordaba. El bronceado de sus hombros contrastaba con la

palidez de unos senos de mujer, orgullosos y redondos, tenía el vientre plano y unas piernas interminables.

Su mirada acarició cada parte de su anatomía como si hiciera el amor con ella mentalmente. Dee pensó que esa mirada le decía más exactamente que las palabras que la encontraba hermosa.

Fue entonces cuando por fin la tocó, rozándole un brazo y ella se estremeció.

–Tienes frío.

Ella dejó que lo creyera y Baxter la abrazó, ofreciéndole su calor, pero eso la hizo estremecerse más y él la llevó a la cama.

–Túmbate.

Dee lo hizo y él la tapó con las sábanas.

Aún temblando, Dee observó como él terminaba de desnudarse. Primero se quitó el reloj, dejándolo en la mesilla.

Luego, se desabrochó el cinturón, se quitó los vaqueros, calcetines y botas, quedándose en calzoncillos, y se metió en la cama con ella.

El calor del momento había desaparecido, pero no pareció importar. Él la seguía deseando. La mano con que la acarició se lo indicó. Y Dee se dio cuenta de que llevaba esperando aquello desde esa primera noche en la torre. Sentía nervios, no miedo. Amaba a ese hombre.

–Me temo que no tengo nada –dijo él apartándole un mechón de cabello del rostro–. Así que esta vez es para ti.

Dee tardó un momento en darse cuenta de lo que le quería decir. No tenía protección. Y ella ni siquiera había pensado en ello.

Debería sentirse agradecida, pero eso le indicó lo acostumbrado que estaba él a la situación. Ella era una de muchas y tenía que recordarlo.

–No te preocupes –dijo él equivocándose al ver su ceño fruncido–. Si no te gusta algo, sólo dilo… ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Dee se preguntó si no sería ya demasiado tarde para parar.

Él la miró y esa idea desapareció de su mente y, cuando él le dijo que lo besara, no dudó.

Se tumbó sobre él y Baxter le acarició el cuello. Dee bajó la cabeza y él se quedó pasivo por un momento, tal vez necesitando una señal de su deseo. La tuvo con el suave contacto de los labios de ella sobre los suyos y no esperó más.

Tomó a Dee por sorpresa cuando la abrazó con un brazo mientras con la otra mano le acariciaba el cabello.

Seguía besándola cuando la hizo rodar y se puso encima.

Luego, la recorrió por todas partes con la boca. Le recorrió el rostro, las mejillas, el cabello, los hombros…

Bajó hasta sus senos, lamiéndoselos hasta que le mordisqueó el pezón de uno de ellos. Ella gimió, incapaz de detenerse.

Baxter sabía cómo tocarla y ya estaba jadeando cuando le deslizó la mano por el vientre, donde ardía su deseo. Ella estaba lista, pero no del todo, ya que retrocedió involuntariamente cuando él la acarició entre los muslos.

La volvió a besar en la boca, la garganta, los senos, hasta que ella se abrió a él y el lento movimiento de sus dedos la hizo elevarse cada vez más alto, hasta que gritó comprendiendo por fin el significado de las palabras de él cuando le dijo que aquella vez era para ella.

Abrió los ojos en ese momento y se encontró con los de él.

Sintió como si su rostro estuviera desnudo y reflejara todas sus emociones, pero no podía hacer nada para ocultarlas. Se quedó tumbada, recobrando la respiración, con él a su lado, observándola, acariciándole cariñosamente un brazo.

También había cariño en su voz cuando murmuró por fin:

–¿Te he hecho daño?

–No.

–Muy bien –dijo él sonriendo brevemente–. ¿Eres… eres virgen, verdad?

Dee asintió. Supuso que eso debía ser evidente.

–¿Importa?

El tono de su voz dejó claro que a ella no le importaba.

Quería que él fuera el primero… y el último.

–Me parecía mal siendo tú tan joven… pero ahora…

Baxter agitó la cabeza como si todo hubiera cambiado y añadió:

–Ya no lo sé. No estoy seguro de lo que quieres de mí.

Su amor. Eso era todo.

Pero ella no era ninguna tonta.

–¿No es esto suficiente? –dijo sonriendo como si para ella lo fuera.

Él pareció inseguro. Tal vez no se creyera su suerte, una mujer que no quería atarlo.

Dee pensó que debía convencerlo. Le rodeó el cuello con los brazos una vez más y lo besó. Si él dudó, fue sólo por un momento. Al siguiente la estaba besando tan íntimamente que Dee supo que su deseo por ella no se había disipado, ni el de ella por él. Toda idea de contención desapareció inmediatamente.

Más tarde, Dee se dio cuenta de que habría hecho cualquier cosa por él, lo que le hubiera pedido.

Pero entonces oyeron el ruido de un coche afuera.

Se interrumpieron y levantaron las cabezas.

El pánico se reflejó en el rostro de Dee cuando se dio cuenta de quiénes debían ser. Miró a Baxter entonces, esperando encontrarse la misma expresión.

Pero él se limitó a sonreír.

–No te preocupes. Debe de ser Cat.

–¡Debe ser Cat! –gritó ella saliendo de debajo de él.

Él la dejó ir y se rió secamente.

–Cat sabe muy bien que me acuesto con chicas.

Baxter pareció encontrar divertida la situación, pero ella no.

–No es tu reputación lo que me importa –dijo ella al tiempo que trataba de recoger la camisa.

Baxter se quedó como estaba, admirando la visión de ella desnuda.

–Tienes un antojo.

Dee sabía que lo tenía, y también dónde, así que agarró la colcha y se tapó con ella.

No pensó en las consecuencias de lo que había hecho hasta que no lo

miró a él, que no hizo el menor esfuerzo por taparse.

–Por favor –le dijo como atontada.

La cuestión era que no quería que Cat pensara que era una chica fácil, aunque lo fuera.

Baxter se dio cuenta de lo que sentía y por fin se puso en pie y se vistió. Lo hizo con mucha calma y se puso los zapatos sin los calcetines mientras que una desesperada Dee se ponía la camisa que usaba de camisón. Él la ayudó a ponérsela y le dio un beso en la boca mientras lo hacía.

El corazón se le detuvo a Dee por un momento. Fue un beso profundamente sensual. Incluso con su hermana a punto de entrar en la casa y con la cordura recobrada, seguía deseándola.

No tuvo tiempo de retener eso en la mente, ya que oyó a Cat y Ewan entrando en el salón. Luego los llamaron. Por supuesto, debían de haber visto fuera el coche de Baxter.

–Haz la cama –le dijo él–. Y, si vienen aquí, déjame hablar a mí.

Dee lo hizo a toda velocidad.

Se dio cuenta de que él abría una ventana y, por un momento, pensó que se iba a escapar por ella. Pero se quedó donde estaba y dijo:

–Estamos aquí, hermana.

Cat entró poco después y se paró en seco en la puerta, mirándolos a los dos.

Dee le dio la bienvenida con una sonrisa tan falsa que le dolía. Baxter estuvo un poco más natural cuando dijo:

–Dee tenía calor y la ventana estaba atascada.

–Cierto –dijo Cat mirando primero a la desarreglada Dee y luego a la mesilla.

Dee siguió esa mirada y se encontró con que el reloj de Baxter seguía al lado de la lámpara.

Entonces Cat miró de nuevo a Baxter y se dio cuenta del sudor que perlaba su frente.

–Tú también debes de tener calor… Tal vez necesites una ducha fría.

–Buena idea –respondió él sonriendo–. Me marcho. A no ser, por supuesto que Dee se quiera volver ahora a casa, claro.

Entonces la miró pidiéndole claramente con la mirada que se volviera con él.

Ella supo que, si lo hacía, terminarían lo que habían empezado, pero entonces, ¿qué? ¿Tenía que seguir actuando con normalidad? ¿Se levantarían al día siguiente haciendo como si no hubiera pasado nada? No podía hacer eso.

Se quedó donde estaba, mordiéndose el labio, deseando ir y quedarse al mismo tiempo.

Cat se dio cuenta de su indecisión y dijo:

–Eso es una tontería, Dee ni siquiera está vestida… por si no te habías dado cuenta.

–Oh, sí que me he dado cuenta –respondió Baxter sonriendo.

–Sí, y yo no nací ayer –dijo su hermana.

Sólo Dee parecía incómoda con todo aquello. Tal vez los dos hermanos estuvieran acostumbrados a esas situaciones. Tal vez Baxter hubiera seducido a la mitad femenina del vecindario bajo la mirada indulgente de su hermana.

–Es curioso que tú digas eso. Pero el caso es que Dee sí lo hizo.

–¿Qué hizo?

–Nacer ayer.

–¿De verdad? –preguntó Cat mirando a Dee–. Deberías habérnoslo dicho. ¿Cuántos has cumplido?

–Dieciocho –dijo Dee.

–¿Dieciocho? –repitió Cat como si fuera una sorpresa para ella y miró a Baxter alzando una ceja.

–De acuerdo, ya lo sé. No necesito la regañina.

–No te la iba a echar. Sólo espero que sepas lo que estás haciendo.

–Lo sé, créeme.

Dee se dio cuenta de que el problema era su edad y le sentó mal que los dos estuvieran discutiendo de ella sin tenerla en cuenta. ¿Seguía pensando Baxter que ella era una niña?

–Bueno, enhorabuena –dijo Cat más alegremente–.

Dieciocho es una buena edad. Deberíamos celebrarlo.

–Voy a hacerlo. Os mandaré una invitación –dijo Dee.

–¿Una invitación? ¿Vas a dar una fiesta?

Dee agitó la cabeza.

–Una boda. Me voy a casar.

–¿Te vas a casar? –preguntó Cat entre la sorpresa y el encantamiento–. ¿Quieres decir…? ¡No me lo creo! Baxter,

¿por qué no has dicho nada? ¡Es fantástico!

Baxter no respondió y se limitó a mirar fijamente a Dee, sin sonreír.

Dee dejó pasar un momento más antes de añadir:

–Con Joseph.

–¿Con Joseph? Pero yo pensé… ¿Es eso cierto? –le preguntó a Baxter.

–Pregúntaselo a ella.

–Sí, lo es.

–No lo comprendo. ¿Te vas a casar con Joseph por lo de inmigración?

Dee asintió.

–¿Y eso es todo?

–¿Quién sabe con ella? –intervino Baxter.

–¿Y tú lo apruebas? –le preguntó su hermana.

–¿Importa eso?

–Sí, si importa –le dijo Dee–. Joseph lo hará sólo si tú lo apruebas, y lo

sabes.

Él la miró furioso.

–¿Y qué quieres de mí? ¿Mis bendiciones? Dios, tú sí que sabes retorcer el puñal en la herida.

Dio un paso amenazadoramente hacia ella, pero su hermana se interpuso.

–¡Escuchadme los dos, esto es una locura!

Pero Baxter no la escuchó.

–De acuerdo –le dijo a Dee–. Tienes mi bendición… De hecho, ¿por qué no sigues el juego y me pides que sea el padrino?

Cat insistió.

–¡Dejadlo ya! Antes de que lleguéis demasiado lejos.

Pero Dee se dio cuenta de que ya no había manera de volver atrás. Baxter se dio la vuelta y salió de la casa dando un portazo.

–¡Baxter! –exclamó Cat.

Lo siguió hasta fuera de la habitación, pero enseguida se oyó el motor de su coche arrancando y alejándose de allí.

–¿Qué está pasando aquí? –preguntó Ewan apareciendo entonces.

–No estoy segura –respondió su esposa–. ¿Está bien Morag?

–Dormida. Yo pensé que Dee se iba a quedar a dormir esta noche.

–Y así es.

–¿Entonces por qué estaba aquí Baxter?

–Buena pregunta. Tú acuéstate, yo iré dentro de un momento.

–Bueno, no tardes mucho. Recuerda que hemos vuelto pronto a casa porque estabas agotada.

–Ya lo sé, pero quiero hablar un momento con Dee para ver qué pasa aquí.

Cat lo oyó antes incluso de llegar a la puerta de la habitación y

cualquier idea de interrogar a Dee se esfumó de su mente. ¿Cómo podría si la chica estaba llorando a lágrima viva?

Llamó a la puerta y se produjo un silencio repentino.

Dee se tapó la cara con la almohada para que no se la oyera, esperando que Cat se marchara. No podía hablar con ella. No con la hermana de él. ¿Qué podía decirle? ¿Que estaba llorando porque había hecho que su hermano la odiara y lo había hecho porque él le estaba rompiendo el corazón?

¿Qué sentido tenía eso? ¿Qué sentido tenía todo?

Capítulo 11

CÓMO estoy? –dijo Dee cuando salió del probador.

Cat la miró fijamente.

Era todo un contraste verla con ese bonito vestido blanco de satén cuando siempre iba en camiseta y vaqueros.

Pero era la chica de dentro la que lo hacía especial. Había cambiado; ya no tenía el pelo corto y sucio, sino rubio y rizado, un rostro precioso y una figura increíble. Cat se preguntó cuándo había sucedido eso.

–Maravillosa –dijo sintiendo un poco de envidia.

Dee no se dio cuenta y trató de colocarse el escote para que revelara menos.

–No es precisamente de mi gusto, pero valdrá.

–¿Estás segura acerca de todo esto? No creo que Baxter pretendiera que te pusieras un verdadero vestido de novia.

–¿No?

–Lo que dijo fue que te compraras algo apropiado.

–Yo diría que esto cumple ese requisito –dijo Dee sonriendo.

–Para fastidiarle, ¿no?

Dee hizo una mueca. Durante el último mes había evitado hablar de sus sentimientos, lo que no le había resultado fácil, teniendo en cuenta que ahora vivía con los Macdonald haciendo de niñera.

–Bueno, si es así, estaré perdiendo el tiempo. Dudo que él esté allí.

–Yo no estaría tan segura. Mi hermano siempre ha sido un poco masoquista. ¿Y qué mejor para sufrir un poco que ver a la chica a la que se quiere casándose con otro?

–No es eso. Él no… Bueno, por lo menos no de una forma permanente.

–¿Estás segura? –le preguntó Cat.

–Mucho. Cree que soy demasiado joven para él.

–¿O que él es demasiado viejo?

–Es lo mismo.

–La verdad es que no.

Pero Dee ya estaba cansada de confesiones, así que le dijo:

–Voy a quitarme esto.

Luego se metió de nuevo en el probador.

Pero Cat insistió a través de la cortina que las separaba.

–¿No sería un error que la única cosa que os separara fuera esa tontería de la edad?

–No lo es.

Cat no pareció oírla.

–Yo me quedé bastante sorprendida cuando os pillé juntos.

Pero cuando lo pensé…Yo tenía veintitrés años cuando conocí a Ewan y él tenía cuarenta y uno. Ésa es una diferencia de edad mayor que la que hay entre Baxter y tú, y nuestro matrimonio ha funcionado.

–No es sólo la edad.

Dee se preguntó por qué Cat estaba insistiendo tanto.

Seguramente ella sabía muy bien que su hermano no iba en serio con ella, ¿no?

–¿Entonces qué?

–No soy su tipo.

–Mi hermano no tiene un tipo definido de chica. Si lo tuviera ya habría sentado la cabeza… Así que, ¿quién sabe?

¡Tal vez tú lo seas!

O tal vez Cat quisiera que lo fuera.

–Cat, estoy segura de tus buenas intenciones, pero lo siento. Pase lo que pase, me voy a casar con Joseph el sábado que viene.

–De acuerdo, has aceptado un compromiso y yo lo acepto.

Y si eso es lo único que se puede hacer para salvar a Joseph…

Lo que pasa es que me parece muy drástico, sobre todo casándote en la iglesia.

–Esa no fue idea mía.

Dee tampoco se sentía muy cómoda con la idea.

Había sido Baxter el que dijo que era necesario hacerlo. Le había dicho a Cat que, si Dee insistía en hacerse la mártir, era mejor que lo hiciera con Dios mirándola. Además, eso sería más convincente para las autoridades.

Así que allí estaba ella, alquilando un vestido de novia.

Lo pagaron y la dueña de la tienda las dejó que se lo llevaran en vez de que tuvieran que volver a recogerlo.

–Gracias por acompañarme –le dijo Dee a Cat mientras se tomaban luego un café en donde habían quedado con Ewan y Morag.

–Bueno, debería decir que de nada, ya que me encantan las bodas. Pero me gustaría que ésta fuera real.

–¿Es por al aspecto legal? Si eso es un problema para ti, tal vez Baxter pueda encontrar otros testigos.

–No, lo haremos. Mientras menos gente esté involucrada, mejor.

Luego Cat sonrió cuando se les acercó Morag, que se había adelantado a su padre.

Morag estaba muy excitada por la boda y se puso muy pesada con Dee en el coche hasta que ella accedió a ponerse el vestido cuando llegaran a casa.

Pero cuando llegaron, Baxter los estaba esperando apoyado en su coche.

Morag salió del coche y se echó en sus brazos en cuanto se detuvieron. Ewan y Cat también lo saludaron con entusiasmo.

Dee fue la única que se quedó atrás. El corazón aún le seguía dando vuelcos cuando lo veía.

Siguió adentro a los demás y trató de escapar a su habitación, pero Morag la tomó de la mano.

Baxter también la detuvo diciéndole:

–Tengo que hablar contigo.

–Oh, ahora no –dijo Morag–. Por favor, tío Baxter. Dee y yo nos vamos a poner nuestros vestidos para la boda. Te los enseñaremos, si quieres.

–¿No trae eso mala suerte?

–Sólo si eres el novio, hermanito –dijo Cat.

Morag se lo tomó como un signo de aprobación.

–Vamos, Dee. Mamá dice que está bien. Vamos al coche a por el tuyo…

–De acuerdo.

Dee prefería salir antes de seguir soportando la mirada de Baxter.

Cuando volvieron, subieron directamente a las habitaciones a vestirse.

Al terminar, Morag le dijo:

–Son preciosos. Vamos abajo a enseñárselos al tío Baxter.

Dee se sentó en la cama.

–Baja tú. Es a ti a quien quiere ver.

Morag dudó sólo un momento y salió corriendo escaleras abajo. Dee se quedó allí. No quería hacer el ridículo bajando con ese vestido puesto. No lo podía hacer.

Entonces volvió Morag corriendo de nuevo.

–Dee –dijo –. Tío Baxter dice que soy la chica más guapa del mundo, pero mamá le ha dicho que, si se cree eso, debería verte a ti, así que va a subir.

Dee no escuchó el resto. Se puso en pie justo cuando él apareció en la puerta. No avanzó más. No era necesario. Tenía una vista perfecta desde donde estaba.

La recorrió de arriba abajo con la mirada, deteniéndose un momento en sus senos. No dijo nada, Su expresión lo dijo todo. Odiaba esa visión.

–Es bonito, ¿no? –dijo Morag.

–El vestido, sí –murmuró él.

No la chica que lo llevaba. ¿Qué otra reacción se podía haber esperado ella?

–Tengo que hablar contigo –le dijo él–. Pero primero cámbiate e iremos a alguna parte.

Luego se marchó.

–No le ha gustado, ¿verdad? –preguntó Morag entonces.

Dee agitó la cabeza.

–No importa. Es con Joseph con el que me voy a casar.

Morag asintió.

–Tal vez a tío Baxter le hubiera gustado que fuera con él.

Dee no estuvo segura de qué decirle.

Se puso de nuevo los vaqueros y la camiseta habituales y colgó el

vestido en una percha. Aquella era la última vez que se lo pondría, aunque eso significara desperdiciar el dineral que les había costado el alquiler.

Lo llevó a su habitación en el piso bajo mientras Morag se iba a reunir con los demás. Luego, lo colgó en el armario y se fue a ver cómo estaba Henry.

Se había llevado con ella a su viejo amigo, pero resultó que Morag era alérgica al pelo de perro, así que le habían hecho una casa en el jardín.

Henry la saludó agitando la cola, pero no se levantó.

–¿Cómo está? –preguntó una voz tras ella.

Se volvió y se encontró con Baxter.

Henry también agitó la cola al verlo y Baxter se arrodilló para acariciarlo.

–Sigue pudiendo andar, pero no mucho,.

–Bueno, ya es viejo.

Dee comprendió. Su querido Henry estaba cada vez más cansado y pronto lo perdería. Ese pensamiento la entristeció mucho.

–¿Qué quieres? –le preguntó a Baxter.

–Tenemos que hablar, pero no aquí… Joseph nos está esperando en la torre –dijo él seriamente.

Dee decidió no discutir con él y lo siguió a su coche.

Estuvieron en silencio todo el trayecto hasta que llegaron a la torre. Afuera, había aparcado un taxi.

Baxter no mostró ninguna sorpresa y tampoco hizo ningún comentario.

–¿Para quién es el taxi? –preguntó Dee.

–Para Joseph.

–¿A dónde va?

–Al aeropuerto.

–¿Al aeropuerto? –repitió ella alarmada–. ¿Se vuelve a Kirundi?

–No, pero pensé que podías precipitarte a esa conclusión, así que he querido que oigas lo que ha pasado de sus propios labios.

Dee frunció el ceño.

–¿Significa eso que no voy a necesitar el vestido de boda?

–No para casarte con Joseph.

Ante el silencio de ella, Baxter añadió:

–¿Decepcionada?

–No había nada entre Joseph y yo, y lo sabes.

–Tal vez –le dijo él mientras salían del coche.

Dee lo siguió. Subieron al primer piso y allí encontraron a Joseph. Otro africano, de traje y corbata, le llevaba las maletas.

–Deborah, me alegro de que hayas podido venir –dijo Joseph sonriendo–. No quería marcharme sin despedirme de ti.

¿Te ha dicho el doctor Baxter que me marcho?

Dee asintió.

–Pero no a dónde.

Joseph miró a su compañero y el hombre agitó la cabeza y dijo algo en su idioma.

–Lo siento, pero sólo te puedo contar un poco –dijo Joseph–. Ya ves, me voy a reunir con mi tío en el país donde le han dado asilo político.

–¿Tu tío el ministro?

–Sí, mi tío Patrice. Logró ocultarse cuando derrocaron al gobierno. Yo no supe dónde hasta que el doctor Baxter lo descubrió. Mi tío también me ha estado buscando y ha enviado a Marcelle a recogerme.

–Me alegro por ti –dijo Dee sonriendo.

–Ahora ya no tienes que casarte conmigo. Pero siempre te estaré

agradecido. Te voy a dar una cosa –dijo Joseph, ofreciéndole una caja rectangular.

Dee la tomó y la abrió. Dentro había una joya azul exquisita.

–Es preciosa –dijo y le dio un beso en la mejilla–. La conservaré siempre.

Joseph sonrió y luego se volvió hacia Baxter.

–Hay muchas cosas que me gustaría decir, doctor…

Pero entonces le falló la voz.

–No es necesario, hombre. No es necesario –respondió Baxter abrazándolo–. Ya nos veremos.

Demasiado emocionado para poder hablar, Joseph se despidió de ambos con un gesto y empezó a bajar las escaleras con su equipaje, acompañado por Baxter.

Dee no los siguió. Se sentía como una intrusa. Aunque al cabo de una semana se habría casado con Joseph, sólo habían sido amigos. Era Baxter el que había sido importante para él, su héroe.

Para ella no lo era. Ni siquiera su amigo, teniendo en cuenta cómo había actuado él.

Se dirigió a la cocina y lo esperó allí. Estaba toda desordenada y llena de platos sucios.

Abrió el grifo del agua caliente y se puso a fregarlos antes de preguntarse por qué hacía aquello. Ya no era necesario.

No ocultó su disgusto cuando él reapareció.

–Sí, ya sé. Es un caos –dijo él pasándose una mano por el cabello–. No he limpiado mucho desde que te fuiste.

–Y tampoco te molestaste en hacerlo mientras estaba aquí.

Necesitas una señora de la limpieza.

–Cat me ha dicho que ha puesto un anuncio.

–¿No crees que ella ya tiene bastante trabajo?

–Se ofreció a hacerlo. Pero sí, probablemente tengas razón.

–¿Desde hace cuánto tiempo que estaba arreglado que Joseph se fuera con su tío?

–Establecimos contacto hará un par de semanas, pero sólo ha sido en los últimos días cuando le dieron permiso para entrar en Francia.

–¿En Francia? Yo creía que eso debía de ser un secreto.

–No quiero que pienses que va a un sitio peligroso. Por otra parte, si yo he podido encontrar a su tío, sus enemigos también lo pueden hacer.

–¿Por qué no me contaste lo que estabas planeando? ¿Por qué no me dijiste hace semanas que no iba a tener que casarme con él?

–Porque quise esperar a que todo estuviera arreglado. De todas formas, nunca tuviste que casarte con él. Fuiste tú la que quisiste hacerlo.

–Pero fuiste tú el que, al principio, querías que lo hiciera.

–Eso fue antes.

–¿Antes de qué? ¿Antes de que decidieras que yo no soy de fiar?

Baxter agitó la cabeza.

–Antes de que tú y yo… ¿De verdad te crees que hubiera permitido que te casaras con él? –dijo él mirándola a los ojos y acercándose un paso.

–Yo…. Me diste dinero para el vestido.

–Quería ver lo lejos que llegabas. Lo vi esta tarde. ¿Cuál era la idea? ¿Mostrarme lo que me estaba perdiendo?

Dee permaneció en silencio, pero el rubor de sus mejillas la traicionó.

–No era necesario, por supuesto –añadió él acercándose otro paso–. Yo ya sabía lo que me estaba perdiendo,

¿recuerdas?

Dee lo recordaba demasiado bien.

–Me gustaría irme a casa ahora –dijo ella ocultando sus sentimientos.

–Estás en casa.

Eso la confundió más todavía.

–Te necesito conmigo, Dee.

Levantó una mano para tocarle la cara con una suavidad que le llegó al alma..

Ella cerró los ojos.

–No me hagas esto.

–¿Por qué no? Tú también me deseas.

Aquello era una verdad demasiado evidente como para negarla.

–¿Y es eso suficiente?

–No, pero me conformaré con ello.

Dee no comprendió su respuesta, pero él tampoco había comprendido la pregunta. Y al final, ¿qué importaba? El que estuvieran juntos era tan inevitable como la noche y el día.

¿Por qué si no le iba a dejar que le abarcara el rostro entre las manos y la besara lenta y decididamente, quitándole la respiración y la razón? ¿Por qué si no iba a subir con él sin decir nada a su habitación?

Una vez allí, la hizo acercarse a la cama con dosel y no se molestaron ni en encender las luces.

La desnudó con eficiencia y ella, sin voluntad, se lo permitió. Primero le quitó el jersey, la camiseta, se inclinó para descalzarla y terminó quitándole los vaqueros, dejándola en sujetador y bragas.

Dee sintió frío, no por el frescor de la habitación, sino por la aparente falta de emoción de él. Lo observó mientras se

desnudaba a su vez y empezó a alejarse. No llegó muy lejos, porque Baxter la agarró de la mano y la atrajo hacia él y la abrazó.

La besó luego en el cuello y Dee sintió cómo la embargaba una oleada de deseo. Baxter le acarició un seno y luego bajó la mano hasta el

vientre.

Ella ya estaba respirando fuertemente incluso antes de que la volviera a besar. Por fin, él se quitó los vaqueros y la tumbó sobre la cama, dándole placer con las manos y la boca antes de quitarle lo que le quedaba de ropa.

Dee lo deseó todo de él, hasta el último momento, en que Baxter se tumbó sobre ella. Fue entonces cuando le entró el miedo de repente, pero ya era demasiado tarde; él le estaba penetrando el corazón, el cuerpo, el alma y ella gritó y se contrajo, más por el shock que por el dolor.

Entonces, él le acarició el cabello y le dijo susurrando:

–Está bien, está bien. No te haré daño, nunca te lo haría. Te amo.

Dee apenas se dio cuenta de lo que le estaba diciendo. Él la besó en los labios, el rostro, el cabello, haciendo que el deseo surgiera en ella una vez más hasta que se relajó y él empezó a moverse en su interior.

Por un momento ella se quedó pasiva bajo él, pero luego la pasión y el amor se impusieron y se agarró a él, gimiendo mientras se elevaba a cada empujón de él, aceptándolo en su interior hasta que el placer fue una dulce agonía y fueron uno.

Fue un perfecto acto de unión. Baxter se dejó llevar tanto, que se olvidó de todas sus precauciones y gritó su nombre cuando expulsó su semilla en ella. Luego, agotado, rodó en la cama con ella todavía abrazada.

Dee se quedó muy quieta con la cabeza apoyada en el pecho de él y trató de calmar los latidos de su corazón. Nunca había estado con otro hombre, pero supo instintivamente que no habría sido así.

Su certeza de eso era absoluta. Su primer amante, Baxter Ross, era también el mejor, aunque luego lo siguiera una legión de ellos. Ella nunca estaría completa sin él.

Baxter la miró sonriendo, pero esa sonrisa se esfumó cuando vio su expresión solemne.

–¿Estás bien?

Dee asintió, pero era mentira. No estaba bien. ¿Cómo podía estarlo? Su vida acababa de cambiar para siempre.

La de él no, por supuesto. Él había hecho eso antes.

Probablemente muchas veces. Era un pensamiento que le resultaba insoportable.

–Algo va mal. Cuéntamelo –insistió Baxter.

Dee agitó la cabeza y, soltándose de él, se tapó con una sábana.

–Nada va mal.

De repente, sintió como si se fuera a poner a llorar y añadió:

–Tengo que irme.

Se inclinó sobre el borde de la cama, recogió su camiseta y se la puso, pero antes de que pudiera ponerse los vaqueros, él la agarró del brazo.

–¿Irte? –le preguntó incrédulamente.

¿Qué se esperaba? ¿Que se quedara con él?

–¿A dónde? –insistió Baxter.

–Tengo que irme –repitió ella y se soltó.

Recogió las bragas y pantalones del suelo ignorando la orden de él de que se detuviera y corrió hacia la puerta.

Por supuesto, era absurdo pensar que se podría escapar.

Nada más salir a la escalera se dio cuenta de que se había dejado las zapatillas. El orgullo no la dejó volver a por ellas, pero tampoco llegaría muy lejos descalza, así que se derrumbó en el descansillo de las escaleras.

Allí fue donde la encontró Baxter, que se había detenido lo suficiente como para ponerse los pantalones. Se sentó a su lado, pero ella no lo miró. Él notó su fragilidad y no trató de tocarla.

–¿Es por lo que te dije antes? –le preguntó tranquilamente–. ¿Lo que te dije de que te amo? ¿Es eso lo que te ha asustado?

Dee agitó la cabeza. Se preguntó si lo que lo había asustado a él era que ella se lo pudiera tomar en serio.

–Si es así, tú no tienes que amarme a mí –continuó–. Lo acepto. Sólo

quédate un tiempo.

Dee lo miró confundida.

–¿Te refieres a que me quede esta noche?

–Una noche, una semana, un mes, un año… Lo que quieras.

–No me puedo quedar.

–Quédate y deja que te cuide.

Eran palabras dulces, pero rompieron todo el encanto para ella. Ya las había oído anteriormente de otro hombre y le trajeron tan malos recuerdos que se apartó de Baxter.

–No soy una niña –le dijo–. Y si quisiera que me cuidaran, podría haberme quedado en mi casa y dejar que mi padrastro lo hiciera… Eso, que lo hiciera.

Con eso le reveló la amarga verdad.

Baxter sintió entonces que todos los celos que pudiera haber tenido hacia Edward se transformaban en repulsión. No le extrañó que ella se hubiera escapado de su casa.

¿Pero era él mejor que Edward? Siempre había sabido que ella era vulnerable, había sentido desde el principio el impulso de protegerla, pero tenía otros sentimientos hacia ella que no podía controlar.

–¿Qué he hecho? –dijo mirándola a los ojos y dándose cuenta de su desconfianza–. Si lo hubiera sabido… Pensé que si hacía el amor contigo…

–¿Yo sería fácil? –le cortó Dee sintiéndose enfadada ahora consigo misma–. Bueno, pues tenías razón, lo he sido. Así que ahórrate la escena de culpabilidad. Tú me deseabas a mí y yo a ti. Hemos hecho el amor. Fin de la historia.

Dee se levantó antes de que él la pudiera detener y subió de nuevo al dormitorio a recoger sus zapatillas para marcharse luego.

–Sólo dime. ¿A qué se ha debido esto, Dee? ¿A la curiosidad? ¿Un juego? ¿O alguna forma de venganza por lo que hizo tu padrastro?

Dee agitó la cabeza.

–No sé de qué me estás hablando.

–¿No? Esperas hasta que estoy de rodillas y luego te marchas –dijo él como si Dee lo hubiera planeado así.

–¡Edward no tiene nada que ver con esto! ¿Te crees que dejé que me tocara? ¿Que hiciera el amor conmigo?

–¿Entonces por qué me has dejado a mí? ¿Por qué lo has hecho si no quieres ninguna clase de relación? Ya sabes que puedo haberte dejado embarazada. ¿Lo has pensado?

No lo había hecho, pero estaba claro que él sí.

–¿Así que es eso lo que te preocupa?

–¡Por supuesto que me preocupa! –explotó él ante su aparente indiferencia–. Si estás embarazada, será mi responsabilidad tanto como la tuya.

–Muy bien. Magnífico. Casémonos ahora, por si acaso –

dijo ella sarcásticamente.

Baxter la agarró del brazo y le respondió duramente:

–Muy bien, vamos a hacerlo.

–Muy gracioso.

Dee dio por hecho que estaba tratando de serlo, pero cuando lo miró estaba muy serio, así que añadió:

–Estaba bromeando.

–Ya lo sé. Pero yo no.

¿De verdad que le estaba ofreciendo casarse con ella? ¿Es que ese hombre se había perdido los últimos veinte años de desarrollo social?

–Actualmente la gente no se casa sólo porque la mujer se quede embarazada.

–Yo sí.

–Estás loco.

Pero también ella tenía serias dudas sobre su propia cordura.

Amaba a ese hombre y él estaba dispuesto a casarse con ella. ¿Por qué estaba tratando de convencerlo de que no lo hiciera?

–Ésa no es una razón suficientemente buena –dijo.

–¿Quieres otras?

–Sí.

–Muy bien. Acabamos de tener el sexo más increíble.

Puede que no te hayas dado cuenta ya que no tienes experiencia, pero créeme que ha sido así. Añade a eso el hecho de que somos sorprendentemente compatibles en intelecto, intereses y actitudes. He tenido una buena cantidad de relaciones fracasadas, así que puedo decir lo importante que es esa simbiosis.

–¿Simbiosis? Realmente sabes cómo ser romántico con una chica, doctor.

–Ya he intentado antes el romanticismo y no me ha llevado muy lejos, ¿recuerdas?

Lo cierto era que ella no lo recordaba.

–Creo que debo haberme perdido esa parte.

–Entonces deja que te la recuerde. Te dije que te amaba y te pedí que te quedaras conmigo. Tú me dijiste a mí que me fuera al infierno y saliste corriendo.

Dee se quedó anonadada.

–¿Me amas? –le preguntó mirándolo.

Baxter la miró impacientemente a su vez.

–Ya te lo he dicho bastantes veces.

Dee agitó la cabeza. No lo había hecho. No era ésa la clase de cosas que se le olvidaría a ella.

–Sólo una vez. Cuando estábamos haciendo el amor.

–De acuerdo, sólo entonces. ¿No es suficiente?

Ella estaría de acuerdo si hubiera sido en otras circunstancias.

–Supongo que los hombres dicen esas cosas cuando se dejan llevar por la pasión.

–Algunos. No yo.

No, no él. Baxter Ross sólo decía lo que pensaba realmente. Ella lo sabía. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

No supo si reír o llorar. Era una tonta.

–¿Quieres que te lo diga de nuevo?

Dee entendió ahora que él también tenía su orgullo, como ella. Si no se andaban con cuidado, lo perderían todo por él.

–No, creo que ahora es mi turno –dijo mirándolo a los ojos–. Te amo, Baxter Ross, y eso es lo que me da miedo. Me dijiste que me quedara un tiempo, pero te amo tanto, que no podría soportar sólo un día, una semana o un…

No pudo continuar porque él la tomó en sus brazos y la besó fieramente.

Cuando la soltó finalmente, fue para preguntarle:

–¿Crees que te voy a dejar ir alguna vez después de lo que me has hecho pasar?

–¿De lo que te he hecho pasar?

–Cosas como esa noche en casa de Cat. Estábamos en la cama y yo me sentía el tipo con más suerte del mundo y, al momento siguiente, me estabas anunciando tu próxima boda con Joseph y que a mí me dejabas fuera de tus planes.

–No había nada entre Joseph y yo –repitió ella por enésima vez.

–Si, muy bien. A un nivel lógico, yo lo sabía, incluso admitía tu altruismo. Sólo me podía imaginar a mí mismo haciendo el idiota en la boda.

–Yo pensaba que no ibas a ir, pero Cat me dijo que sí lo harías. Por lo que me dijo, tienes tendencias masoquistas.

–Sí, bueno, si las tuviera, no ha impedido que ella las lleve

alimentando durante las últimas semanas… Dee esto, Dee lo otro. Qué gran chica eres, qué maravillosa madre serías. Qué lista, cuánto talento, qué guapa, etcétera, etcétera… Nadie podría acusar a mi hermana de ser sutil.

Dee se rió y le dijo medio en serio:

–Me sorprende que no la hicieras callar.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –le preguntó él, acariciándole la nuca.

Dee ya no quería ir a ninguna parte.

–Me quedaré, si es eso lo que quieres.

–Sabes que sí –dijo él y la besó suavemente en los labios–.

Pero yo preferiría algo más formal.

–No estoy segura de lo que me quieres decir.

–Me gustaría que nos casáramos.

–¿Si estoy embarazada?

–No, en cualquier caso.

Dee no supo cómo reaccionar. ¿De verdad que él podía querer casarse con ella?

–No lo estoy haciendo muy bien, ¿verdad? –le preguntó él ante su silencio–. ¿Quieres que me ponga de rodillas?

–Preferiría que no lo hicieras.

–¿Es eso un sí o un no?

–Mas bien un ¿estamos locos?

–Posiblemente –dijo él sonriendo victoriosamente–. ¿En el juzgado o el completo?

–Todavía no he dicho que sí.

–De acuerdo, lo consultaremos con la almohada –le sugirió él mientras la arrastraba de nuevo a la cama.

Se casaron un mes más tarde en la iglesia donde siempre se habían casado y bautizado los Ross durante las últimas cuatro generaciones. Luego, Baxter iría contando que tuvo que arrastrar a Dee gritando y pataleando hasta el altar… y era parcialmente cierto. Ella había creído en Baxter y en su amor por él, pero seguía sin creer en el matrimonio, hasta el momento en que se vio vestida de blanco avanzando por el pasillo de la iglesia y él la miró sonriendo.

Fue entonces cuando vio el futuro que se extendía delante de ellos, años de amor y risas, de hijos y peleas, buenos y malos tiempos. Pero siempre juntos.

Document Outline

- Créditos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11